EL REMEDIO EN LA DESDICHA

LOPE DE VEGA

Sobre la historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa. Abindarráez el mozo, de los Abencerrajes de Granada está enamorado de la hermosa Jarifa, siendo esos amores contrariados por el padre de ella. Ella le había mandado aviso de que fuera a visitarla a Coín, que su padre se había ido a Granada, y hacia allá iba, de Cártama a Coín, a casarse con ella, cuando cayó prisionero del cristiano…

Lectulandia

Lope de Vega

El remedio en la desdicha

ePub r2.1
Titivillus 03.09.15

Título original: *El remedio en la desdicha*
Lope de Vega, 1596
Notas: J. Gómez Ocerín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

EL REMEDIO EN LA DESDICHA
COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO
dirigida a:

DOÑA MARCELA DEL CARPIO, SU HIJA[1]

Escribió la historia de Jarifa y Abindarráez, Montemayor[2]*, autor de la Diana, aficionado a nuestra lengua, con ser tan tierna la suya, y no inferior a los ingenios de aquel siglo; de su prosa, tan celebrada entonces, saqué yo esta comedia en mis tiernos años. Allí pudiérades saber este suceso*[3]*, que nos calificaron por verdadero las Corónicas de Castilla en las conquistas del reino de Granada; pero si es más obligación acudir a la sangre que al ingenio, favoreced el mío con leerla, supliendo con el vuestro los defectos de aquella edad, pues en la tierna vuestra me parece tan fértil, si no me engaña amor, que pienso que le pidió la naturaleza al cielo para honrar alguna fea, y os le dió por yerro; a lo menos a mis ojos les parece así, que en los que no os han visto pasará por requiebro. Dios os guarde y os haga dichosa, aunque tenéis partes para no serlo, y más si heredáis mi fortuna, hasta que tengáis consuelo, como vos lo sois mío.*

Vuestro padre.

PRÓLOGO

La ortografía del original libro impreso está conservada

Aparte la ortografía, que sólo hemos conservado cuando nos ha parecido encerrar valor fonético, reproducimos aquí el texto que se encuentra en la «Trecena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Cámara Apostolica en el Arzobispado de Toledo. Dirigidas, cada una de por sí, a diferentes personas. Año 1620. Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Alonso Martín. A costa de Alonso Pérez, mercader de libro»..

* * *

Durante más de dos siglos, la vigorosísima figura de Lope de Vega quedó oscurecida y sepultada bajo el alud de flores retóricas que, con piadosa intención, derramó sobre ella, en su *Fama póstuma*, su discípulo y amigo el doctor Juan Pérez de Montalván. En vano fué que Lope hubiera cuajado de íntimos rasgos autobiográficos gran parte de sus obras, hasta el punto de que muchas de sus poesías no son otra cosa que un comentario lírico a sucesos de su vida: el amañado y artificioso retrato trazado por el autor del *Para todos* en las páginas del libro que queda citado arriba, en el cual, bajo la exuberancia de apologéticos ornamentos, trata de encubrirse, y aun desmentirse, lo que no parecía decoroso se supiera de las flaquezas y pecados del poeta, tuvo que ser tradicionalmente recibido como vera efigies de Lope de Vega.

En 1839 publicó Fauriel en la *Revue des Deux Mondes* un estudio en que se indica el valor autobiográfico de La Dorotea; idea que, rechazada por Damas-Hinard, fué adoptada después por Ticknor en su historia (1849) y por von Schack en la suya (1854) y desenvuelta por Ernest Lafond en su *Etude sur la vie et les œuvres de Lope de Vega* (París, 1857). Con ello estaba dado el paso capital para llegar al auténtico conocimiento de la vida de Lope, apreciando rectamente los numerosísimos datos dejados por aquél, más o menos desfigurados, en muchas de sus obras.

Hacia ese tiempo ya había estado en manos de don Agustín Durán parte de la valiosísima correspondencia de Lope con el Duque de Sessa, de la cual había copiado sesenta y dos cartas, que comunicó a von Schack cuando éste trabajaba en su *Historia de la literatura y el arte dramático en España*. Pero hasta que, en 1863, fueron encontrados en el archivo del Conde de Altamira tres tomos de la dicha correspondencia, tan donosa como poco edificante, *Cartas y billetes de Belardo a Lucilo*, y, estudiados por don Cayetano Alberto de la Barrera, surgió de ellos el picaresco y apasionado episodio de los amores sacrílegos de Lope con doña Marta de Nevares (con lo cual fué dado apreciar el fundamento autobiográfico puesto por el

poeta a su égloga *Amarilis*), casi puede decirse que no comenzó a ser conocida la verdadera personalidad de Lope.

Sin embargo, no fué la Barrera quien dió noticia al público de aquella larga novela de la vejez del poeta: su *Nueva biografía*, compuesta con gran sagacidad y diligencia, y a la cual aún es forzoso acudir hoy al estudiar muchas cuestiones (por ejemplo, los ataques literarios a Lope del maestro Torres Rámila), a pesar de haber avanzado tanto desde 1864 el conocimiento de las sergas lopescas, permaneció inédita en la biblioteca de la Real Academia Española hasta 1890, cuando don Marcelino Menéndez y Pelayo la puso al frente de la edición académica de las obras de Lope de Vega, llenando con ella el tomo I. Entre tanto, don Francisco Asenjo Barbieri había publicado en 1876, aprovechando las mismas fuentes que aquel erudito y hasta su manuscrito, su libro *Ultimos amores de Lope de Vega*, en el cual adelanta sobre la Barrera el descubrir noticia del rapto de Antonia Clara, la hija de Lope y Amarilis, por un galán de la Corte (hecho que hasta ahora no ha sido comprobado documentalmente) en la égloga *Filis*, último poema que antes de morir preparó Lope para la imprenta.

Otra de las grandes etapas en el conocimiento de la vida del poeta es señalada en 1901 con la publicación del *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos* por los señores Tomillo y Pérez Pastor, el benemérito investigador de la vida de Cervantes. De este modo quedó reafirmado el valor autobiográfico de *La Dorotea*, aclarado el episodio de los amores con Elena Osorio y buen número de otros lances de esta oscura y compleja existencia.

Diligentes investigaciones de los señores Rodríguez Marín, Cotarelo, Rennert, Castro, han ilustrado después los amores con Micaela de Luján y otros sucesos de la vida de Lope, hasta el punto de que ya hoy tenemos derecho a decir que, por lo menos en sus rasgos fundamentales, la singularísima figura de Lope, libre de las vendas y bálsamos con que la amortajó Montalván, se alza llena de vida ante nuestros ojos. El libro del señor Rennert *The Life of Lope de Vega* (Glasgow, 1904), completado y renovado en gran parte por don Américo Castro (*Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1919), es por hoy la obra que más completa y perfectamente puede llevarnos a conocer el espíritu de Lope y los novelescos sucesos de su vida. La noticia biográfica que nos ha parecido indispensable estampar aquí está principalmente basada en este libro.

* * *

Lope Félix de Vega Carpio nació el 25 de noviembre de 1562, en Madrid, en la Puerta de Guadalajara (parte de la calle Mayor comprendida entre la Cava de San Miguel y la calle de Milaneses) y fué bautizado el 6 del siguiente diciembre en la hoy desaparecida parroquia de San Miguel de los Octoes.

Fueron sus padres Félix de Vega y Francisca Fernández Flores o del Carpio (que de ambos modos es designada en los documentos publicados por el señor Pérez Pastor en el *Proceso*). Eran éstos naturales del valle de Carriedo, en la Montaña, y habían fijado su residencia en Madrid el mismo año del nacimiento de Lope. El padre, que consagró a la caridad gran parte de las horas de su ejemplar existencia, tanto que sus virtudes fueron celebradas por Herrera Maldonado en su *Vida de don Bernardino de Obregón*, fué bordador de oficio y murió en 1578. De la madre, para quien no tiene Lope en sus obras ningún recuerdo de filial amor, sólo sabemos que fué enterrada en 22 de septiembre de 1589. ¡Dios sabe lo que habrá sufrido la pobre mujer en sus últimos años con las lozanías y desórdenes de su turbulento hijo!

Montalván se detiene a describir las portentosas dotes que revelaba Lope en su niñez; refiere cómo leía en romance y latín a los cinco años, y, antes de saber manejar la pluma, repartía su almuerzo con los compañeros mayores para que le escribieran los versos que él improvisaba. «Pasó después a los estudios de la Compañía—sigue diciendo su apologista—(Lope declara en el *Proceso* que había estudiado en el más modesto colegio de los Teatinos), donde, en dos años, se hizo dueño de la Gramática y la Retórica, y antes de cumplir los doce tenía todas las gracias que permite la juventud curiosa de los mozos, como es danzar, cantar y traer bien la espada». El mismo Montalván refiere una travesura de la mocedad del poeta, que pone bien de manifiesto la inquietud fundamental de su carácter. Muerto su padre, es decir, hacia los diez y seis años, huyó Lope de Madrid en compañía de un amigo, llegando hasta Astorga en su escapatoria.

No es fácil tarea la de establecer en orden cronológico los sucesos de la primera juventud de Lope: tal contradicción hay entre las afirmaciones de *La Dorotea* y lo que resulta de otras fuentes. Consta que sirvió a don Jerónimo Manrique de Lara, obispo de Cartagena, «a quien agradó sumamente con unas églogas que escribió en su nombre y con la comedia *La Pastoral de Jacinto*, que fué la primera que hizo de tres jornada»., dice Montalván, sin que podamos saber en qué tiempo entró Lope a prestar esos servicios ni cuánto duraron. Antes, aún siendo niño, había ya traducido en verso el poema de Claudiano *De raptu Proserpinae*, y quizás escrito obras dramáticas en cuatro actos, según indica en el *Arte nuevo de hacer comedias*; pero la que llegó a nosotros atribuída a esa primera edad, *Los Hechos de Garcilaso*, no puede haberla compuesto antes de los diez y seis o diez y ocho años. Consta también que estudió en Alcalá, ignorándose en qué años, ya que no ha sido dado hasta hoy descubrir su nombre en aquellos registros universitarios. «Según todas las probabilidades—dice la versión española de la *Vida* del señor Rennert—, Lope se matriculó en la Universidad cuando tenía alrededor de quince años, es decir, en 1577, y estuvo allá cuatro años, saliendo en 1581-82». Sabemos igualmente que participó en la jornada de las Islas Terceras contra los portugueses, campaña que tuvo menos de dos meses de duración, desde el 23 de junio de 1583, en que zarpó de Lisboa la armada de don Alvaro de Bazán, hasta el 15 de setiembre, en que regresó a Cádiz.

Poco después ya era Lope poeta conocido; colabora en el *Jardín espiritual* de fray Pedro de Padilla (1584) y en el *Cancionero* de López Maldonado (1586, pero con licencia de 1584), y es celebrado por Cervantes en el *Canto de Calíope* de *La Galatea* (1585) en los siguientes términos:

«Muestra en un ingenio la experiencia
que en años verdes y en edad temprana
hace habitación así la ciencia,
como en la edad madura, antigua y cana:
no entraré con alguno en competencia
que contradiga una verdad tan llana,
y más si acaso a sus oídos llega
que lo digo por vos, Lope de Vega».

Antes de este tiempo debieron comenzar los amores con *Filis*, la gran pasión de la primera juventud de Lope, inmortalizada en tan bellos romances y en las escenas de La Dorotea, llenas de agudeza y donosura, sin que sea posible determinar exactamente el año de su principio, si bien parece razonable opinión la expuesta por Ormsby (en un estudio sobre Lope de Vega publicado en la *Quarterly Review* (1894), citado en el libro de Rennert y Castro) de que, ya que repetidamente se afirma en *La Dorotea* que estas relaciones duraron cinco años, éstos debieron ser los comprendidos entre la expedición de las Terceras y la de la Invencible contra Inglaterra. Cierto que en *La Dorotea* se dice también que don Fernando (Lope) tenía diez y siete años al ser solicitado por Dorotea; pero bien probado está que Lope de Vega tenía la coquetería de disminuir la cifra de sus años, como acaso la de aumentar la de sus comedias. No fué el de Filis el primer afecto de Lope de Vega (en *La Dorotea* se nos habla de una Marfisa, pariente suya, «primer sujeto de mi amor en la primavera de mis año»., a quien aún no ha sido posible identificar documentalmente), pero sí el primero que dejó honda huella en la producción literaria del poeta. Filis, Elena Osorio, era la hija del representante Jerónimo Velázquez, y estaba casada desde 1576 con un tal Cristóbal Calderón, también comediante. Repentina pasión brotó entre ella y el gran enamorado y gran poeta. «No sé qué estrella propicia a los amantes reinaba entonces —léese en La Dorotea—, que apenas nos vimos y hablamos cuando quedamos rendidos el uno al otro». En prosa y verso ha alabado repetidamente Lope los encantos, físicos y espirituales, de su amada, creando de ella una imagen, según atinadamente se hace observar en el libro de los señores Rennert y Castro, que «más bien que en damas de la España tradicional, hace pensar en un tipo de gentil cortesana, surgido al contacto de la Italia renacentist».. La figura que traza Lope de la Amarilis de sus postreros amores guarda estrecha relación con la de esta heroína de la novela de sus años mozos. Elena parece haberse interesado mucho por el perfeccionamiento del saber de su genial enamorado e influído en él para que visitara

cátedras de disciplinas diversas: en más de un sentido debe ser considerada como galana maestra del poeta.

De todo tiene menos de edificante lo que de estos amores descubre *La Dorotea* y comprueba el *Proceso*. La familia parece haber consentido las relaciones mientras Lope compusiera comedias para la compañía de Jerónimo Velázquez y no estorbara que Elena tuviera amantes de más alto copete y mejor nutrida bolsa, como el indiano don Bela de La Dorotea, en la realidad don Francisco Perrenot, sobrino del cardenal Granvela. Por muy diversas fases atraviesan los amores: en un principio, Filis quiere guardar fidelidad al poeta; pero éste no puede subvenir al sostenimiento de su amada, la que por él se empobrece, por lo cual su madre la vitupera y maltrata y, por último, la entrega a un amante de mayores posibles. Lope, según La Dorotea, huye a Sevilla y Cádiz lleno de dolor; pero, vuelto a Madrid, se presta a ser favorecido en secreto, consintiendo el oficial señorío de don Bela.

No era posible que durara mucho tal situación: desengañado de Elena, enamorado de doña Isabel de Urbina (la dulce Belisa de los romances), Lope se venga de su antigua amada dejando de dar comedias a su padre y haciendo circular por Madrid dos poesías, un poema en latín macarrónico la una y la otra un romance castellano, en que se escarnece y vilipendia a Elena Osorio y su familia. Abrese proceso, Lope es detenido y llevado a la cárcel el 29 de diciembre de 1587, y, después de oídos testigos, sentenciado «en cuatro años de destierro de esta Corte y cinco leguas (no le quebrante, so pena de serle doblado), y en dos años de destierro del reino, y no le quebrante, so pena de muert».. Después, ante nueva denuncia de los Velázquez, que dicen que desde la cárcel sigue Lope haciendo contra ellos versos de infamia, los alcaldes, el 7 de febrero de 1588, acuerdan lo siguiente: «Confirman la sentencia de vista en grado de revista con que los cuatro años de destierro de esta Corte y cinco leguas sean ocho demás de los dos del reino y los salga a cumplir desde la cárcel los ocho de la Corte y cinco leguas, y los del reino dentro de quince días; no los quebrante, so pena de muerte los del reino, y los demás, de servirlos en galeras al remo y sin sueldo, con costas».

Estamos en el momento más dramático que nos es conocido de la vida de Lope: los lances se precipitan uno tras otro como en la más accidentada de sus comedias. Sale de la cárcel para cumplir su destierro fuera del reino de Castilla el 8 de febrero de 1588; acabamos de ver las penas severísimas en que incurría caso de volver a la Corte, y, sin embargo, en el *Inventario general de las causas criminales que se hallan en el archivo de la sala de alcaldes de la casa y corte de S. M.*, encontró Pérez Pastor la noticia siguiente: «Lope de Vega, Ana de Atienza y Juan Chaves, alguacil, por el rapto de doña Isabel de Alderete». Desgraciadamente ha desaparecido este proceso. Pérez Pastor prueba cumplidamente la identidad de esta doña Isabel de Alderete con doña Isabel de Urbina y Cortinas, primera esposa de Lope de Vega. Probablemente habrá comprendido el poeta, al salir de la cárcel, que la importante familia de Belisa (su padre había sido regidor de Madrid y rey de armas de Felipe II y Felipe III), con

la cual Lope estaría en relaciones desde algún tiempo antes como se desprende de algunos de los romances, no consentiría el matrimonio de ésta con un condenado por la justicia, y habrá convencido a su amada, siempre dulce y sumisa, de que se dejara raptar e hiciera así preciso el casamiento. En un principio la familia denuncia a Lope, quien ya hemos visto los peligros que corría con ello; pero después debe haber mediado perdón, ya que, en vez de seguir adelante la causa, el inmediato 10 de mayo se casa por poder el desterrado Lope con la dicha doña Isabel de Alderete.

Pero Lope no va pacíficamente a cumplir su destierro, gozando del tranquilo y legítimo amor de su Belisa: el 29 del mismo mes de mayo se alista en Lisboa como voluntario en la Invencible, probablemente «arrastrado por el soplo heroico que inflamó en aquella ocasión a todos los pechos jóvene»., como indican los señores Rennert y Castro. No habrá existido otro más apto para sentir tales fiebres patrióticas que el de este gran vate hispano, en quien el orgullo nacional se presenta en formas casi delirantes. A bordo del galeón *San Juan* dice Lope que compuso su poema *La Hermosura de Angélica*. En diciembre del propio año regresan a España los restos de la Armada. Lope desembarca en Cádiz, viene a Toledo, y, reunido con su esposa, habrá marchado a Valencia a principios de 1589.

La razón de haber escogido Lope esta rica ciudad como lugar donde cumplir su destierro fuera del reino de Castilla debe haber sido el gran florecimiento que habían alcanzado allí las letras. Allí habrá conocido a los poetas dramáticos Tárrega, Boyl y Aguilar; habrá dado comedias al naciente teatro valenciano y contribuído a la publicación de las primeras colecciones de romances, base del futuro *Romancero general*, la primera de las cuales, según Wolf, debió salir en Valencia «poco después de 158». y en la cual se encuentran varios romances que pertenecen a Lope, indudablemente. Su vida en Valencia parece haber sido todo lo tranquila y feliz que era posible, dado su arrebatado temperamento. Teniendo que sostener su hogar de hombre casado, habrá comenzado allí a escribir comedias para ganar el pan de su familia, no «por su entretenimiento, como otros muchos caballeros de esta Cort»., según se alababa de hacerlo en el *Proceso*; y, en efecto, sabemos que de Valencia enviaba obras dramáticas a directores de compañías teatrales. De lo que dice Cervantes en el prólogo de sus comedias, y de otros datos, parece deducirse que ya en este momento era Lope el autor más popular de la escena española. Sin embargo, que se sepa, no han llegado a nosotros sus comedias de esta primera época.

En 1590, cumplida la parte de destierro fuera del reino, viene Lope a Toledo, y, como secretario, entra al servicio del joven duque de Alba don Antonio, cargo que desempeñó durante cinco años, residiendo en Alba de Tormes buena parte de este tiempo. Aunque siguen siendo perdidas para nosotros la mayor parte de sus comedias, poseemos algunas, hasta una de ellas en su autógrafo, de las que sabemos indubitadamente que corresponden a este período. También entonces escribió Lope la novela pastoril *La Arcadia*, primera de sus obras extensas que había de ser impresa, en la que, bajo figura de pastores, introduce a su protector y a sus amigos.

A principios de 1595—si hemos de prestar fe a la profecía del astrólogo César en La Dorotea, que coincide con lo que resulta de otros datos—debe haber fallecido doña Isabel en Alba de Tormes, dejando a Lope padre de dos niñas que no tardaron en seguir la suerte de su pobre madre.

Muerta su esposa, trasladóse Lope a la Corte, donde su antiguo perseguidor Jerónimo Velázquez pide a la justicia le sea levantado lo que le falta por cumplir de la condena de destierro; acaso esperando, según han maliciado eruditos modernos, que el fecundo y ya famoso poeta se casaría ahora con Elena, ya también viuda por aquellos tiempos.

Poco después deja Lope el servicio de la casa de Alba, y por algún tiempo es secretario del Marqués de Malpica. En 1598 lo encontramos desempeñando cargo análogo cerca del Marqués de Sarria, futuro Conde de Lemos, el gran protector de Cervantes y tantos otros ingenios.

El 25 de abril de este mismo año de 1598 casóse Lope en Madrid con doña Juana de Guardo. Su padre, Antonio de Guardo, era rico carnicero que abastecía de víveres los mercados de la Corte, circunstancia que sirvió de base para que se mofaran de Lope sus enemigos, con el terrible Góngora a su cabeza. Doña Juana llevó en dote al matrimonio más de veintidós mil reales. Por lo que conocemos del carácter de esta señora, parece haber sido mujer vulgar y bondadosa, que sufrió con paciencia la cruz que le imponía la desgobernada conducta de su esposo. Que se sepa, jamás fué cantada en los versos de éste: tiene todas las trazas de un enlace de conveniencia este matrimonio.

En este año de 1598 publicó Lope sus primeros libros: la citada novela pastoril *La Arcadia* y el poema épico *La Dragontea* consagrado a las temidas hazañas del marino inglés el Drake. A principios de 1599, *El Isidro*, poema en quintillas, en que se narra la vida del que había de ser Santo Patrón de Madrid.

En abril de 1599 encontramos a Lope de Vega en Valencia acompañando al Marqués de Sarria, quien se había trasladado allí, lo mismo que toda la corte, con el rey Felipe III y su hermana la infanta Isabel Clara Eugenia, para esperar a sus respectivos cónyuges la archiduquesa Margarita de Austria y el archiduque Alberto. Celebráronse en Valencia las velaciones—pues ya los desposorios se habían hecho por poderes en Ferrara—, y con tan grato motivo representóse el auto alegórico de Lope *Las Bodas del alma con el amor divino*. El señor Mérimée, en sus *Spectacles et comediens à Valencia*, menciona otras fiestas celebradas en esta ocasión, en las que Lope tomó parte principal. El mismo año imprimióse en Valencia el poema de Lope titulado *Fiestas de Denia*, que describe el festival ofrecido por el Duque de Lerma al Rey y a la Infanta.

Lope debió estar ya de regreso en Madrid en julio siguiente, ya que en 26 de ese mes es bautizada en San Ginés una hija suya y de doña Juana, Jacinta, que habrá muerto niña, pues nada más volvemos a saber de ella. Dejó el servicio del Marqués de Sarria en 1600. Ya entonces habría escrito Lope más de un centenar de comedias e

impuesto forma y dirección definitivas al drama español.

En época imprecisa, por este tiempo, entró Lope en íntimas relaciones con la que había de ser madre de sus hijos Marcela y Lope Félix, la Camila Lucinda, tan celebrada en innumerables versos. Lucinda, por su verdadero nombre Micaela de Luján, parece haber sido una cómica de secundaria categoría—aunque debe haberse retirado definitivamente de las tablas desde que comenzó su trato con Lope—, mujer del representante Diego Díaz, quien, desde 1596, residía en el Perú, donde falleció a mediados de 1603. Durante largos años estuvo Lope enlazado con ella por un afecto tranquilo y pacífico, como conyugal, bien diferente de sus otras tormentosas pasiones. Es esta una época de grandes viajes para nuestro poeta, pues suele tener establecidos sus dos hogares en poblaciones distintas. Su mujer, con quien oficialmente vivía, residió en Madrid hasta 1604 y en Toledo de 1604 a 1610. La «serrana hermos»., Lucinda, quizás vivió primero en Toledo, luego en Sevilla (donde pasó largo tiempo Lope entre 1602 y 1604), después otra vez en Toledo, sitio del nacimiento de Marcela (1605), y, por último, en Madrid, cuando dió a luz a Lope Félix (1607).

Al señor Rodríguez Marín corresponde el honor de haber descubierto una firma de Lope, en un documento notarial de Sevilla, en que el poeta antepuso a su nombre la inicial de Micaela. («Porque es uso en corte usado | Cuando la carta se firma, | Poner antes de la firma | La letra del nombre amad»., dice el propio Lope en *El Dómine Lucas*.) Don Américo Castro, que ha buscado después esas iniciales antepuestas en las firmas de los autógrafos de las comedias de Lope y en otros escritos y ha estudiado las alusiones a estos amores en comedias y poemas (*Revista de Filología Española,* 1918), piensa que la pasión de Lope por Lucinda habrá comenzado en 1599, según la alusión de las Fiestas de Denia, hecha observar ya por la Barrera, y desde 1602 a 1604 habrá alcanzado su mayor intensidad, cuando el poeta, hasta en documentos públicos, osa poner ante su firma la letra de Micaela. De 1608 es el último autógrafo de comedias en cuya firma encuentra el señor Castro la inicial de la serrana, y en comedias posteriores a esta época tampoco descubre ya las alusiones a Lucinda, tan abundantes en las de los años anteriores. De un pasaje de la *Jerusalem* parece desprenderse que Lope tuvo cinco hijos en Micaela, sólo dos de los cuales, Marcelica y Lopillo, alcanzaron la edad adulta.

Nada más sabemos de Camila Lucinda; «aparece con silueta poco precisa en las obras de Lop»., se dice en la biografía de los señores Rennert y Castro. Sin embargo, muchos de sus más excelsos pasajes líricos están inspirados en la hermosura de Lucinda, en sus ojos azules (bellas armas de amor, estrellas puras) y en la voz clara y regalado tono con que habla. (¡Triste del que escucha!) A diferencia de Dorotea y Amarilis, debía ser mujer de escasa cultura (consta que ni escribir sabía) y sin aficiones intelectuales. Lope no alaba en ella más que perfecciones naturales y espontáneas.

En 1602 publica Lope en Madrid *La Hermosura de Angélica*, poema en que

aspira a rivalizar con el Ariosto y que, por lo menos en parte, tenía escrito desde tiempos de la expedición a Inglaterra. Sigue en el libro una colección de doscientos sonetos, Rimas, en que están muchos de los de Lucinda, y al final reimprime *La Dragontea*. En 1604 estampa en Sevilla una nueva edición de las *Rimas* y la novela *El Peregrino en su patria*, a cuyo fin inserta una lista de las comedias que tenía escritas hasta entonces: doscientos treinta títulos.

En el verano y otoño de 1604 reside con su mujer en Toledo, según una importante carta autógrafa que publicó en parte von Schack y más completa la Barrera, y los manuscritos de dos comedias, fechados en aquella ciudad. Por éste tiempo ya empieza Lope a quejarse de los editores que imprimen mutiladas y variadas sus comedias y le atribuyen obras ajenas. A principios de este año habrá salido la *Primera parte* de comedias de Lope de Vega recopiladas por Bernardo Grassa. La primera edición es de Valencia.

Como «poeta toledan». es encargado Lope, en mayo de 1605, por el Ayuntamiento de la Imperial Ciudad, de dirigir la justa poética celebrada con ocasión del nacimiento del Príncipe de Asturias, después Felipe IV. En aquel mismo verano comenzó la íntima amistad de Lope con don Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, sexto duque de Sessa, relación que había de durar lo que la vida del poeta, por la cual ganó inmortalidad aquel prócer.

Por este tiempo tenía Lope establecidas en Toledo sus dos familias. En 8 de mayo de 1605, como de padres desconocidos, fué bautizada allí Marcela, la hija de Lucinda. En 28 de marzo del año siguiente, su hijo legítimo Carlos Félix. A 7 de febrero de 1607, ya en Madrid (Lope alquiló en octubre de este año una casa en la calle del Fúcar, quizás para Micaela), bautizóse Lope Félix, último fruto del amor de la serrana, y Lope lo declaró hijo suyo en la partida bautismal.

En 1608 apareció la *Jerusalem conquistada*, epopeya trágica en que Lope aspira a igualar al Tasso, como antes al Ariosto con la *Angélica*. Va dedicada al rey Felipe III. Aún hay aquí alusiones a Lucinda, pero ya frías y sin pasión, como de una cosa que se extingue y perece. Al año siguiente se publicó la *Segunda parte* de las comedias (en Madrid, por Alonso Martín), y en nueva edición de las *Rimas* de este año incluyó Lope el *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, defensa de las irregularidades de sus obras teatrales, escrita amena y humorísticamente, obra importante para el estudio de las teorías dramáticas de su autor.

En setiembre de 1610 adquirió Lope la casa de la calle de Francos (hoy Cervantes), número 15, que había de habitar hasta su muerte, y estableciose en ella con su familia legal. Nueve mil reales fué el precio de la casa, que no carecía de comodidades ni de un bello jardín, reposo y contento del poeta. Así se lo describe a Francisco Rioja en una epístola:

«Que mi jardín, más breve que cometa,
tiene sólo dos árboles, diez flores,

dos parras, un naranjo, una mosqueta».

Desarrolláronse en Lope, para que nada en él faltara, instintos de existencia burguesa al sentirse propietario, y en su nueva casa vivió en paz y calma con su mujer y su muy amado hijo Carlos, durante un período no muy largo, que había de ser cerrado por la muerte. En una bella *Epístola al doctor Matías de Porras,* publicada después en *La Circe*, pintó bellamente Lope la felicidad de su vida doméstica. De tales sentimientos está impregnado el libro *Los Pastores de Belén*, especie de *Arcadia* a lo divino, que publicó a principios de 1612, tiernamente dirigido a su hijo Carlos. Acentuándose sus místicos sentimientos, imprimió el mismo año, en Valladolid, los *Cuatro soliloquios… llanto y lágrimas que hizo arrodillado delante de un Crucifijo, pidiendo a Dios perdón de sus pecados, después de haber recibido el hábito de la Tercera Orden de Penitencia del seráfico Francisco*; es un patético librillo de arrepentimiento que debe ser anotado como precedente de la inesperada transformación que veremos operarse en la vida de Lope antes de mucho tiempo. Desde 1610 pertenecía a la Cofradía del Caballero de Gracia y a la del Oratorio de la calle del Olivar.

En 1612 salió a luz la que se contó como *Tercera parte* de las comedias de Lope (Sebastián Cormella, Barcelona), aunque sólo tres son de este ingenio, de las doce que contiene el volumen.

La felicidad doméstica, tan tardíamente apreciada por el poeta, no debía durar: en el verano u otoño de 1612 murió el niño Carlos Félix, inspirando este doloroso suceso al atribulado padre una bellísima poesía, que se encuentra entre las *Rimas sacras*, y un año después, en agosto de 1613, falleció doña Juana, enferma desde mucho tiempo antes, a poco de dar a luz a Feliciana, única hija legítima que había de sobrevivir a su padre.

Pero cinco semanas después de esta muerte ya tenemos a Lope figurando en la comitiva de un viaje de Felipe III y la corte a Segovia, Burgos y Lerma y tratando de festejos y galanteos.

Sin embargo, a principios de 1614 determinóse Lope a recibir órdenes sagradas. En los versos a la poetisa peruana Amarilis dice así:

«Dejé las galas que seglar vestía;
ordenéme, Amarilis; que importaba
el ordenarme a la desorden mía».

Pronto sabremos lo que había de durar aquel orden en Lope. Trasládase a Toledo, en marzo de aquel año, y, por su correspondencia con el Duque, podemos seguir los preliminares, no sobrado místicos, de su dedicación eclesiástica. Residió en casa de la cómica Jerónima de Burgos, madrina de Lope Félix, para la cual había escrito *La*

Dama boba. Ya antes había vivido con ella en Segovia, en el viaje a que acabamos de referirnos. Siguió frecuentando el mundo de la comedia y participaba en los galanteos que rodeaban a Jerónima. No obstante, ordenóse de Epístola en marzo, de Evangelio en abril y regresó a Madrid en junio, ya sacerdote. Dada la emoción e intensidad de sus obras religiosas, no tememos el menor motivo para dudar de la sinceridad del movimiento que llevó a Lope al sacerdocio, aunque su inquieto espíritu no le haya permitido perseverar por mucho tiempo en aquella estrecha vía, como no perseveró en cosa alguna que no fuera abandonarse a la torrencial espontaneidad de su temperamento.

En este año de 1614 publicó Gaspar de Porres, amigo íntimo del poeta, la *Cuarta parte* de sus comedias, dedicada al duque de Sessa.

Por cartas de este mismo verano vemos que Lope venía sirviendo de secretario al de Sessa en sus múltiples y adulterinos amores. El confesor del nuevo sacerdote le prohibía ocuparse en tan poco edificante menester, y en las cartas se refleja la angustia de Lope al tener que dejar de servir a su protector, aunque no fuera más que en tales asuntos, por la escrupulosidad de conducta moral que le imponía su nuevo estado.

Aquel otoño—1614—publicó sus *Rimas sacras*, dedicadas a su confesor. Hubo entonces un certamen literario para celebrar la beatificación de Santa Teresa, y Lope figuró en el jurado calificador, recitando el panegírico con que se inauguró el concurso.

En octubre de 1615 trasladóse la corte a Burgos, donde se celebraron, por poder, los matrimonios de la infanta doña Ana de Austria, hija de Felipe III, con Luis XIII de Francia, y el de Isabel de Borbón, hermana del Rey de Francia, con el Príncipe de Asturias. El Duque de Lerma fué enviado por el Rey para que acompañara a doña Ana hasta el Bidasoa y trajese desde allí a doña Isabel. El Duque de Sessa fué con el de Lerma y llevó consigo a Lope de Vega.

De este año es la que se cuenta por *Parte quinta* de las comedias de Lope (*Flor de comedias de España de diferentes autores*, recopiladas por Francisco de Avila, 1615, Alcalá), si bien sólo una hay en el libro que sea de nuestro autor. También entonces apareció la *Parte sexta*, en Madrid, por la viuda de Alonso Martín.

Pero en la vida del poeta sacerdote iban a presentarse ahora nuevos sucesos escandalosos, que habrán hecho murmurar largamente a los maldicientes de la Corte y que dieron pábulo a los ataques de los enemigos de Lope, de los cuales es de recordar una emponzoñada décima de Góngora, publicada por la Barrera. Anúnciase este nuevo período por un inesperado viaje de Lope a Valencia a fines de junio de 1616, a pretexto de asuntos de su hijo el fraile descalzo. (Esta es la única noticia que se tiene de él. Acaso sería fruto de algunos pasajeros amoríos del poeta mientras residió en Valencia con su primera esposa.) Mas parece probado que el objeto del viaje fué esperar a la compañía de Sánchez, que regresaba de Nápoles con el Conde de Lemos. En esta compañía figuraba la cómica a quien Lope llama «la loc». en sus

cartas, Lucía de Salcedo por su verdadero nombre. Durante su estancia en Valencia estuvo Lope enfermo de mucha gravedad. Mas este oscuro y breve episodio («veinte días hablé con la loc».) no es más que tanteo y anuncio de la gran pasión que va a llenar la vejez del poeta. Agotado el fuego de la exaltación mística que lo había llevado al sacerdocio, vuelve a imponerse su temperamento erótico. Versos y mujeres, ahora como antes, llenan la vida del poeta.

A fines de 1616 estaba Lope en las relaciones más íntimas con doña Marta de Nevares Santoyo, mujer de Roque Hernández de Ayala, hombre de negocios. La égloga *Amarilis* (Madrid, 1633) es la obra en que nos ha dejado Lope la visión literaria de aquella pasión de la edad madura. Amarilis, bautizada también literariamente por Lope con el nombre de Marcia Leonarda, era natural de Madrid y debía tener unos veintiséis años cuando Lope la conoció en un jardín con ocasión de una fiesta literaria. Es de advertir que doña Marta, semejante en esto a Elena Osorio, debe haber sido persona de cierta distinción y con gustos literarios y artísticos. Tenía una hermana poetisa. En agosto de 1617 nace Antonia Clara, bautizada como hija de Roque Hernández, prenda de estos amores de los ya avanzados años del poeta, consuelo y tormento de su edad postrera. Después doña Marta, guiada por Lope, intenta divorciarse de su marido, y aunque no lo logra, el matrimonio debió vivir últimamente en casa separada, hasta que la muerte, llevándose en 1618 ó 1619 al Roque Hernández, tan odiado por Lope, estableció la separación definitiva. Poco después del fallecimiento del marido, escribe Lope la dedicatoria a Marcia Leonarda de *La Viuda valenciana* (Parte XIV, 1620), página en que llega a lo más extremado el cinismo del poeta al mostrar al público las intimidades de su pecaminosa existencia.

Del año 1617 son las *Partes séptima y octava*, impresas en Madrid a costa de Miguel de Siles por la viuda de Alonso Martín. Ambas van dedicadas al Duque de Sessa. En este propio año apareció también la *Parte novena*, primera que figura como publicada por el mismo Lope y en cuyo prólogo rechaza por ilegítimas todas las *Partes* anteriores. No tenía completa razón para ello: muchas de estas *Partes* habían sido editadas por personas de su intimidad y es de suponer que con anuencia del autor. Sólo las llamadas *Partes tercera y quinta* deben haber salido al público con perfecta ignorancia de Lope; el cual, por lo demás, tenía sobrado motivo para quejarse de la negligencia con que daban a la imprenta los editores los libros de comedias, confundiendo muchas veces el nombre del autor y siguiendo manuscritos viciadísimos. Es de observar que Lope, que tan grande interés demostró siempre por la impresión de sus libros, descuidó hasta este año el ocuparse de las ediciones de sus comedias. Verdad que, en muchos casos, no era posible que hubieran sido publicadas por él en forma más pura que por sus anteriores editores—a menos de haberlas en gran parte rehecho—, pues no siempre poseería sus propios manuscritos, que, vendidos a los directores de las compañías, habrían ido a parar Dios sabe dónde, sino que tendría que valerse de copias y de copias de copias en las que el texto estaría mutilado y viciado hasta por las propias necesidades de la representación escénica.

De 1618 es el *Triunfo de la fee en los reynos del Japón*, opúsculo histórico, hecho de encargo, en que se relata el suplicio de los primeros mártires en las tierras del Extremo Oriente. El propio año salieron dos nuevas *Partes* de comedias: la X y la XI. (Ambas en Madrid. A costa de Miguel de Siles la primera y de Alonso Pérez la otra.) En la sexta edición del *Peregrino*, publicada este año, reproduce Lope la lista de comedias de la edición de 1604 y añade a ella ciento catorce títulos nuevos, deduciendo diez y seis repetidos.

La *Docena parte* de comedias es publicada en 1619. (En Madrid, por la viuda de Alonso Martín, a costa de Alonso Pérez.) Sigue adelante Lope trabajando en la edición de sus obras teatrales, y en 1620 publica la *Trecena parte* (Madrid, viuda de Alonso Martín. A costa de Alonso Pérez) y la *Catorce* (Madrid, por Juan de la Cuesta. A costa de Miguel de Siles).

El 19 de mayo de 1620, para celebrar la beatificación de San Isidro, hubo una famosa justa poética en la iglesia parroquial de San Andrés, de la cual fué director Lope de Vega. Poetas de los principales de España se disputaron los premios. Lope leyó el certamen ante un inmenso concurso, en que se amontonaban representantes de todas las clases sociales, alcanzando un gran éxito, que acrecentó, si era posible, su fama. Esta fué una de las grandes ocasiones en que Lope saboreó plena y directamente el gusto embriagador de la gloria. Al certamen concurrió Lope de Vega el mozo, el hijo de Lucinda, inquieto joven que daba grandes disgustos a su padre, y por primera vez aparece el seudónimo de «el maestro Burguillo». como firma de unos versos de burlas con que Lope salpimentó la gravedad del certamen. Acaso—han creído algunos—este Burguillos sería un loco popular y famoso por aquella época.

El mismo año, Marcela, el otro fruto de los amores con Micaela, tomó el velo en las Trinitarias descalzas, profesando en febrero de 1621.

La propia fecha de 1621 se muestra en la portada de *La Filomena*, poema dividido en dos partes, en cuya primera contesta Lope a los ataques que le había dirigido Torres Rámila en 1617 con su *Spongia*, y que hasta ahora no habían sido recogidos directamente por el poeta, sino sólo devueltos por medio de sus amigos. En la segunda parte refiere Lope su vida—lo que quería que se supiese de su vida—y traza uno de los principales documentos en que se apoya su biografía. En este mismo año aparecen las *Partes* XV, XVI y XVII de comedias (Madrid, viuda de Alonso Martín, Alonso Pérez las dos primeras y V. de Alonso Martín, Miguel de Siles, la última).

Madrid celebró la canonización de San Isidro en 1622. Para estas fiestas, a petición del Ayuntamiento, escribió Lope dos comedias que se representaron ante Felipe IV en la plaza de Palacio; y el propio Lope fué encargado de presidir el certamen poético, según se había hecho dos años antes cuando la beatificación, logrando al hacerlo un éxito no menor que el alcanzado entonces. Aquí apareció nuevamente el Maestro Burguillos, y hasta a su hija Antonia de Nevares, de edad de cinco años, hízola aparecer Lope como concurriendo a disputar los premios de la

justa.

Las *Partes* XVIII y XIX (Madrid, por Juan González, a costa de Alonso Pérez) son de 1623. Por este tiempo ya doña Marta de Nevares debe haber contraído la enfermedad a la vista, de que le resultó una ceguera incurable. En época incierta, pero más tardía—según la égloga Amarilis—, perdió la razón, volviendo a recobrarla antes de su muerte.

En 1624 aparece *La Circe*, obra poética en que Lope narra el conocido episodio de la *Odisea*, seguido de otros varios poemas y tres novelas cortas dedicadas a la señora Marcia Leonarda. Entre los poemas hay algunas epístolas de gran interés biográfico.

La *Parte* XX de las comedias, última publicada en vida del autor, que después, no se sabe por qué causa, abandonó el trabajo, salió en Madrid a principios de 1625 (por Juan González, a costa de Alonso Pérez). En junio de este año, Lope, «ferviente creyente, aunque gran pecado»., según exacta frase del señor Menéndez y Pelayo, ingresó en la Congregación de San Pedro, de sacerdotes naturales de Madrid, aún hoy existente.

En otoño del mismo año publicó los *Triunfos divinos*, a imitación de los *Trionfi* del Petrarca. Va dedicado el libro al Conde Duque de Olivares, en el deseo de congraciarse el favor de la Corte, cosa que nunca alcanzó Lope. En vano fué que ciñera las sienes de un rey poeta la corona de España. Lope de Vega, máximo poeta entonces viviente de la lengua española, no gozó nunca de la protección cortesana; su nombradía era principalmente popular: otros eran los ingenios que vivían y medraban en los salones de Palacio. En setiembre de 1627 apareció la *Corona trágica*, poema inspirado en la historia de María Estuardo. La obra va dedicada a la Santidad del Papa Urbano VIII, el cual correspondió concediendo al poeta el título de doctor en Teología en el Collegium Sapientiae y la cruz de la Orden de San Juan, con lo cual Lope pudo poner el «fre». delante de su nombre.

Al cabo de tantas y tan gloriosas obras escritas con ejemplar actividad en su ya dilatada existencia, el poeta se hallaba en la pobreza, según nos lo muestran las constantes peticiones al Duque de Sessa que encontramos en sus cartas. (Volumen del Marqués de Pidal que ha sido publicado en las adiciones a la *Nueva Biografía* en la edición académica.) No era figura retórica lo dicho en la dedicatoria del *Verdadero amante* de que sólo tenía «pobre casa, igual cama y mesa y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan concepto».. Cierto que había ganado mucho; pero su mano era aún más rápida para gastar que para escribir.

En la segunda mitad de 1629 terminó Lope su *Laurel de Apolo*, poema en que va juzgando y alabando las obras de buen número de poetas contemporáneos. Fué publicado en 1630. Tras *El Laurel* viene en el mismo volumen *La Selva sin amor*, égloga que fué cantada ante el Rey y la Corte, puesta la escena con gran magnificencia y aparato.

Otra obra de Lope figuró también entonces en una función palatina: la comedia

La Noche de San Juan, representada en la fiesta que en tal noche del año 1631 dió el Conde Duque en los jardines del Conde de Monterrey en el Prado, en honor de los Reyes. Por este tiempo, antes de 1632, escribió Lope la *Egloga a Claudio* (mejor sería epístola), obra llena del más vivo interés por los datos autobiográficos que atesora. Aquí es donde Lope se alaba de haber escrito «mil y quinientas fábula»., «más de ciento en horas veinticuatr».; aquí donde se vanagloria de ser fundador del teatro y donde dice que repartidos los pliegos de su labor entre los días de su vida, sale a cinco pliegos su labor diaria. La *Egloga* quedó inédita hasta después de la muerte del poeta.

En abril de este año, en la calle de Francos, probablemente en casa del poeta, falleció doña Marta de Nevares. Lope la lloró en la ya citada égloga *Amarilis,* que vió la luz al año siguiente.

Antes de ello, en 1632, publicó La Dorotea, «acción en pros». dividida en cinco actos, en que Lope, como hemos dicho, conmemora muchos recuerdos de sus relaciones con Elena Osorio. Esta obra lozanísima, verdadera joya de la novela dialogada española, habrá sido escrita en parte en la juventud del autor, pero muy añadida y retocada en su vejez.

En diciembre de 1633 casóse Feliciana, la hija de Lope y de su esposa doña Juana Guardo, con Luis de Usategui, empleado público, probablemente pagado con no muy brillantes haberes.

Durante todos estos años, como Lope había interrumpido la publicación de las *Partes* de sus comedias, vinieron apareciendo algunas colecciones «extravagante». de las mismas.

El último libro que vió la luz en vida del poeta fué el de las *Rimas humanas y divinas* publicado con el seudónimo de Tomé de Burguillos, aquel personaje cómico que había inventado Lope para figurar en las justas poéticas de la beatificación y canonización de San Isidro. Apareció en Madrid en 1634. En este libro está incluída la famosa epopeya burlesca *La Gatomaquia*.

Dos disgustos, al decir de Montalván, oscurecieron los últimos meses de la vida del genial poeta. Uno parece haber sido la muerte de su inquieto hijo Lope Félix, que se había hecho militar, sirvió en los tercios de la Marina y peleó bizarramente en varios encuentros. Pereció en un naufragio yendo en una expedición para pescar perlas en la isla Margarita. Su padre conmemoró su muerte en la égloga pescatoria *Felicio*, y no debía saber su fallecimiento al tiempo de publicar las *Rimas* de Burguillos, ya que en la dedicatoria de *La Gatomaquia* a su hijo nada habla de su fallecimiento.

El otro disgusto debe haber sido el rapto de su hija Antonia Clara, entonces de diez y siete años y que debía ser muy donosa, tanto, que había representado comedias caseras ante el Duque de Sessa y otros amigos de su padre (conocemos la loa escrita por Lope para una de estas fiestas). No se sabe quién fuera el raptor, aunque por la égloga *Filis* y otras alusiones se sospecha podría ser algún galán de la Corte de la

intimidad de Felipe IV.

Conmovedoramente refiere Montalván la melancolía de los últimos tiempos de la vida del poeta, tan bien dotado por la naturaleza para disfrutar y cantar las más embriagadoras alegrías terrenas. El propio autor refiere por extenso los detalles de su breve enfermedad postrera. Cayó enfermo el 25 de agosto de 1634, y falleció cristianamente en medio de su familia y amigos, entre los que no faltaba el Duque de Sessa, el día 27 del mismo mes. Cuatro días antes aún había compuesto un soneto y una silva titulada *El Siglo de oro*.

El mismo Montalván refiere los pormenores de su solemnísimo entierro y de los varios funerales celebrados en sufragio del alma del poeta. También llegaron a nosotros las oraciones fúnebres que en tal ocasión pronunciaron los más famosos predicadores del tiempo. El cortejo fué llevado por la calle de Cantarranas para que Marcela pudiera verlo desde su convento. Fué enterrado Lope en la iglesia de San Sebastián, donde reposaron pacíficamente sus restos hasta que a fines del siglo XVIII o principios del XIX, en una de las usuales *mondas*, fueron arrumbados no se sabe dónde.

Después de muerto Lope, fueron publicadas dos partes de comedias que el autor había dejado dispuestas para la imprenta: las *Partes* XXI y XXII. En 1637 aparecieron reunidas en *La Vega del Parnaso* buen número de las poesías que había dejado inéditas el poeta. La *Parte* XXIII de comedias fué publicada en 1638; en 1641, la XXIV, y en 1647, la XXV, último volumen de la colección de obras dramáticas de Lope de Vega formada en tiempos del autor.

* * *

Por dos clases de razones nos hemos detenido a narrar, acaso harto prolijamente, la biografía del poeta. De una parte, Lope es un interesantísimo ejemplar humano; una personalidad dotada de las mayores riquezas espirituales, de las facultades que se suelen tener por más diversas y capaz de las reacciones que pueden parecer más opuestas: una de esas figuras que por la diversidad y caudal de sus dotes parecen ser resumen de la vida de toda una nación y toda una época. Por otro lado, Lope es un artista espontáneo, tan entregado a los azares de su inspiración, que los sucesos de su vida se han encarnado inmediata y directamente en su obra literaria. Sus escritos no sólo se nos aparecen cada vez más llenos de alusiones a sus aventuras conforme va siéndonos mejor conocida su vida; no sólo traducen maravillosamente los mudables estados de su tornadizo espíritu, sino que las perfecciones y defectos de la producción artística—tan abundantes unas y otros—guardan plena armonía con las virtudes y las faltas, tan copiosas también todas ellas, de la vida del poeta. En Lope no va por un lado la labor del escritor y por otro la conducta del hombre. No es de esos artistas reflexivos, conscientes, que saben trabajar su obra bella en un plano superior al de las

vulgares realidades de su existencia y nos presentan un producto artístico depurado de toda baja escoria terrena. Lope, niño eterno, abandónase a los desenfrenados impulsos de su temperamento lo mismo viviendo que escribiendo. Idéntico ritmo alocado palpita en los hechos de su vida y en las estrofas perennemente fragantes de sus versos; jamás le abandonó la divina embriaguez de la adolescencia. En su vida y sus obras parece darse inacabablemente el aturdimiento que causa en la primera juventud el exceso de ingobernadas fuerzas. Como hombre y poeta no sale nunca de los diez y siete años.

Conforme nos van siendo mejor conocidas, mayor asombro producen en nosotros las numerosas y fuertes dotes de su espíritu. No es ya sólo para nosotros el más prodigioso improvisador de que tiene noticia la historia; al lado de esa cualidad, descubrimos en gran abundancia otras, no menos sobresalientes, igualmente espontáneas, no fomentadas ni perfeccionadas con un inteligente cultivo. Es como si la naturaleza hubiera querido mostrarnos en este altísimo espíritu de Lope de Vega a cuánto se extendía su posibilidad de crear perfecciones. Hay que admirar la fuerza y salud robustísimas que le permitieron producir una de las más copiosas obras literarias que posee la humanidad, como por juego, sin que en momento alguno se advierta fatiga ni esfuerzo; hay que admirar el caudal de simpatía, el hechizo para la conversación y trato de gentes que se manifiesta en sus cartas y nos hace comprender el perenne afecto que sintió hacia él el Duque de Sessa, y sus triunfos amatorios cuando ya ni la edad ni el hábito permitían esperar tales cosas; hay que admirar una inmensa capacidad de saber, un conocimiento de cosas antiguas y contemporáneas absolutamente sin igual, una potencia retentiva y un don de observación que tocan en lo fabuloso. «Ignoramos qué número de palabras empleó Lope—dice el señor Castro en un apéndice de la *Vida*—, pero es probable que ningún escritor en el mundo tenga más abundante léxico, ya que la impresión del lector es que todas las cosas de su tiempo figuran en su obra… El día que se forme el diccionario de Lope causará maravilla ver adónde llegó la facultad receptora de un solo hombre». Y no en cosas de erudición; su obra manifiesta a cada paso la mayor copia de conocimientos en lo que sólo puede dar la experiencia de la vida (una experiencia no muy aprovechada como norma de su propia conducta). «Me espanta a veces—dice Grillparzer en sus estudios sobre nuestro autor—la riqueza de pensamiento de Lope de Vega. Pareciendo que permanece siempre en lo más singular, salta a cada momento a lo general, y no hay poeta tan rico como él en observaciones y notas de carácter práctico. Bien puede decirse que no hay situación de la vida a que no haya tocado en el círculo de sus creaciones». No es ni mucho menos exceso retórico el haberle llamado «monstruo de naturalez».; estamos en presencia de una de las figuras más ricas en facultades naturales que produjo jamás la estirpe humana: a sus más altas cimas, por ejemplo, a un Goethe, tendríamos que ir para encontrarle pareja.

Pero una falta fundamental de su espíritu echó a perder dotes tan excelsas: Lope fué siempre incapaz de imponer rumbo fijo y permanente a su maravillosa actividad:

juguete de la diversidad de impresiones que era susceptible de recoger su espíritu, sin que ninguna se grabara en él de modo permanente, nunca pudo seguir camino alguno con carácter definitivo. Lo poseía todo menos la facultad de gobernarse a sí propio. El poder central de su espíritu era débil auriga, y los fogosísimos caballos de sus diversas facultades galopaban cada cual hacia donde lo orientaba su capricho. De este modo no fué posible a Lope imponer una alta significación a su vida: enamorado perenne, no pudo, sin embargo, crearse un amor digno de inmortalidad, como los de Dante o Petrarca, sino que permaneció siempre en un bajo terreno de sensuales devaneos: hombre de mundo, no supo labrarse una posición independiente, y es triste ver sus regias facultades empleadas en mendigar favores del Duque en tantas de sus cartas. Al mismo tiempo acaso no haya sido dueño de una fina sensibilidad moral: no pueden menos de abochornarnos muchas de las acciones que descubrimos en Lope de Vega. Infantil también en esto, no parece haber llegado nunca a una clara idea de su dignidad y de la responsabilidad de sus actos. La encantada selva de representaciones poéticas, tan increíblemente frondosa que envolvía por todas partes su espíritu, cegábalo para cuanto no fueran ellas.

Esta imposibilidad de someter sus facultades a una dirección fija y encaminarlas hacia un fin impuesto por la reflexión, manifiéstase, en lo literario, en el frecuente fracaso de Lope en las líneas generales de sus obras, sobre todo en sus poemas eruditos. Sabido es que la personalidad artística de Lope de Vega presenta doble aspecto: el de poeta popular y nacional y el de poeta erudito y universal. Lope aspiró, sobre todo en los dos primeros tercios de su vida, y la riqueza de sus dotes le daba pleno derecho a ello, a ser un poeta universal y clásico, cuya gloria igualara, si no oscureciera, a la de los grandes poetas del Renacimiento italiano. El Ariosto, el Tasso, Petrarca, eran el permanente norte de su emulación. Sin embargo, aun poseyendo el inagotable torrente de inspiración de todos sabido, aun siendo dueño de un muy grande saber de humanidades, de una erudición muy extensa, jamás acertó Lope a componer obra alguna de este tipo que pueda decirse afortunada. Sólo los historiadores de la literatura se acordarían hoy de Lope si no hubiera escrito más que la *Jerusalem*, la *Angélica* o los *Triunfos*. Esos poemas, en general fríos y pedantescos, se salvan solamente por aquellos pasajes en que la espontánea inspiración del poeta rompe el molde académico y se derrama en encendidas expresiones líricas.

En cambio, cuando Lope, en vez de buscar sus temas en el mundo clásico (siempre ajeno a su temperamento) los tomó del ambiente real que le rodeaba o de la historia de España, viva para él como lo que veían sus ojos, entonces acertó a crear el gran número de obras poéticas que, aunque no sin defectos, lo han colocado en un puesto único y solo en las letras españolas. Como poeta popular Lope tiene tanta vida como la naturaleza misma. Es indecible su sentimiento de la realidad; penetra con la mayor agudeza en el verdadero ser de los individuos colocados en las situaciones más opuestas y pone en sus labios la palabra justa en que aquél se nos revele. Cuanto es tocado por su pluma en sus abundantísimos momentos felices queda impregnado de

esa indecible cualidad, sólo poseída por las más altas obras de arte, con la cual provocan en nosotros una sensación como de vida. Tieck, en una nota inédita existente en la Biblioteca de Berlín entre los papeles del poeta, publicada por el señor Bertrand en su libro *L. Tieck et le théâtre espagnol*, define la obra de Lope con estas tres palabras: «Naturalidad, verdad, objetividad». Lope «es la naturaleza misma—dice el poeta Grillparzer—; sólo las palabras son dadas por el arte… Es ilimitado en él el sentimiento de lo natural. En mitad del pasaje de peor gusto se presentan auténticos testimonios de ell».. «Las comedias de Lope es el prologuista de la *Parte* XXIII el que habla son de la naturaleza, y las otras, de la industria».

No hay palabras para expresar cómo conocía y sentía Lope las cosas españolas. La historia verdadera y legendaria del país en general y de cada comarca y cada ciudad en particular; los usos y costumbres de cada región: todas las singularidades de la tradición y de la vida española de su tiempo estaban siempre presentes y vivas en el dilatado ámbito de su memoria. «Lope hace revivir en la escena —dice el señor Menéndez Pidal en *L'epopée castillane*— todos los tipos, las costumbres, las regiones de España, que jamás ha conocido nadie tan íntimamente como él, y al mismo tiempo vuelve a tratar por su cuenta los asuntos de la antigua epopeya, reconociendo en ella la poesía hereditaria de la raza española». De este modo, por haber infundido nueva vida poética a la historia patria; por recoger en su obra cuanto viene a constituír la vida española del momento, en lo grande y lo pequeño, lo general y lo particular, álzase Lope en nuestra historia literaria como supremo poeta nacional. Por él y su teatro anúdanse las viejas tradiciones medievales españolas con la vida del siglo XVII y no se da en España—como hace notar el señor Morel Fatio—el divorcio del espíritu nuevo con el de la Edad Media, que se operaba en Francia al mismo tiempo.

Si Lope sabe sentir y apreciar la épica española y hace de su teatro como una continuación del romancero, no es menos asombroso su sentimiento de la lírica popular. «Su corazón—dice el señor Pidal en la obra citada—ha permanecido siempre abierto a la inspiración ingenua y ruda de los humildes: los cantos populares despiertan en él el eco fiel y armonioso de la poesía más profunda». A cada paso en el teatro de Lope, ya un romance o ya una canción del pueblo, deliciosamente escogida, vienen a realizar un altísimo efecto dramático, y no faltan en su obra comedias construídas sobre la base de un canto popular.

Mas con todo ello, Lope, poeta nacional por excelencia, no está plenamente representado por obra alguna. No hay, en cuanto de su teatro ha llegado a nosotros, ninguna comedia, por bellísima que sea, que podamos llamar perfecta. La precipitación en el modo de trabajar (representantes y público no le permitían descanso alguno), su facilidad fabulosa, la falta de reflexión y de dominio sobre sus facultades, han perjudicado a esta parte de su producción, del mismo modo que a sus obras de poesía erudita. Aquí como allí, los detalles son superiores al conjunto, por bello que éste sea. Muy agudamente hizo ya observar Grillparzer que lo excelente e

incomparable de Lope no suele estar en los temas capitales, sino en cosas accesorias. «En eso es inimitable y, junto con la excelencia del diálogo, infunde a su obra una vida que nos atrae hasta cuando no podemos aprobar el conjunto».

De este modo, a Lope no podemos juzgarlo por media docena de obras. Hay que tratar de columbrar, hasta donde sea posible, la masa gigantesca de su producción, en la cual, borrándose en la magnificencia total las faltas aisladas, se nos manifiesta el poeta como un ser casi sobrehumano, dueño de una potencia de crear representaciones artísticas dotada de una fuerza, delicadeza, diversidad y abundancia de tonos y matices, que acaso no haya tenido jamás su igual. Lope, entonces, semeja, no ya un hombre, sino una fuerza de la naturaleza. Propia de la naturaleza es su manera de crear: no se encamina reflexivamente hacia el propuesto fin con el mínimo esfuerzo y la mayor economía de energías; como simientes llevadas por el viento, deja desperdigarse profusamente sus facultades creadoras y éstas producen más de un millar de obras, más o menos imperfectas, en vez de esforzarse en lograr una sin falta. «Los dos versos siguientes—dice Grillparzer—podrían ser colocados como lema al frente de las obras completas de Lope de Vega:

TRISTAN.— Tiras, pero no reparas.

TEODORO.— Los diestros lo hazen así.

«EL PERRO DEL HORTELANO, ACTO I».

Tirar sin reparar, a modo de una fuerza natural que no teme se agote nunca el caudal de que dispone, fué siempre el carácter de la creación artística de Lope.

No podemos repetir aquí algunas de las conocidas anécdotas que muestran la rapidez increíble con que escribía Lope de Vega. No debe ser muy exagerado lo que dice en el *Arte nuevo* de haber escrito comedias en veinticuatro horas. Pero aunque otro dato no tuviéramos, el propio número, que parece fábula, de las obras de Lope, nos haría ver la facilidad pasmosa de su poder creador. Lope mismo, en la *Egloga a Claudio* y en *La Moza de cántaro* dice haber escrito mil y quinientas comedias. Montalván hace subir este número a mil ochocientas y cuatrocientos autos. No pueden, ni mucho menos, admitirse cifras tan altas. Sin embargo, a pesar de que, como sabemos, gran parte del teatro de Lope está irreparablemente perdido, nos son conocidos los títulos de setecientas veintiséis comedias y de cuarenta y siete autos, y en la actualidad aún poseemos muy cerca de quinientas de las primeras.

«Si hubo alguna vez un poeta —dice von Schack en su *Historia*— a quien su nación no sólo debe un drama sino una literatura dramática completa, lo fué, sin duda, nuestro español». En Lope, realmente, tenemos que saludar al fundador de nuestro teatro nacional. No es muy exagerado el prologuista de la *Parte* XXIII al decir que «antes de sí no halló a quién imitar, y después no hubo quien enteramente le imitar».. Ni lo es Montalván cuando, hablando de las comedias en su *Fama póstuma*, dice: «Sepan todos que su perfección se debe sólo a su talento, pues las halló rústicas

y las hizo damas, y cuantos después acá las han escrito (aunque alguno bárbaramente lo niegue) ha sido rigiéndose por esta pauta». «Lope—dice el señor Menéndez Pidal en la obra citada—supo encontrar la forma de comedia más adaptada al gusto nacional… Fijó el tipo y norma a los cuales podían recurrir con seguridad los genios de segundo orden, sin gastar ya sus fuerzas en tentativas divergentes, y así, en vez del desparramamiento anterior, el teatro conoció desde ahora e impuso a sus secuaces una fuerte unidad de gusto y orientación».

No es que Lope haya sacado de su cabeza la forma del teatro español: nadie, ni aun un genio de su alcurnia, inventa completamente cosa alguna. Prescindiendo de otros precursores menos calificados, el nombre del sevillano Juan de la Cueva debe ser siempre recordado como predecesor inmediato de Lope. Lo es en haber aprovechado temas nacionales como asunto de sus comedias (hasta en *La muerte del rey Don Sancho* introduce un romance popular); lo es en no haber respetado las reglas que la interpretación que el Renacimiento había dado a la estética dramática de Aristóteles imponía como imprescindibles en la composición de toda obra teatral. Pero Cueva, que en su *Ejemplar poético* fué el primer escritor crítico que defendió el naciente teatro español de los ataques de los clasicistas, no era un poeta de genio: sus obras son superiores como idea a como realización, y con sus limitadas fuerzas creadoras nunca habría llegado a imponer sus doctrinas estéticas. Era necesario que entrara el monstruo de naturaleza y se alzara con la monarquía cómica, que avasallara y pusiera debajo de su juridición a todos los farsantes, y llenara el mundo de comedias, en que relumbran los dones preciosísimos de su genio, para que quedara fundado el teatro español.

Ahora bien, ¿qué opinaba el Lope de Vega, poeta erudito, que aspiraba a igualar la gloria de los más altos poetas clásicos, de la obra que atropelladamente iba creando el otro Lope de Vega, poeta popular? Como observa el señor Menéndez Pidal en el dicho libro, es curioso que mientras Juan de la Cueva, convencido definidor del teatro nuevo, no tenía fuerza ni habilidad para imponerlo, Lope, de ideas más bien clásicas, fuera quien con su genio creador fundara uno de los dos más grandes teatros románticos de la humanidad. Al principio, Lope parece despreciar sus comedias: «Si allá murmuran de ellas algunos que piensan que las escribo por opinión—dice en la carta de 1604—, desengáñeles V. md. y dígales que por dinero». En la *Epístola* a don Antonio de Mendoza llama «versos mercantile». a los de sus comedias. Repetidas veces, por ejemplo en el prólogo de El Peregrino, se disculpa de que éstas «no guarden el art». alegando que el público las quiere así, y él no hace más que continuar las cosas tal como las ha encontrado, siguiendo el mal estilo que se ha introducido en el teatro español. Del *Arte nuevo* de hacer comedias, defensa tímida de su teatro en la que no sale aún del terreno de pedir perdón por sus muchas faltas, dice así el señor Menéndez y Pelayo, en el tomo III de la Historia de las ideas estéticas, y en tales palabras puede darse por resumido el problema de la posición de Lope en esta cuestión, sobre todo antes de los años de su vejez: «*El Arte nuevo de hacer comedias*

de Lope de Vega, tan traído y llevado por los críticos, hasta el extremo de haberse convertido algunos de sus versos en proverbios, ha parecido a muchos una especie de enigma o acertijo, siendo, como es, su sentido claro y llano para todo el que no le considere aisladamente sino poniéndole en relación con las demás obras de su autor y con el sentido estético que predomina en ellas. En Lope hay dos hombres: el gran poeta español y popular y el poeta artístico, educado, como todos sus contemporáneos, con la tradición latina e italiana. Estas dos mitades de su ser se armonizan cuando pueden, pero generalmente andan discordes, y, según las ocasiones, triunfa la una o triunfa la otra. Con su alma de poeta nacional, Lope tiene conciencia, más o menos clara, de la grandeza de su obra, y la lleva a término sin desfallecer un solo día. Pero al mismo tiempo se acuerda de que le enseñaron, cuando muchacho, ciertos libros llamados Poéticas, en los cuales, con autoridades mejor o peor entendidas del Estagirita y del Venusino, se reprobaban la mezcla de lo trágico y lo cómico y el abandono de las unidades. De aquí contradicción y aflicción en su espíritu». Pero según fué viviendo fué aprendiendo Lope a apreciar más altamente su teatro. En 1617 ya se decide a publicar directamente sus comedias, «aunque nunca las hizo para imprimirla»., dejando el desdén con que las había tratado hasta entonces. Sin embargo, siempre tuvo por más valiosos sus poemas; «jamás tuvo arroganci». por sus comedias, «porque teniendo ingenio y letras para los libros que corren suyos por Italia y Francia, tiene las comedias por flores del campo de su Vega, que sin cultivo nace».. (Prólogo de la Parte XX.) No sabia él que aquellas silvestres florecillas eran lo que le aseguraba la inmortalidad.

No vamos a entrar aquí, claro está, en la plurisecular contienda, largo ha extinguida, entre los partidarios del teatro clásico y los del romántico, que tantos arroyos de tinta y bilis hizo derramar en tiempo de nuestros mayores, próximos y remotos. Acaso, sin embargo, hubiera podido ser resuelta a gusto de todos considerando que el teatro español (o el inglés), aunque coincidiendo con las obras dramáticas del arte clasicista, a las que se aplicaban las leyes aristotélicas y horacianas, en ser recitado por actores en un escenario, pertenecía a diferente género literario y era nacido de origen muy diverso. Si consideramos que gran número de las obras de Lope (o de Shakespeare) son fiel dramatización del relato de una crónica o de un cuento; si atendemos a lo frecuentes, extensos e importantes que son en Lope los romances en que se narran cosas que constituyen parte integrante de la acción y que, sin embargo, no han podido ocurrir ante los espectadores; si vemos que en el teatro español, más que a la pintura de los caracteres en pugna se atiende a desarrollar el argumento, generalmente complicadísimo, llegaremos a pensar que tales obras, más que con las tragedias y comedias de tipo clásico, tienen parentesco con crónicas y novelas: que deben ser tenidas por lazo de unión entre los géneros épico y dramático más que como puros dramas. Ya Bouterweck, historiador de nuestras letras y uno de los fomentadores de los estudios de literatura española en Alemania a principios del siglo xix, decía, según Bertrand (*Tieck et le théâtre espagnol*) que una

comedia española es un cuento dramático. Tieck, según el mismo autor, escribe que «cada una de las buenas comedias de Lope está tratada como un cuento lleno de alta poesí».. Y en otro lugar, analizando una obra de Lope, dice: «Si se exceptúa el principio, está construída como un cuento y tiene un carácter completamente narrativo». «Lope se propuso dar a sus comedias la forma de una novela dramática—dice en su *Historia* Ticknor—y con su gran talento llegó a establecer esta base como la fundamental del teatro español». El propio Lope había dicho en el proemio de su novela El Desdichado por la honra: «Demás que yo he pensado que tienen las novelas los mismos preceptos que las comedias, cuyo fin es haber dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte». Finalmente, don Ramón Menéndez Pidal, en la obra varias veces citada, se expresa en estos términos: «Puede decirse que fué ella—la prosa narrativa—quien le imprimió su carácter definitivo haciéndole pasar de las hondonadas y laberintos en que se perdía al ancho campo que debía recorrer tan gloriosamente. Fué a su semejanza como se formó el nuevo drama, donde todo es acción, movimiento y vida. A ella es a quien ha debido su vivacidad, la rapidez de su acción, la libertad de abarcar las épocas y los lugares más alejados unos de otros, esas bruscas transiciones gracias a las cuales el juglar antiguo y el cronista, venido tras él, transportaban a su antojo la atención de los oyentes del uno al otro lado de los lugares donde se desenvolvía el relato. Tal es el origen de esos continuos cambios en el lugar de la escena que han permitido al nuevo drama tratar los asuntos más complejos de la epopeya, de la historia y de la novela antigua. Concebida de esta manera, la comedia española se ha constituído bajo la forma de una epopeya dramática y el principio al cual obedece no es otro que éste: todo lo que puede ser narrado puede también ser representado en la escena».

Poco a poco, según van siendo mejor estudiadas las comedias y conocidos los sucesos de la vida del poeta, a que no faltan alusiones en aquéllas, comienza a ser posible el establecer su sucesión cronológica con mayor rigor de lo que lo había sido hasta ahora. De este modo llegará a verse con toda claridad la evolución del arte dramático de Lope en su larga carrera. Pero en lo esencial no se saldrá—es de esperar—de lo entrevisto por el señor Menéndez y Pelayo, quien viene a afirmar que en las comedias de la juventud de Lope predomina el carácter lírico y hay gran complicación de argumentos e incidentes, mientras que en las obras de la vejez simplifícase el asunto y el tono épico se sobrepone al lírico. En las dos comedias que contiene este volumen, pertenecientes a muy distinto tiempo de la vida del poeta, puede comprobarse cumplidamente este general aserto.

Lope de Vega, como se ha dicho antes, conoció en vida la mayor popularidad que jamás puede haber alcanzado autor alguno. León Pinelo en sus *Anales de Madrid* alaba «la estimación que le dió el pueblo dondequiera que estuvo, y particularmente en esta Corte, donde en oyéndole nombrar los que no le conocían se paraban en las calles a mirarle con atención, y otros que venían de fuera luego le buscaban y a veces le visitaban sólo por ver y conocer la mayor maravilla que tenía la Corte, y muchos le

regalaban y presentaban alhajas sin más título que el de ser Lope de Vega, y si llegaba a comprar cualquiera cosa de mucha o poca calidad, en sabiendo que era Lope de Vega se la ofrecían dada o se la vendían con toda la cortesía y baja de valor que les era posible;… dieron en Madrid, más de veinte años antes que muriese, en decir por adagio a todo lo que querían celebrar o alabar por bueno, que era de Lope; los plateros, los pintores, los mercaderes, hasta las vendedoras de la plaza, por grande encarecimiento, pregonaban fruta de Lope, y un autor grave, que escribió la historia del señor don Juan de Austria, para levantar de punto la alabanza, dijo de uno que era capitán de Lope, y una mujer, viendo pasar su entierro, que fué grande, sin saber cúyo era, dijo que aquel era entierro de Lope, en que acertó dos vece».. Quevedo, en la aprobación de las *Rimas* de Burguillos, se refiere también a este uso popular de calificar como de Lope a lo excelente: «Frey Lope Félix de Vega Carpio, cuyo nombre ha sido universalmente proverbio de todo lo bueno».

«Gozó sin litigio Lope la fama en la mocedad—dice Pellicer en su Panegírico—; aguardábanle las contradicciones para la vejez». En los últimos años de la vida del poeta, el tornadizo favor del público parece haberse complacido más en las obras de algunos nuevos ingenios que en las del viejo creador del teatro español; más de una vez el público recibió con hostilidad alguna de sus últimas creaciones. El aplauso y protección de las esferas oficiales ya hemos visto también que buscó de preferencia otras frentes para colocar en ellas sus coronas. El poeta habrá conocido en la última época de su vida la amarga sensación de sobrevivirse, de quedar rezagado en la marcha del gusto público de su tiempo. No poco le habrá dolido esta desventura que venía a sumarse a las desdichas privadas que ennegrecieron y llenaron de amargura sus últimos días.

Muerto Lope, su obra quedó un tanto oscurecida por la de Calderón, su continuador famosísimo, y fué cada vez más olvidada en el creciente mal gusto que se extendía según iba avanzando el siglo XVII. En el XVIII, corrió la suerte de todo el teatro español, y sólo a principios del XIX renació su fama con la reivindicación general de nuestro teatro por los escritores románticos, alemanes principalmente. Pero también entonces la nombradía de Calderón hizo sombra a la de Lope, que todavía vino a quedar en lugar secundario. Grillparzer en los países de lengua germánica; en Inglaterra la redacción de The Atheneum, Chorley y Ormsby, iniciaron la tendencia de colocar a Lope en el excelso lugar que le corresponde en el teatro español, tendencia que recibió consagración oficial entre nosotros cuando en 1890 don Marcelino Menéndez y Pelayo acometió la tarea de publicar la edición académica de las obras de Lope de Vega. De entonces acá, los estudios sobre Lope han venido siendo cada vez más numerosos e intensos, y en la valoración actual de nuestras letras, Lope de Vega, aunque sin el sentido universal de Cervantes, su no muy amado coetáneo, goza de una preeminencia y significación únicas en el orbe de la literatura española.

J. Gómez Ocerín. R. M. Tenreiro.

PERSONAJES[1]

ABINDARRÁEZ.

PÁEZ.

PERALTA.

JARIFA.

BAJAMED.

ZARA.

ZORAIDE.

ARRÁEZ.

MANILORO.

ALBORÁN.

ESPINOSA.

CELINDO.

NARVÁEZ.

ALVARADO.

MENDOZA.

NUÑO.

CABRERA.

ARDINO.

ALARA.

ORTUÑO.

ZARO.

DARÍN.

Representóla Ríos, único representante[5].

ACTO PRIMERO

(Salen a un tiempo por dos puertas Abindarráez y Jarifa. Sin verse.)

ABIND.— Verdes y hermosas plantas,[6]
Que el sol con rayos de oro y ojos tristes
Ha visto veces tantas
Cuantas ha que de un alma el cuerpo fuistes;
Laureles, que tuvistes
Hermosura y dureza:
Si no es el alma agora[7]
Como fué la corteza,
Enternézcaos de un hombre la tristeza,[8]
Que un imposible adora.

JARIFA.— Corona vencedora
De ingenios y armas, Dafne, eternamente
Por quien desde el aurora
Hasta la noche llora tiernamente
El sol resplandeciente:
Si no habéis de ablandaros
Al són del llanto mío,
¿De qué sirve cansaros,
Y mi imposible pretensión contaros,
Que al viento sólo envío?

ABIND.— Claro, apacible río,
Que con el de mis lágrimas te aumentas,
Oye mi desvarío
Pues que con él tus aguas acrecientas.
Razón será que sientas
Mis lágrimas y daños,
Pues sabes que me debes
Las que por mis engaños
Llorar me has visto tan prolijos años,
Y por bienes tan breves.

JARIFA.— Porque tu curso lleves,
Famoso río, con mayor creciente,
Y la margen renueves
Que en tus orillas hizo la corriente
De aquella inmortal fuente

Que a mis ojos envía
El corazón más triste
Que ha visto en su tardía
Carrera el sol en el más largo día,
Hoy a mi llanto asiste.

ABIND.— Jardín que adorna y viste
De tantas flores bellas Amaltea:[9]
Aquí, donde tuviste
Aquella primavera que hermosea,
Cuando por ti pasea;
Aguas, yerbas y flores,
Aquí vengo a quejarme,
Y no de sus rigores,
Sino de un imposible mal de amores,
Que ya quiere acabarme.

JARIFA.— Si para lamentarme,
Aquí, donde perdí mi libre vida,
Lugar no quieren darme
El blando río y planta endurecida,
Al cielo es bien que pida
Piadoso oído atento.
Oídme cielo hermoso;
Óyeme, amor, contento
De haber triunfado de mi libre intento
Con arco poderoso.

ABIND.— Si hay algún dios piadoso
Para con los amantes, y si alguno
Deste mal amoroso
Probó el rigor, tan fiero y importuno,
Pues no hay amor ninguno
Que pueda ser tan fiero,
O me remedie o mate;
Que por mi hermana muero
Y en tan dulce imposible desespero:
Tal es quien me combate.

JARIFA.— Al último remate
De mi cansada vida, al postrer dejo,
Cuando no es bien que trate
De buscar medicina ni consejo,

Como cisne me quejo.
Fiero amor inhumano,
Mi hermano adoro y quiero,
Por imposibles muero.

ABIND.— ¡Jarifa!

JARIFA.— ¡Abindarráez!

ABIND.— ¡Hermana!

JARIFA.— ¡Hermano!

ABIND.— Dame esos brazos dichosos.

JARIFA.— Dadme vos los vuestros caros.

ABIND.— ¡Ay, ojos bellos y claros!

JARIFA.— ¡Ay, ojos claros y hermosos!

ABIND.— ¡Ay, divina hermana mía!

JARIFA.— ¡Ay, hermano mío gallardo!

ABIND.— ¡Qué nieve cuando más ardo!

JARIFA.— ¡Qué fuego entre nieve fría!

ABIND.— ¿Qué esperas, tiempo inhumano?

JARIFA.— Tiempo inhumano, ¿qué esperas?

ABIND.— ¡Ah, si mi hermana no fueras!

JARIFA.— ¡Ah, si no fueras mi hermano!

ABIND.— Señora, ¿de qué sabéis
Que hermanos somos los dos?

JARIFA.— De lo que yo os quiero a vos,
Y vos a mí me queréis.
Todos nos llaman ansí,
Y nuestros padres también;
Que, a no serlo, no era bien
Dejarnos juntos aquí.

ABIND.— Si ese bien, señora mía,
Por no serlo he de perder,
Vuestro hermano quiero ser,
Y gozaros noche y día.

JARIFA.— Pues tú, ¿qué bien pierdes, di…
Por ser hermanos los dos?

ABIND.— A mí me pierdo y a vos:
Ved si es poco a vos y a mí.

JARIFA.— Pues a mí me parecía
Que a nuestros amores llanos
Obligaba el ser hermanos,
Y que otra causa no había.

ABIND.— Sola esa rara hermosura
A mí me pudo obligar,
Ese ingenio singular
Y esa celestial blandura,
Esos ojos, luz del día,
Esa boca y esas manos;
Porque esto de ser hermanos,
Antes me ofende y resfría.

JARIFA.— No es justo que en el amor,
Abindarráez, tan justo
De hermanos, halles disgusto,
Siendo el más limpio y mejor.
Amor que celos no sabe,
Amor que pena no tiene,
A mayor perfeción viene,
Y a ser más dulce y suave.
Quiéreme bien como hermano:
No te aflijas ni desueles,
Sigue el camino que sueles,
Verdadero, cierto y llano;
Que amor que no tiene al fin
Otro fin en que parar,
Es el más perfeto amar;
Que al fin es amar sin fin.

ABIND.— ¡Ah, hermana! Pluguiera a Alá
Que vuestro hermano no fuera,
Y que este amor fin tuviera,
Que el de mi vida será,
Y que celos y querellas
Tuviera más que llorar
Que arenas tiene la mar

Y que tiene el cielo estrellas.
Por bienes que son tan raros
Era poco un mal eterno;
Que penas, las del infierno
Eran pocas por gozaros.
Mas, pues vuestro hermano fuí,
No despreciéis mi deseo.

JARIFA.— Antes le estimo, y te creo.

ABIND.— ¿Pediréte algo?

JARIFA.— Sí.

ABIND.— ¿Sí?

JARIFA.— Sí, pues.

ABIND.— ¿Qué te pediré?

JARIFA.— Lo que te diere más gusto:
Todo entre hermanos es justo.

ABIND.— No fué justo, pues que fué.
Ahora bien: dame una mano,
Y pondréla entré estas dos,
Por ver si así quiere Dios
Que sepa que soy tu hermano.

JARIFA.— ¿Aprietas?

ABIND.— Doyla tormento
Por que diga la verdad;
Que es juez mi voluntad
Y potro mi pensamiento.
Con los diez dedos te aprieto,
Cordeles de mi rigor,
Siendo verdugo el amor,
Que es riguroso en efeto,
Pues agua no ha de faltar,[10]
Que bien la darán mis ojos;
Di verdad a mis enojos.

JARIFA.— Paso, que es mucho apretar;
Que no lo sé, por tu vida.

ABIND.— Yo no lo pregunto a ti.

JARIFA.— ¿Ha de hablar la mano?

ABIND.— Sí.
Bien podéis, mano querida.
Pero mi pregunta es vana
Y ella calla en el tormento.
A lo menos, en el tiento
No sabe a mano de hermana.
¿Que al fin lengua te faltó?
Dime, blanca, hermosa mano:
¿Soy su hermano? Digo hermano,
Y responde el eco, no.
Testigos quiero tomar.

JARIFA.— ¿Qué testigos?

ABIND.— Esos ojos,
A quien por justos despojos
Mil almas quisiera dar.
¿No respondéis? Culpa os doy,
Lengua de fuego inhumano.
No me miran como a hermano;
No es posible que lo soy.
Pues ¿preguntaré a la boca?
Esta no dirá verdad,
Cuando pura voluntad
El instrumento no toca.
Pues ¿a los tiernos oídos?
Pero ya con escucharme,
O pretenden consolarme
O quitarme los sentidos.
El gusto, si está olvidado,
¿Qué pregunta le he de hacer?
Que el gusto de la mujer
No quiere ser preguntado.
Mas ¿qué importa, ojos, oídos,
Boca, manos, gusto, haceros
Testigos, si he de perderos
Sólo porque sois queridos?
Dése, pues, ya la sentencia
En que sea el cuerpo hermano
Y el alma no; que es en vano
Querer que tenga paciencia;

Pero, aunque vencido estoy
Y a la muerte condenado,
Quiero morir coronado
Pues como víctima voy.
Dadme, hermosas flores bellas,
Rubí, zafir y esmeralda
Para hacer una guirnalda.

(Haga que compone una guirnalda).

JARIFA.— Bien es que te adornes dellas.
Triunfa de mi loco amor
Y de mi seso perdido;
Que, aunque piensas por vencido,
Yo sé que es por vencedor.
Pon la rosa carmesí
De mi prestada alegría,
Y mi celosa porfía
En el lirio azul turquí;
En el alhelí pajizo
Mi desesperado ardor,
Y en la violeta el amor
Que mi voluntad deshizo;
Mi imposible en el jazmín
Blanco, sin dar en el blanco.

ABIND.— ¡Cuánto se te muestra franco
El cielo, hermoso jardín!
Bella guirnalda he tejido,
Ciña mis dichosas sienes.

(Póngase la guirnalda).

JARIFA.— Galán por estremo vienes.

ABIND.— Y coronado y vencido.

JARIFA.— Muestra, pondrémela yo,
¿Qué te parece de mí?
¿No estoy buena?

ABIND.— Mi bien, sí.

JARIFA.— ¿Soy tu hermana?

ABIND.— Mi bien, no;

Y en lo que os quiero me fundo.

JARIFA.— Dime ya tu parecer.

ABIND.— Hoy acabáis de vencer,
Como otro Alejandro, el mundo.
Parece que agora en él
No cabe vuestra persona,
Y que os laurea y corona
Por reina y señora dél.

JARIFA.— Si así fuera, dulce hermano,
Vuestra fuera la mitad.

ABIND.— ¿Tanto bien a mi humildad?
Dadme vuestra hermosa mano.[11]

(Zoraide, alcaide de Cartama, Alborán, moro)

ZOR.— ¿Eso dicen en Granada
Del buen Fernando?[12]

ALBOR.— Esta nueva
Agora la fama lleva.

ZOR.— Tu buen suceso me agrada:
No hay a quien amor no deba.

ALBOR.— Es muy propio del valor
Obligar al tierno amor
Desde el propio hasta el estraño.
No habrá más guerras este año,
Que ansí lo dice Almanzor.

ZOR.— ¿Traes cartas?

ALBOR.— Señor, sí.

ABIND.— ¡Nuestro padre!

ZOR.— ¡Oh hijos caros!
Huélgome mucho de hallaros
En esta ocasión aquí:
Llegad, que quiero abrazaros.

ABIND.— Sin duda trae Alborán
Buenas nuevas.

ZOR.— No me dan

Poco gusto, si este invierno
Descansare del gobierno
De militar capitán.

ABIND.— ¿Dejó Fernando la guerra?

ALBOR.— Por este año está olvidada.

ZOR.— Colguemos todos la espada,
Y esté segura la tierra
Y la frontera guardada;
Que harto el cuidado me aprieta
En defender a Cartama,
Porque jamás en la cama
Me halló el sol ni la trompeta
Que la gente al campo llama.
Fernando es ido a Toledo:
Seguro pienso que quedo
De dejar mi casa. Ven,
Responderé al Rey y a Hazén
Cuanto agradecerles puedo.
O quédate, si por dicha
Abindarráez quisiere
Saber nuevas.

ABIND.— No hay que espere
Después de la nueva, dicha.
Aquí mi esperanza muere.

ZOR.— Ven tú, Jarifa, que tengo

(Vase Zoraide)

Que hablarte.

JARIFA.— Adiós; luego vengo.

(Vase Jarifa)

ABIND.— ¿Que aquí mi padre se queda?
¿Posible es que vivir pueda
La esperanza que entretengo?—
Alborán, ¿que no hay jornada?

ALBOR.— Ya el cristiano ha recogido
Sobre la pica ferrada
El tafetán descogido
De la bandera cruzada.

Ya Mendozas y Guzmanes,
Leivas, Toledos, Bazanes,
Enríquez, Rojas, Girones,
Pachecos, Lasos, Quiñones,
Pimenteles y Lujanes,
Truecan las armas por galas,
Por música el atambor,
Y por las plazas las salas;
A Belona por Amor,
A quien nacen nuevas alas.
Ya Bencerrajes, Zegríes,
Zaros, Muzas, Alfaquíes,
Abenabos, Aibenzaides,
Mazas, Gomeles y Zaides,
Hacenes y Almoradíes,
Dejan lanzas, toman varas,
Juegan cañas, corren yeguas;
Que se escuchan a dos leguas
Los relinchos y algazaras
Con que celebran las treguas.

ABIND.— ¿Abencerrajes dijiste?
Pues ¿han quedado en Granada
Después del suceso triste?[13]

ALBOR.— Fuése la lengua engañada
Al nombre ilustre que oíste;
Que ya no hay en todo el mundo
Sino tú.

ABIND.— ¿Cómo?

ALBOR.— No digo
Sino que eres tú segundo
Al valor de que es testigo
Cielo, tierra y mar profundo.

ABIND.— No, Alborán, eso me di.
Dame esa mano.

ALBOR.— Mancebo
¡Qué deudos perder te vi!
Reviente con llanto nuevo
El alma de nuevo aquí.

No te miro vez alguna
Que de su triste fortuna
Y próspera no me acuerde:
A nadie de vista pierde
La envidia, aunque esté en la luna,
Aún veo en viles espadas
Las cabezas separadas
De aquellos ilustres cuellos,
Y asidas de los cabellos,
En el Alhambra clavadas.
Aún corre la sangre aquí,
Y aún aquí la envidia aleve
Me parece que la bebe.
¡Oh vil Gomel, vil Zegrí!
¿Lloras?

ABIND.— Su historia me mueve.
Pero dime, Alborán, así los cielos
Te dejen ver el fin de tu esperanza,
Y lo que quieres bien gozar sin celos;
Ansí en el campo la gallarda lanza
Y en la plaza tu caña sea famosa,
Y el Rey te dé su Alhambra en confianza;
Ansí de amiga cara o dulce esposa,
Si dellos tienes esperanzas vanas,
Alcances hijos, sucesión dichosa;
Y dellos, en moriscas africanas,
Los nietos, que colgados de tu cuello,
Con tiernas manos jueguen con tus canas
Ansí primero veas su cabello
Nevado que tu muerte, y lleno acabes
De fama y años, que Alá puede hacello,
Que me digas, pues sé yo que lo sabes,
Si soy yo Bencerraje, y si deciendo
De los que alabas y es razón que alabes,
O, como por ventura estoy temiendo,
Soy hijo del alcaide de Cartama,[14]
Puesto que la verdad del alma ofendo;[15]
Que por la fe que el noble estima y ama,[16]
De guardarte secreto eternamente.
Dime tú lo que dicen alma y fama.

ALBOR.— ¡Oh ilustre y generoso decendiente
De aquellos malogrados Bencerrajes
Por su valor y envidia juntamente!
¡Oh reliquia de aquellos dos linajes![17]
¡Oh fénix de su muerte, sangre y fuego,
Porque mejor de los aromas bajes![18]
En este punto de Granada llego,
Y el traer sangre tuya en la memoria
(Que casi te la doy en llanto ciego),
Ha hecho que te obligue con su historia,
Que ya la sabes por ajena fama,
A restaurar su antiguo nombre y gloria.[19]
No es tu padre el alcaide de Cartama,
Que, puesto que es tan noble, fué Selimo,[20]
Pero el Alcaide, como ves, me llama.
No puedo detenerme.

ABIND.— Tanto estimo…

ALBOR.— Venme después a hablar.

ABIND.— ¿Qué así me dejas?

ALBOR.— Perdona un poco.

(Vase)

ABIND.— Mi esperanza animo:
Cierre la puerta el alma a tantas quejas.
Hermosas, claras, cristalinas fuentes,
Jardines frescos, celebrados árboles,
Que aquí me vistes de Jarifa hermano,
Ya no soy el hermano de Jarifa;
Ya puedo ser su amante y ser su esposo:
Dad todos parabién a Abindarráez.
Ya no soy aquel triste Abindarráez
Que os daba tanto llanto, puras fuentes;
Ya no escribiré hermano sino esposo,
Por las cortezas de los verdes árboles.
Pero, si no me quiere mi Jarifa
¡Cuánto mejor me fuera ser su hermano!
Mas aunque no me quiera, el ser su hermano
Ya quita la esperanza a Abindarráez
De la gloria que el alma ve en Jarifa.

Dirán que esto es verdad las sordas fuentes,
Y sus hojas harán lenguas los árboles:
Tanto es el bien de poder ser su esposo.
Si sólo el ser posible ser su esposo
Estorbaba del todo el ser su hermano,
Jardines, yedras, flores, plantas, árboles,
Aquí, donde lloraba Abindarráez
Hechos sus ojos caudalosas fuentes,
Aquí se llama esposo de Jarifa.
¡Cielos! ¿Que gozar puedo de Jarifa?
¿Que ya es posible que yo sea su esposo?
Riendo lo murmuran estas fuentes,
Que me llamaron tristemente hermano.
Decid que soy su esposo Abindarráez
Que el viento os dará voz, amigos árboles.
¡Qué de veces al pie de aquestos árboles
Miré los bellos ojos de Jarifa,
Y ella me dijo: «¡Hermano Abindarráez».
Pues ya su esposo soy, no soy su hermano,
O, a lo menos, ya puedo ser su esposo:
Decídselo, si vuelve, claras fuentes.
Fuentes, ya cesa el llanto; verdes árboles,
Ya parto a ser esposo de Jarifa,
Que ya no soy su hermano Abindarráez.

(Vase)

Sale Narváez[21] *y Nuño, soldado.*

NARV.— Bañaba el sol la crespa y rubia cresta
Del fogoso león, por alta parte,
Cuando Venus lasciva y tierno Marte
En Chipre estaban una ardiente siesta.
La diosa, por hacerle gusto y fiesta,
La túnica y el velo deja aparte,
Sus armas toma, y de la selva parte,
Del yelmo y plumas y el arnés compuesta.
Pasó por Grecia, y Palas vióla en Tebas,
Y díjole: «Esta vez tendrá mi espada
Vitoria igual de tu cobarde acero.[22]
Venus le respondió: «Cuando te atrevas,
Verás cuánto mejor te vence armada
La que desnuda te venció primero.[23]

NUÑO.— Oyendo he estado hasta el fin,
Si en historias tengo parte,
Esa de Venus y Marte,
Desarmado en el jardín;
Y que Palas la vió en Tebas
Y vencerla quiso armada,
Porque cortase su espada
Desde la gola a las grebas;
Y que Venus respondió
(Que es todo filatería)
Que armada la vencería
Quien desnuda la venció.
Pero, señor, ¿a qué intento
Tanto estos días te inclinas
A Venus, cuanto afeminas
A nuestro Marte sangriento?
Dime la causa, señor.

NARV.— Todo es, Nuño, declararte
Que puesto que armado Marte,
Le vence desnudo amor.

NUÑO.— Pues qué, ¿un fuerte capitán
Puede a nadie estar sujeto?

NARV.— ¿A un dios no?

NUÑO.— ¿Dios?

NARV.— En efeto,
A amor ese nombre dan.

NUÑO.— Que le dió…

NARV.— La antigüedad.

NUÑO.— ¡Gentil dios! ¡Buena razón!
¡Donde hay tanta imperfección,
Inconstancia y variedad!
Entre otras mil cosas, dos.
Le quitan ese gobierno.

NARV.— ¿Cuáles son?

NUÑO.— No ser eterno
Forzoso atributo en Dios,

Y carecer de razón.

NARV.— Luego amor ¿no es inmortal?

NUÑO.— No; que al primer vendaval
Suele mudar de opinión;
Y tarde se ve en mujer
Amor firme, amor durable.

NARV.— Antes no hay mujer mudable
Cuando comienza a querer,
Y no hay para qué te afirmes
En el engaño que cobras:
Hacémoslas malas obras,
Y querémoslas muy firmes.
Antes amor en el hombre
Suele ser más imperfecto.
NUÑO.— Antes, por ser más perfecto,
Le dieron como hombre el nombre,
Porque a ser, antes o agora,
Más en mujer su valor,
No le llamaran amor.

NARV.— ¿Qué le llamaran?

NUÑO.— Amora.

NARV.— ¡Amora!

NUÑO.— Sí. ¿No pintamos
Como mujer la piedad,
La castidad, la verdad,
Porque en ellas tanta hallamos?
Pues si en mujer el querer
Es de perfección capaz,
¿Por qué le pintan rapaz,
Sino en forma de mujer?[24]
Mas, dejando a las escuelas
Tan vanas sofisterías,
Dime, señor, ¿de qué días
Es este dolor de muelas?

NARV..— De un mes.

NUÑO.— Y ¿quién te enamora?

NARV.— Bien dices; que mora fué.

NUÑO.— ¡Mora!

NARV.— Mora.

NUÑO.— Bien podré
Cantarte a la perra mora[25]
¿Dónde la viste?

NARV.— En Coín.

NUÑO.— ¿Cuándo?

NARV.— En las treguas pasadas,
Dando a unas rejas doradas
Por remate un serafín.

NUÑO.— ¿Y el zancarrón de Mahoma,
Y date desasosiego?[26]

NARV.— ¡Oh Nuño! Todo soy fuego,
Que hable o calle, duerma o coma.

NUÑO.— No se te dé dos cuatrines;
Consuelo y regalo toma,
Que en el cielo de Mahoma
Son bajos los serafines.
Estas moras son lascivas;
Tú eres hombre famoso;
No será dificultoso
Gozarla como la escribas.
Toda esta tierra te adora
Por galán, noble, discreto,
Valiente, rico: en efeto,
Ya te conoce esa mora.
Dame una carta, y yo haré
Que venga esa galga aquí.[27]

NARV.— ¿Llevarássela tú?

NUÑO.— Sí;
Que bien su arábigo sé.
Pondréme unos almaizales,
Y hecho moro, iré a Coín
A traerte el serafín,

Que aquesta noche regales;
Que basta por testimonio
Que te firmes don Rodrigo
De Narváez.

NARV.— ¡Oh, Nuño amigo!
¡Vive Dios, que eres demonio!
Pero la letra cristiana,
¿Cómo la podrá entender?

NUÑO.— Que para todo ha de haber
Remedio y industria humana.
Aquel moro, tu cautivo,
La escribirá.

NARV.— Dices bien.

NUÑO.— Pues voy por él.

NARV.— Trae también
Recado.

NUÑO.— Ya le apercibo.

(Vase)

NARV.— Amor, si fuerais igual
A la edad y al cuerpo mío,
Yo os retara en desafío;
Pero así parece mal.
Aquel fronterizo fuerte,
Aquel andaluz temido,
Aquel Narváez, que ha sido
Entre moros rayo y muerte,
Hoy vencéis, hoy sujetáis
Con una mora. ¿Qué es esto?

(Salen Nuño y Arráez, moro, y recado de escribir)

NUÑO.— Toma esa pluma y di presto.

ARR..— ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

NARV.— Hinca la rodilla en tierra,
Y escribe.

ARR..— Decid, señor.

NARV.— ¿Eres hombre de valor?

ARR..— Fuilo en la paz y la guerra.

NARV.— ¿Dónde tan a solas ibas
Cuando ayer te cautivé?

ARR..— Después te lo contaré,
Señor, que esta carta escribas.

NARV.— ¿Cómo te llamas?

ARR..— Arráez.

NARV.— ¿De dónde eres?

ARR..— De Coín.

NUÑO.— ¿Conoces al serafín
De Rodrigo de Narváez?

NARV.— Calla, loco, que ya escribo.

NUÑO.— No creo que lo estás poco.—
¡Cuántos locos hace un loco!
¡Cuerdo yo, que libre vivo!
¡Vive Dios, que es gran flaqueza
Tropezar la voluntad!
Que amor es enfermedad
Y sale por la cabeza.
Yo no quiero más amor
Que mis armas y caballo;
En esto mis gustos hallo
Y me porto a mi sabor.
Sólo mi arnés es mi dama;
Este adoro, déste fío,
Tanto, que, a no ser tan frío,
Aun le acostara en la cama.
Yo le limpio, yo le visto,
Porque en la necesidad
Me muestra la voluntad
Con que una espada resisto.
Mi amor es lanza y caballo;
Soldado que a amor se inclina,
Tan cerca está de gallina
Cuanto pretende ser gallo.

Bien que, amor, ya os tengo a vos
Alguna vez por juez;
Pero esto sola una vez,
Que no ha de ser más, ¡por Dios!
La mujer, fácil estopa,
Es mancha de aceite, fuego,
Que, si no se ataja luego,
Cunde por toda la ropa.

NARV.— No tengo que decir más.

ARR..— Mucho debe a tu valor
Esta a quien tienes amor.

NARV.— Bien la quiero.

ARR..— Tierno estás,
Pues te confiesas vencido,
Siendo Narváez, señor,
El hombre más vencedor
Que el mundo ha visto y tenido.

NARV.— (*Esto aparte*)
Toma, Nuño, y a un balcón
De cuatro rejas azules,[28]
Después que te disimules
Con la trazada invención,
Dirige tus pasos ciertos;
Que en la plaza le verás.
Llama a su puerta.

NUÑO.— Y ¿qué más?

NARV.— La respuesta y los conciertos.

NUÑO.— La mora ¿se llama?

NARV.— (*No lo oiga el moro*). Alara,
Y que es casada he sabido.

NUÑO.— Creo que con su marido
Más presto se negociara;
Que te tienen tanto amor
Los moros destas fronteras,
Que es lo menos que pudieras
Alcanzar de su favor.

ARR..— Dice Nuño la verdad:
Adoran tu nombre y fama.

NUÑO.— Voyme.

ARR..— ¡Dichosa la dama
A quien tienes voluntad!

NARV.— Guíete amor.

(Vase Nuño)

NARV.— Dime, Arráez:
¿Dónde ayer ibas?

ARR..— Señor,
Sólo a saber que el amor
Era mayor que Narváez.
Mi cautiverio he tenido,
Señor, por bien empleado,
Sólo por ver humillado
Hombre a quien nadie ha vencido.
Yo iba a ver mi labor
Y alejéme, sin pensallo.
Donde me llevó el caballo
Y a él le llevó el furor.

NARV.— Pues ¿en qué ibas divertido?

ARR..— En un largo pensamiento
Con que a veces mar y viento,
Cielo, fuego y tierra mido.

NARV.— Moro, pues sabes el mío,
Dime el tuyo; que, si puedo,
Obligado a tu bien quedo.

ARR..— De tu grandeza lo fío.

NARV.— Esta mi pasión me obliga
A pensar que quieres.

ARR..— Quiero…
Pero mi tormento fiero
No permitáis que os le diga;
Mayor es que amor airado.

NARV.— ¿Mayor que amor puede ser?

ARR..— Es celos de mi mujer,
Rodrigo, que soy casado.

NARV.— ¡Con celos, y estás aquí!
No lo quiera Dios, Arráez;
Ya eres libre.

ARR..— ¡Oh gran Narváez!
Hoy vive mi honor por ti.
Dame esos pies.

NARV.— Vete luego.—
¡Páez!

(Sale Páez, soldado)

PÁEZ..— Señor.

NARV.— Dale a este moro
Su caballo y armas.

ARR..— Lloro.
De alegría.

PÁEZ..— Ya lo entrego.

(Vase)

ARR..— Yo te enviaré mi rescate,
A fe de hidalgo.

NARV.— Con celos
No quieran, moro, los cielos
Que yo en la prisión te mate.
Vete libre, que es razón,
Aunque poco lo has quedado,
Que con celos y casado,
No quieras mayor prisión.
¿Tienes hermosa mujer?

ARR..— No la hay más bella en Coín.

NARV.— «Aunque soy cristiano, en fin,
Te he de dar mi parecer:
Mira no entienda de ti[29]
Que de su amor no te fías,
Que, en viendo que desconfías,
Todo lo ha de hacer ansí.

Amala, sirve y regala,
Con celos no la des pena,
Que no hay mujer que sea buena
Si ve que piensan que es mala.
Arr..— No sólo das libertad,
Mas saludables consejos.

NARV.— Pues estoy de darlos lejos,
¡Y tengo necesidad![30]
Parte a Coín, por que veas
Mi mora, que no conoces.

ARR.— ¡Plega al cielo que la goces
Con el gusto que deseas!

(Vase)
(Salen Abindarráez y Jarifa)

ABIND.— Ya que no me amáis, señora,
Como antes, de amor tan llano,
Cual era el de vuestro hermano,
Habladme más tierno agora;
Decidme lo que sentís,
Jarifa hermosa, y creed
Que me hacéis mayor merced
Cuanto más de mí os servís:
Ya pasó el temor cobarde
Que la hermandad nos ponía;
Habladme, Jarifa mía,
Más tierno, así el Cielo os guarde.

JARIFA.— ¿Qué te tengo de decir?

ABIND.— ¿Tu ingenio puede ignorar
Qué es hablar, sabiendo amar?
¿Sabiendo amar, qué es sentir?

JARIFA.— Si digo lo que te quiero,
¿Qué te puedo decir más?

ABIND.— Es libro o carta que das
Sin el título primero;
Cuando al Rey quieren hablar,
O negociar por escrito,
¿No le llaman grande, invito?[31]

JARIFA.— Ansí le suelen llamar.

ABIND.— Pues títulos tiene amor.

JARIFA.— ¿Cómo?

ABIND.— Mi bien, alma y vida;
La esperanza entretenida,
Ansí negocia el favor.

JARIFA.— Luego ¿diréte mi bien?

ABIND.— ¿Soy tu bien?

JARIFA.— Sí.

ABIND.— Pues bien dices,
Y por que ansí le autorices
Al amor contra el desdén.

JARIFA.— Luego, si mi alma eres,
¿Ansí tengo de llamarte?

ABIND.— ¿Eso tengo de enseñarte,
O es que decirlo no quieres?
Nadie las ciencias podría
Sin la experiencia saber;
Mas no es posible aprender
El amor y la poesía:
El hacer versos y amar,
Naturalmente ha de ser.

JARIFA.— Si no es siendo tu mujer,
Yo no me puedo esforzar.

ABIND.— Pues, mi bien, si soy cautivo
De tu padre, y como preso,
Por aquel triste suceso,
En fe de su guarda vivo;
Si él piensa que yo no sé
Que soy preso Bencerraje,
Del envidiado linaje
Que un tiempo el más noble fué,
¿Cómo te podré pedir?
Casémonos de secreto,
Cuanto el ser preso y sujeto
Puedan, mi bien, permitir.

JARIFA.— Como palabra me des
Que libre la cumplirás.

ABIND.— Y eso ¿a quién le importa más?
Dame tus hermosos pies.

JARIFA.— La mano te quiero dar,
Tuya soy desde este día.

ABIND.— Yo tuyo, Jarifa mía:
Ya bien te puedo abrazar.

JARIFA.— Como hermano y como esposo,
De que ya te doy la mano.

ABIND.— No hables de eso de hermano
Que vuelvo a estar temeroso.
¡Oh famoso y claro día,
Que tanta gloria me apresta!
Cada año os haré una fiesta
Por señal de mi alegría.
¡Oh bien sufrido tormento!
¡Oh bien lograda esperanza,
Bien fundada confianza,
Bien nacido pensamiento!
Alegres pesares míos,
Discreta y justa porfía,
Cuerda y famosa osadía,
Venturosos desvaríos.
Dulce amar, dulce penar,
Dulce temer, dulce ver,
Dulcísimo padecer,
Felicísimo esperar.
¡Favoreced hasta el fin
Empresa tan justa, cielos,
Sin mudanza, olvido y celos!

JARIFA.— Mi padre viene al jardín.

ABIND.— Huyamos.

JARIFA.— Dame la mano;
Deja de estar temeroso.

ABIND.— Ya temo, secreto esposo,
Lo que no público hermano.

Vamos donde no nos vea
Tratar de nuestro contento,
Que aún temo que el pensamiento
Visto de sus ojos sea.
Mira que me has de querer.

JARIFA.— Hasta morir te he de amar.

ABIND.— Pues yo no te he de olvidar.

JARIFA.— Eres hombre.

ABIND.— Y tú mujer.

JARIFA.— Para ti soy piedra.

ABIND.— Y yo.

JARIFA.— [32]Pues no temas.

ABIND.— Probaré.

JARIFA.— Quiéreme mucho.

ABIND.— Sí haré.

JARIFA.— ¿Ya no soy tu hermana?

ABIND.— No.

JARIFA.— ¿No en público?

ABIND.— Aún no quisiera.

JARIFA.— Ya eres mi bien.

ABIND.— Tú mi vida.

JARIFA.— ¿Soy tu hermana?

ABIND.— Sí, fingida.

JARIFA.— ¿Y tu esposa?

ABIND.— Verdadera.

(Vase)

(Sale Alara, mora; Darín, paje)

ALARA.— ¿Moro a mí de Alora?

DARÍN.— A ti
Busca un morisco de Alora.[33]

ALARA.— ¿Dice a Alara?

DARÍN.— Sí, señora.

ALARA.— Di que entre.

DARÍN.— Ya viene aquí.

(Sale Nuño, en hábito de moro)

NUÑO.— Dame, señora, los pies,
Después que te guarde Alá.

ALARA.— ¿Si mi Arráez preso está?—
Moro, di presto lo que es.

NUÑO.— Solos habemos de hablar.

ALARA.— Salte allá fuera, Darín.

NUÑO.— Para venir a Coín
Quise este traje tomar;
Que sabed que soy cristiano
Y soldado de Narváez.

ALARA.— No son nuevas de mi Arráez:
Salió el pensamiento vano.
Pues, cristiano, el capitán,
¿Qué puede quererme a mí?

NUÑO.— No os quiere poco, si aquí
Correspondencia le dan.
Está perdido por vos,
Que os vió en las treguas pasadas
Sobre estas rejas doradas.

ALARA.— ¡Qué necios que sois los dos!
¡El alcaide en enviarte,
Y tú en venir!

NUÑO.— No entra bien;
Pero es el primer desdén.[34]

ALARA.— A ti no debo culparte,
Que eres, en fin, mensajero;
Aunque a buen tiempo has venido,
Que no está aquí mi marido
Y ha tres días que le espero;

Pero a él, que es tan discreto
Como nos dice la fama,
Mucho le culpo.

NUÑO.— Si os ama,
No tiene culpa, os prometo.
Esta carta leed agora;
Veréis en lo que se funda.

ALARA.— Ya la necedad segunda[35]. Lea.
«Narváez, alcaide de Alora».
¡Ay de mí! La firma es suya
Y la letra de mi Arráez.
¿Quién escribe esto a Narváez,
Cristiano, por vida tuya?

NUÑO.— Un moro, para que fuese
Más claro.

ALARA.— ¿Qué suerte de hombre?

NUÑO.— Ni sus señas ni su nombre
Podré darte aunque quisiese.
Dos días ha que está cautivo,
Que en una celada dió.

ALARA.— ¿Sabe a quién escribe?

NUÑO.— No.

ALARA.— Algún consuelo recibo;
Que es en estremo celoso.
Esta letra he conocido.

NUÑO.— ¿Cómo?

ALARA.— Que es de mi marido.

NUÑO.— Aún será el cuento gracioso.
Luego el cautivo de allá,
¿Es vuestro marido?

ALARA.— Sí.

NUÑO.— Yo negocio por aquí:
Segura la prenda está.—
Pues alto: venid conmigo,
Trataréis de su rescate.

ALARA.— Justo será que dél trate,
Aunque injusto el ir contigo.
Pero donde está mi Arráez,
Más sus celos aseguro,
Y más si su bien procuro.
Pero ¿qué dirá Narváez?
Que voy a lo que me llama,
Sin duda, creerá de mí.

NUÑO.— Basta, que llevo de aquí
A uno mujer, y a otro dama.

ALARA.— Mas diga lo que quisiere,
Pues se ha de desengañar:
Mis joyas quiero llevar
Y el dinero que pudiere.
Vamos, que es de amor indicio.
Haré ensillar en qué vamos.

NUÑO.— Una para dos llevamos;
No anda muy malo el oficio.

(Vase)

(Salen Zoraide, Abindarráez y Jarifa

ZOR.— No me puede pesar con más estremo.
Forzosa es mi partida, Abindarráez,
Y el dejarte en Cartama es más forzoso,
En poder del alcaide que aquí viene;
Que así lo escribe el Rey y así lo manda.

ABIND.— ¿Que así lo manda el Rey y así lo escribe?

ZOR.— Que me parta a Coín con mi familia
Me manda el Rey y que te deje solo
Aquí en Cartama, mientras Zaro viene,
Que ha de ser el alcaide de Cartama.
Yo me he de partir hoy, porque me manda
Que acuda de Coín a la flaqueza,
De los fieros cristianos oprimida,
Ejercitados en continuos robos,
Celadas, quemas, correrías, talas
Y otras malas y ruines vecindades
Que suelen siempre hacer los fronterizos,
Y más donde Rodrigo de Narváez

Está con tal valor, consejo y fuerza,
Que es uno de los nueve que publica[36]
Del Sur al Norte la española fama.

ABIND.— ¿Que así lo manda el Rey y así lo escribe?

ZOR.— Hijo, Dios sabe lo que a mí me pesa;
Si basta solamente decir hijo.
¿Cómo puedo exceder de lo que él manda?

ABIND.— ¿De qué me tiene el Rey a mí tal odio,
Si os hace el Rey a vos mercedes tantas?
¿Por ventura soy yo del Rey esclavo?
¿He cometido algún delito inorme
Contra sus leyes o real cabeza,
Que me manda dejar solo en Cartama
Y sujeto al alcaide que aquí viene;
Y a vos, que sois mi padre, y a Jarifa,
Mi amada hermana, que a Coín se partan?

ZOR.— Hijo, el Rey me lo escribe, el Rey lo manda:
Yo voy a responder y obedecelle.
Tú entre tanto, Jarifa, haz que aperciban
Tus mujeres tu ropa, que esté a punto,
En tanto que Alborán parte a Granada.

JARIFA.— Ansí lo haré, señor, que a la partida
Ya estoy desde esta tarde apercebida.

(Váyase el Alcaide)

ABIND.— Sola esta vez quisiera,
Dulce Señora mía,
Hacerme lenguas para hablaros tanto,
Que del alma se viera
La pena y la porfía;
Mas salga por los ojos, vuelta en llanto.
De que viva me espanto
Tan desdichada vida,
Si ha de quedar en calma[37]
Apartándose el alma
De aquellos brazos donde estaba asida.
Fuí esposo ayer presente;
Hoy, ¿qué seré, si estoy de vos ausente?
¿Que os vais, hermosos ojos,[38]

Soles del mismo cielo?
¿Que dejáis vuestra tierra y vuestro amigo?
¿Qué de ausencia y enojos,
Nubes del bajo suelo,
Eclipsan vuestra luz, que adoro y sigo?
¿Que no hablaréis conmigo,
Ni me diréis amores?
¿Que no podré tocaros?
¿Que ya no podré hallaros
Entre estas aguas y olorosas flores?
¿Qué es esto, vida mía?

JARIFA.— De la de entrambos el postrero día,
Si no me consolara,
Gallardo dueño mío,
Señor del alma, que la tuya adora,
Que la fortuna avara
No es peña, monte o río,
Sino mudable viento de hora en hora;
La ausencia, que ya llora
El corazón presente,
Me acabara la vida,
Que vive entretenida
De que has de estar tan poco tiempo ausente
Cuanto pueda llamarte
Para poder secretamente hablarte.
No habrá ocasión tan presto
Cuando te llame a verme,
Que presto la ha de haber, aunque ya es tarde.
Y en pago, esposo, desto,
Tan tuya quiero hacerme,
Que entre mis brazos tu venida aguarde.

ABIND.— Huya el temor cobarde,
Señora, de mi pecho,
Si ese bien me prometes.

JARIFA.— Paso: no te inquietes,
Que por ventura por mi bien se ha hecho;
Que, viniendo secreto,
Tendrán nuestros deseos dulce efeto.
Yo entiendo que mi padre
Irá presto a Granada

O que tendrá otro justo impedimento
Que a nuestra vida cuadre,
Y yo estaré ocupada
En sólo este cuidado y pensamiento.

ABIND.— Y en este apartamiento,
¿Qué me dejas por vida,
Si la vida me llevas?

JARIFA.— La esperanza y las nuevas
De que será tan presto tu partida.

ABIND.— ¡Al fin te vas, señora!
¡Triste de mí, si yo me muero agora!

JARIFA.— No morirás, mi vida,
Que la mía te queda.

ABIND.— Pues viviré mil siglos inmortales.
Dame, esposa querida,
Tus brazos, en que pueda
El alma descansar de tantos males.

JARIFA.— Véngante tan iguales
Como yo lo deseo.

ABIND.— ¿Llamarásme?

JARIFA.— ¿Eso dudas?

ABIND.— No haré, si no te mudas.
¡Ay, cuantos siglos ha que no te veo!

JARIFA.— ¿Cómo, si no has partido?

ABIND.— Pensé que era pasado, y no es venido.

ACTO SEGUNDO

(Salen Narváez y cuatro soldados, Páez y Alvarado, Espinosa y Cabrera.)

NARV.— Dadle la mano, Alvarado,
Y no haya más.

ALVAR.— No permitas,
Pues siempre honor solicitas,
Que pierda el que me han quitado.

NARV.— Volvedme a contar lo que es,
Que en lo que hasta agora entiendo,
Poco vuestro honor ofendo.

ALVAR.— El mío pongo a tus pies,
Pero no has de permitir
Que quede en mala opinión.

NARV.— ¿Sobre qué fué la cuistión?

ESPIN.— No se la mandes decir,
Que es parte y dirá a su gusto.

ALVAR.— Yo diré mucha verdad;
Y el que más.

NARV.— Paso: acabad,
Que ya recibo disgusto.

ESPIN.— Oyeme, señor, a mí.

NARV.— Ni Alvarado ni Espinosa
Me han de hablar ni decir cosa;
Páez lo cuente.

PÁEZ.— Pasa ansí…
Y remítome a Cabrera,
Que estaba delante.

NARV.— Acaba.

PÁEZ.— Jugando Alvarado estaba,
Y Espinosa desde afuera;
Y en una suerte dudosa,
Sin pedirla o ser tercero[39]
A pagar de su dinero,

Juzgó la suerte Espinosa.
Alvarado respondió:
—¿Quién le mete en esto? —Y luego
Replicó Espinosa: —El juego;
Que veo juego y tercio yo.
—Mejor fuera que callara—
Dijo Alvarado más recio.
Dijo Espinosa: —Algún necio
La suerte le barajara;[40]
Que yo sé de tropelías.—
Alvarado replicó:
—Miente el que dice que yo
Puedo hacer bellaquerías.—
Espinosa en este punto
El sombrero le tiró,
Metieron mano, y llegó[41]
El presidio todo junto
Y pusiéronlos en paz,
Hasta que con la alabarda
Llegaste al cuerpo de guarda.

NARV.— Y ¿en eso estás pertinaz?
¡Gentil engaño porfías!
Si estotro dice que sabe
Tropelías, ¿en qué cabe
Que entiendas bellaquerías
Y que lo entiendas por ti?
Y el haberle desmentido,
A Espinosa no ha ofendido,
Pues él lo dijo por sí;
Y si ofensa no se ve
Ni Alvarado desmintió,
El sombrero que tiró
De ningún efecto fué;
Y cualquier soldado sabio,
Que en agravio, si le hubiera,
Las espadas juntas viera,
Dirá que cesó el agravio.
No hay cosa que con haber
Metido mano a la espada
No quede desagraviada,

Porque es lo posible hacer.
Quede esto a mi cuenta, y yo
Vuestro honor tomo a mi cargo
Y satisfacer me encargo
Lo que otro diga.

ALVAR.— Eso no;
Que nadie hablará en aquello
Que hablare tal capitán.

NARV.— Y esas manos ¿no se dan?

ALVAR.— Sí daré, pues gustas dello.

ESPIN.— Su amigo soy.

ALVAR.— Yo su amigo.

(Salen Ortuño, soldado, y Zara, morisca)

ORTUÑ.— ¿Con quejas al capitán?

ZARA.— Por dicha en él hallarán
Más piedad que en ti, enemigo.

ORTUÑ.— Oyete, galga.

ZARA.— Señor.

NARV.— ¿Qué es eso?

ZARA.— Una pobre esclava
Que en la nobleza que alaba
El mundo, espera favor.

NARV.— ¿Qué es esto, Ortuño?

ORTUÑ.— Esa perra
Me levanta no sé qué.

NARV.— ¿Cúya es?

ORTUÑ.— Tuya y mía fué,
Y cautiva en buena guerra.

ZARA.— Señor, de noche y de día
Me hace fuerza y maltrata.

NARV.— ¿Ansí la esclava se trata?

ORTUÑ.— Miente, por tu vida y mía;

Sino que no entiende bien
Y cualquier cortés favor
Luego piensa que es amor,
Y fuerza dirá también:
Haciendo estaba mi cama,
Y porque a ayudarla fuí,
Se vino huyendo de mí.

NARV.— ¡Sí, sí; deso tienes fama!
Ahora bien: ¿qué te he de dar
Por ella?

ORTUÑ.— Tuya es.

NARV.— Di; acaba.

ORTUÑ.— Ya ves que es buena la esclava,
Y mejor de rescatar.

NARV.— Doite por ella una copa
De plata: ve al repostero.

ORTUÑ.— Doile yo, pobre escudero,
Diez mil y cama de ropa[42],
Y ¡una copilla me das!

NARV.— Sin dinero estoy, ¡por Dios!
Pero di que te den dos
Si con tanta sed estás.

ORTUÑ.— Beso tus manos.

NARV.— Ya, mora.
Eres mi esclava.

ZARA.— Sí soy.

NARV.— Pues yo libertad te doy.
Vete a tu tierra en buen hora.

ZARA.— Déte el cielo mil vitorias,
Caudillo de los cristianos.

(Vase Zara)

CABR.— ¡Qué rotas tiene las manos!

PÁEZ.— Y ¡qué llenas de honra y glorias!

(Sale Peralta, soldado)

PER.— Aquí, señor, está el moro
Que viene por el rescate
Del sargento.

NARV.— ¡Buen quilate
Descubre esta vez el oro!
No tengo un real, ¡por Dios!
Llama ese morillo aquí,
Y por él me lleve a mí,
O estemos juntos los dos.
Pero escucha: al repostero
Di que mi plata le dé,
Que yo la rescataré
Cuando tuviere el dinero.
Venga el sargento al momento,
Donde es también menester,
Porque más vale comer
Sin plata que sin sargento.

PER.— ¡Oh, Alejandro! ¡Oh gran Narváez!

NARV.— Id vos, Peralta, con él.

PER.— Voy, señor.

(Vase Peralta)

PÁEZ..— ¿Qué das por él?

NARV.— Quinientos escudos, Páez.

PÁEZ..— Aunque de esclavo le sacas,
Por esclavo le has comprado.

(Sale Nuño, en hábito de moro, con un rebozo).

NUÑO.— ¿Hay acaso algún soldado
Que no tenga fuerzas flacas,
Que quiera luchar conmigo?

NARV.— ¿Por dónde este moro entró?
¿Quién puerta y licencia dió
En mi casa a mi enemigo?

NUÑO.— Yo me entré solo a probar
Mis fuerzas o en paz o en guerra.

ALVAR.— ¡Bravo moro! En esta tierra
Suelen desafíos usar.
Yo quiero luchar contigo.

PÁEZ..— Y yo con adarga y lanza.

ESPIN.— Yo con la espada, si alcanza
La suya a igualar conmigo.

NUÑO.— A todos juntos os reto
Fuera del alcaide.

PÁEZ..— Bien;
Mas conmigo solo ven.

NUÑO.— Eres valiente en efeto;
Mas no vengo a pelear,
Sino a avisar a Narváez.

NARV.— Salíos todos, y tú, Páez,
Haz esas puertas guardar.

PÁEZ..— Bien dices; que éste podría
Intentar tu muerte.

ALVAR.— Vamos.

(Vanse los soldados)

NARV.— Ya, moro, solos estamos.

NUÑO.— ¿No me conoces?

NARV.— Querría.

NUÑO.— Soy el moro Marfuz.

NARV.— Creo
Que eres famoso y gran hombre,
Aunque nunca oí tal nombre;
Mas verte el rostro deseo.

NUÑO.— Soy sobrino de Mahoma;
Vengo a matarte.

NARV.— ¿A mí?

NUÑO.— Si;
A ti, pues.

NARV.— ¿Adónde?

NUÑO.— Aquí.

NARV.— Pues alto; la espada toma.

NUÑO.— Pues ya, como ves, la empuño.

NARV.— ¡Ea, moro, a mí te ven!

NUÑO.— Nuño soy.

NARV.— ¿Nuño?

NUÑO.— Pues ¿quién?

NARV.— ¡Válate el diablo por Nuño!

NUÑO.— ¿No sabes lo que ha pasado?

NARV.— ¿Cómo?

NUÑO.— El moro que escribió
Era el dueño de quien yo[43],
La misma carta he llevado.

NARV.— ¿Qué dices?

NUÑO.— Que es su marido,
Y que, viendo su prisión,
Viene a verle.

NARV.— Y a ocasión
Que ya libremente es ido.

NUÑO.— ¿Ido?

NARV.— Enviéle a su casa.

NUÑO.— ¿Por qué?

NARV.— Porque era celoso.

NUÑO.— ¡Por Dios, que es cuento donoso!
Todo a propósito pasa;
Que la mora traigo aquí,
Y ansí la podrás gozar,
Pues da el marido lugar.

NARV.— ¡Qué buen remedio le di!

NUÑO.— La vida, ¡por Dios! le has dado,

Pues a su casa le envías
Cuando a la tuya traías
La prenda que le has quitado.
¡Buen recado hallará en ella!
¡Oh celosos! Siempre vi
Que les sucediese ansí;
El guardalla es no tenella.

NARV.— Bien dices.

NUÑO.— Ya viene; escucha.

(Sale Alara)

NARV.— Pésame ¡por Dios! señora,
De que hayáis venido agora.—
¡Qué grande hermosura!

NUÑO.— Mucha.

NARV.— En aqueste punto envío
Vuestro marido de aquí,
Aunque no le conocí.

ALARA.— Bésoos los pies, señor mío,
Por la merced recebida;
Pero soy tan desdichada,
Que a sus celos y a su espada
Ofrezco mi cuello y vida;
Que, como allá no me halle,
No ha de creer mi intención,
Sino que ha sido invención
Por gozarme y engañalle;
Pero ya, después que os veo
Tan gallardo, ilustre y fuerte,
Tendré por justa mi muerte
Y por vida mi deseo:
Cuanto publica la fama
Es poco en vuestra presencia.

NARV.— Yo os quise mucho en ausencia,
Y presente, el alma os ama;
Pero en ella me ha pesado
Que de la carta haya sido
Tercero vuestro marido,

A quien libertad he dado.

ALARA.— No os cause, señor, pesar,
Sino servíos de mí;
Que ya que he venido aquí,
Vuestro amor quiero pagar.
Y ¡dichosa yo, si acaso
Amor firme hallase en vos!

NARV.— ¿Qué te parece?

NUÑO.— ¡Por Dios,
Que habla desenvuelto y raso!—
¿Vos erais la desdeñosa?
Malo estaba de entender;
No he visto fácil mujer
Que no sea vergonzosa.

NARV.— Yo os agradezco en estremo
La voluntad, mi señora;
Pero aunque el alma os adora,
La ofensa de mi honor temo;
Que parece que deshonra
Mi opinión y calidad,
Que a quien di la libertad
Le venga a quitar la honra.
¿Qué dirá vuestro marido,
Sino que yo le engañé?
Y sabe el cielo que fué
No habiéndole conocido.
Sabed que soy caballero,
Y que quitalle el honor
Contradice a mi valor.

NUÑO.— Mejor dirás majadero.—
Gózala, ¡pesia mi vida!
O si no, dámela a mí.

ALARA.— Señor, ya he venido aquí,
Y os quiero si soy querida;
Y aunque ese término sea
Del valor que en vos se ve,
Advertid que pensaré
Que os he parecido fea.

NUÑO.— Dale ese contento, acaba;
Que en amor no hay cortesía.

NARV.— Basta, Nuño. Alara mía,
Más os amo que os amaba;
Más hermosa estáis aquí
Que entre las rejas azules.

NUÑO.— Ya entiendo; no disimules:
Señora, queredme a mí.
¡Vive Dios, que es impotente!

NARV.— Nuño, parte y ve con ella
A Coín. Vos, mora bella,
Tenedme por vuestro.

NUÑO[44].— Tente;
No pierdas esta ocasión.

NARV.— A quien libre quise hacer,
¿He de quitar su mujer?

NUÑO.— ¡Oh nuevo andaluz Cipión!
Hazañas son de tu mano.
Vamos, Alara, de aquí.

ALARA.— ¡Que me desprecies ansí!
¡Oh riguroso cristiano!

(Vase Alara y Nuño)

NARV.— Si fué mayor la gloria y noble el pago
Que dió en España a Cipión la fama
En no querer gozar la presa dama,
Que el vencimiento ilustre de Cartago;
Y si después de aquel lloroso estrago
De Dario, más heroico el mundo llama[45].
Al macedón, que no violó su cama,
Mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
Las propias ni las bárbaras naciones,
Porque en mi pecho sus grandezas caben.
No son los capitanes Cipiones
Ni Alejandros los reyes, si no saben
Vencer sus apetitos y pasiones[46].

(Salen los soldados Peralta, Ortuño, Alvarado, Espinosa y Cabrera)

PER.— ¡Albricias!

NARV.— Yo te las mando.

ORTUÑ.— ¡Ea, fiestas y alegría!

PER.— Dos mil ducados te envía
De socorro el rey Fernando[47].

NARV.— Dios guarde al Rey mi señor.
Esta tarde hay paga.

ALVAR.— Vivas
Mil años, y dél recibas
Premio igual a tu valor.

NARV.— Ea, poned mesas luego;
Todo os lo he de dar, ¡por Dios!,
Y a ser diez mil, como dos.

ESPIN.— Peralta, mis pagas juego.

PÁEZ..— ¿Quién habrá que eso no haga?

NARV.— Llama aquesas cajas, Páez.

CABR.— ¡Vivan Fernando y Narváez!

ALVAR.— ¡Paga!

CABR.— ¡Paga!

ORTUÑ.— ¡Paga!

ESPIN.— ¡Paga!

(Vanse)
(Abindarráez, solo)

ABIND.— Esperanza entretenida,
Mal nos llevamos los dos:
No hay quien lleve como vos
Hasta la muerte la vida.
Sois una vela encendida
Que va ardiendo hasta acabarse;
Pues también, si ha de matarse,
Quedaráse el alma a escuras,
Y entre tantas desventuras,

Bueno es vivir y quemarse.
Por ti, esperanza, el cuidado
Entretiene de una suerte
Al soldado entre la muerte,
Y en el palo al sentenciado;
En el mar al que va a nado,
Al peregrino en el yermo,
En el peligro al enfermo:
Y ansí yo por ti en la guerra,
Cordel, peligro, mar, tierra,
Hablo, vivo, como y duermo.
Todo se finge por ti,
Dudosa y tarda esperanza;
Por ti lo imposible alcanza
Quien tiene esperanza en ti.
Si se pasa el mar ansí,
La enfermedad, el cordel,
En esta ausencia cruel
De mi Jarifa querida
Pasa hasta el fin de mi vida,
Pues está el remedio en él.
Y vos, hermosa señora,
Acordaos que aquí los dos
Vivimos, queriendo Dios,
Con más regalo que agora.
Desde la noche a la aurora,
En este jardín hermoso
Pasábamos el gozoso
Tiempo que agora nos falta,
Porque la gloria más alta
Tiene su fin más dudoso.
Mas ya estaréis, por ventura,
Destos tiempos olvidada,
Porque la gloria pasada
Poco en la memoria dura
De quien olvidar procura
Para vivir sin tormento.
Bien lloré mi apartamiento,
Que bien echaba de ver
Que palabras de mujer
Tienen la firma de viento.

Bellas flores y jazmines,
Que hurtábades por favor
A su aliento vuestro olor
En estos frescos jardines,
¡Mirad a qué tristes fines
Han venido mis vitorias!
¡Mirad cuáles son las glorias,
Y los tormentos qué tales!
Pues no me mataron males,
Y me han de matar memorias.

(Sale Maniloro, criado)

MANIL.— Ya, señor, las tres han dado:
Hora será de comer,
Si por dicha, como ayer,
No te quedas olvidado.
Deja la melancolía,
Come y desecha la pena;
Que aunque comas, será cena,
Pasado lo más del día.
Aunque a Jarifa aguardaras
Con la mesa puesta ansí,
Era ya tarde.

ABIND.— ¡Ay de mí!
Que en sólo el cuerpo reparas;
Déjale al alma comer
Suspiros, lágrimas, quejas.

MANIL.— ¡Por Dios, que si al cuerpo dejas,
Que ella le venga a perder!
No te digo que no penes,
Mas que para poder dar
Fuerzas a tan buen penar,
Tendrás más si a comer vienes;
Porque el que bien ha comido,
Más peso llevará a cuestas.

ABIND.— Tu inocencia manifiestas,
Tu libertad y tu olvido.
Vete con Dios, Maniloro,
Y déjame aquí morir.

MANIL.— Mucho ese tierno sentir
Hace ofensa a tu decoro;
Y aun a tu Jarifa ofende,
Que tanto tu vida estima.

ABIND.— ¿La estima?

MANIL.— Sí, pues la anima,
Y que se aumente pretende.
Y pues tu pecho recibe
Su alma, y casa le has hecho,
¿Por qué maltratas el pecho
Adonde Jarifa vive?

ABIND.— ¡Ay, Maniloro! ¿Qué intento?
Mal hago en querer morir
Si el huésped ha de salir
Del pecho en que le aposento.
Viva yo; sustento venga;
Viva Jarifa.

MANIL.— Eso sí.

ABIND.— Mas ¿no es engaño, no, sí,
Que vida en ausencia tenga?
Si muero, mi alma irá
A ver a Jarifa luego.
Vete con Dios.

(Sale Celindo, moro, con una carta)

CELIND.— Creo que llego
A buen tiempo.

MANIL.— ¿Quién va allá?

CELIND.— Celindo, soy, Maniloro.
¿Y Abindarráez?

MANIL.— ¡Oh Celindo!
Aguarda.

ABIND.— A morir me rindo:
Tanto, ausente, peno y lloro.

MANIL.— ¿Qué me darás, y tendrás
Nuevas de Jarifa y cartas?

ABIND.— La vida, el alma que partas.

MANIL.— Celindo.

ABIND.— ¡Amigo! ¿Aquí estás?

CELIND.— Dame tus pies, y ésta toma.

ABIND.— ¡Que tal bien se me conceda!
¿Cómo mi Jarifa queda?

CELIND.— Buena, gracias a Mahoma.

ABIND.— Mil besos doy a su firma,
Que hasta el alma me penetra:
¿Qué hará el sentido? La letra
Sola mi gloria confirma. Lea.
«Esposo: Mi padre es ido
A Granada desde ayer.
Venme aquesta noche a ver».
¡Cielos, yo pierdo el sentido!
En el camino podré
Leer, amigos, lo demás.
Maniloro, ¿no me das
Caballo? ¿Heme de ir a pie?
Mi vida, ¿que podré veros?
Mi alma, ¿que podré hablaros?
Mis ojos, ¿que he de gozaros
Y en estos brazos teneros?
Ea, loco estoy del todo.
Celindo, ésta toma, ten;
Y tú estas joyas también:
Vuestro soy y vuestro es todo.
Dame una marlota rica,
Llena de aljófar y perlas,
Que ha de verme y ha de verlas
Quien al sol su lumbre aplica.
Dame un hermoso alquicel
O bordado capellar,
Y también me puedes dar
Alguna banda con él.
Dame bonete compuesto
De mil tocas y bengalas
Y plumas, porque no hay galas

Que luzgan sin plumas: presto.
Dame una manga bordada[48].
De aljófar y oro, a dos haces.
Los amores son rapaces:
Con rapacejos me agrada.
Dame borceguí de lazo
Y acicate de oro puro,
Y porque vaya seguro,
Ensillarásme el picazo.[49].
Ponle una mochila azul
Y un freno de campanillas,
La más fuerte de mis sillas
Y una adarga de Gazul;
Una lanza de dos hierros,
Que los estremos se igualen,
Por si al camino me salen
¿Esos eran los consejos
De caballero y de noble?
¡Buenas tretas son, Alcaide!
Quien no te entiende, te compre.
Apenas entré en mi casa,
De donde pensaba entonces
Enviarte un rico presente,
Cuando entiendo tus traiciones.
Iba yo por el camino
Cantando tus grandes loores
Y pensando qué rescate
Te diese, aunque rico, pobre.
Imaginaba caballos,
Atados en los arzones
Ricos alfanjes de Túnez,
Con mochilas de colores;
Finas alhombras de seda,
Frenos y estribos de bronce,
Y unos para ti de plata,
Sin otras joyas y dones,
Cuando la mejor que tengo,
Hallo que me falta; y dióme
Más pena en que tú la tengas,
Y me aconsejes y robes:
Que la traición del amigo

Más se siente y duele al doble;
Y engañar, fingiendo amar,
Es gran bajeza en el hombre.
Por eso te desafío
A ti, a tres, a seis, a doce,
Y os reto como a villanos,
Como a infames y traidores,
De que no tenéis palabra
Ni miráis obligaciones;
Que no hay entre todos uno
Que el amigo no deshonre.
Dame mi esposa, Rodrigo,
Si mis palabras te corren;
Que no he de salir del campo
Menos que muera o la cobre.
NARV.— Moro, engañado has venido;
Que a quitarte las prisiones
Vino a mi Alora tu Alara,
Como verás cuando tornes.
Porque apenas vino aquí,
Cuando a volver se dispone,
Por asegurar tus celos
Y temer tus sinrazones.
Si con ella te he ofendido,
¡Plega al cielo, moro noble,
Que me atraviese la espada
De un moro villano y torpe!
A fe de hidalgo y cristiano;
Por la vida, que Dios logre,
Del rey, mi señor, Fernando,[50].
Por quien guardo aquellas torres;
So pena de que en castigo
Vuelva sin honra a su corte,
Que no he tomado su mano
Ni en presencia dicho amores.
Y tú eres, moro, el primero
A quien doy satisfaciones;
Y no te las doy por mí,
Que no temo armas ni voces,
Sino por ella, a quien debes
El amor que desconoces

Con esos injustos celos
Y villanas presunciones.

(Sale Páez)

PÁEZ..— ¡Pesia al moro! Señor mío,
¿Con él en eso te pones,
Tú, que no sueles sufrir
Marsilios ni Rodamontes?
Aguarda, que a puros palos
Le haré que el camino tome
A reñir a su mujer
Los celos que se le antojen.

NARV.— Páez, no salga ninguno,
Si no es que el moro responde
Que no está contento desto.

PÁEZ..— Suplícote me perdones,
Que le he de quitar la vida.

ORTUÑ.— Tiene razón. Baja, corre,
O haremos todos lo mismo.

ALVAR.— Mejor es que alguno nombres
De los que estamos aquí
Sufriendo que nos deshonre…

CABR.— El que llegare más presto,
Basta.

NARV.— Ninguno me enoje.

ESPIN.— Perdona, que no hay remedio.

PER.— Baja y la boca le rompe.

NARV.— ¡Por vida del Rey!

PER.— No jures.

NARV.— ¡Ah, señores! ¡Ah, señores!

(Bájense todos)

PÁEZ.— Permíteme, Alcaide ilustre,
Que de una almena le ahorque.

CABR.— Dame licencia, señor,
Que las narices le corte.

ARR..— Basta, que vienen todos los cristianos.
Mal hice en presumir de un hombre noble
Una bajeza igual; pero los celos
No dan lugar a la razón, ni miran
Si es justo o no lo que su rabia intenta.
Bien puedo a la defensa prevenirme,
Que dijera mejor para la muerte,
Porque cualquiera dellos es un Héctor,
Y el Alcaide famoso el mismo Aquiles.
(Todos bajen, las espadas desnudas, y Narváez deteniéndolos)

NARV.— Ténganse, digo: ténganse, soldados,
O ¡por vida del Rey!…

PER.— Señor, ninguno
Quiere ofenderte.

NARV.— Envainen, pues.

ARR..— ¡Oh ilustre
Rodrigo, a quien el cielo haga dichoso
Sobre todos aquellos que celebra
La antigüedad con palmas y laureles!
Rendido estoy a tu nobleza, y veo
Que mi ignorancia fué mi propio engaño
Aunque si amor a todos da disculpa,
¿Por qué no la tendrán mi amor y celos?
Si tú, si tus soldados, si los hombres,
Si las aves, los peces, si las fieras,
Si todo sabe amor, si todo teme
Perder su bien, y con sus celos propios
Defiende casa, nido, mar y cueva,
Llora, lamenta, gime y brama; advierte
Que celos y sospechas me obligaron
Al desatino que a tus pies me rinde.

NARV.— Moro, la libertad que yo te he dado
Me obliga a tu defensa; y sabe el cielo
Que te he dado tres cosas en un día,
Que es dellas cada cual la más preciosa:
La libertad, la honra, y hoy la vida.
Vuelve a Coín; pero primero jura
Que no has de dar a Alara pesadumbre;

Que si lo sé, ¡por vida del Rey! juro
Que he de quemar tu casa, y a ti en ella,
Cuando fuera Coín Granada o Córdoba.

ARR..— Yo te doy la palabra, y por Mahoma
Te juro de querella y regalalla.

NARV.— Parte con Dios; que buena mujer tienes
En Coín, y en Alora buen amigo.
Cuando alguno tratare de enojártela,
Acude a mí, que yo seré tu espada.

ARR..— Los cielos guarden tu famosa vida.

(Vase)

NARV.— Esto es mi gusto; no replique nadie.

(Sale Nuño)

NUÑO.— Ya queda, ilustre Alcaide, en Coín Alara;
Mas yo no sé qué enredos son aquestos,
Pues parte de aquí agora su marido.

NARV.— Vino en su busca no la hallando en casa.

NUÑO.— Tiene aqueste camino tantas sendas,
Que el miedo y las celadas han causado,
Que le hemos siempre errado en el camino.
NARV.— Mohíno estoy del moro, aunque habéis visto
Que le he hablado tan bajo y tan humilde.
La culpa tengo yo de que se atrevan
Por la quietud con que en mi casa vivo.
La buena vecindad lo causa. Basta;
Que yo lo enmendaré de aquí adelante,
Y dése buen principio en esta noche.
Nueve, los más gallardos de vosotros,
Ensillen sus caballos y armen luego;
Que quiero poner miedo a estos villanos,
Y que no tengan de sosiego un hora.
Tú, Nuño, aquí te queda; y si te hallares
Para salir al campo descansado
Y podrásme alcanzar donde ya sabes.[51].

NUÑO.— En quitándome aquestos galgamentos
Y mahométicos hábitos, te alcanzo.

No te apartes de aquellos olivares.

NARV.— Digo que allí te aguardo. ¡Hola! Secreto;[52].
No sepan en Alora que salimos.

(Vanse todos y queda Nuño)

NUÑO.— Estraño fué de Alara el pensamiento,
En viendo la presencia de Narváez,
Pues en todo el camino no ha cesado
De distilar mil perlas de sus ojos,
De enamorada, tierna y despreciada:
Que la mujer con el desprecio quiere.
Díjele mi razón, pero fué en vano;
Que tiene el alma del Alcaide llena.

(Sale Mendoza, sargento)

MEND.— ¡Gracias al cielo que estos muros veo,
Ya de mi cautiverio el cuello libre!
¡Oh generoso Alcaide!, claro ejemplo
De aquellos capitanes felicísimos
Cuyas cenizas honra Italia y Grecia.
Mas ¿cómo es esto? Salgo de entre moros
Y el primero que encuentro es moro en casa.

NUÑO.— Señor Mendoza.

MEND.— ¿Quién es?

NUÑO.— Yo soy Nuño.

MEND.— ¡Oh, Nuño amigo!

NUÑO.— Muchos años goces
La libertad.

MEND.— ¿Adónde está el Alcaide?

NUÑO.— Por el portillo entiendo que ha salido
Con algunos soldados, de secreto,
Que quiere hacer aquesta noche un robo.

MEND.— No escuso de servirle ni de verle,
Y besarle las manos como a padre,
Por la merced de mi rescate.

NUÑO.— Vamos;

Que yo sé dónde van.

MEND.— Pues, Nuño, ensilla.

NUÑO.— En quitándome aquestas sopalandas.

MEND.— Pues ¿cómo estás ansí? Mas ya imagino
Que habrá por qué.

NUÑO.— Sabráslo en el camino.

(Vanse)

(Salen Narváez y siete soldados, todos con adargas, lanzas y acicates, lo mejor que puedan, que ésta es la salida de importancia

NARV.— Todo hombre esté atento y surto,[53].
Que apenas nos oiga el viento,
Con tan poco movimiento,
Como el lobo cuando al hurto
Camina solo y atento;
Que si en los montes o llanos
De los ganados cercanos
Hace en las piedras ruído
Con las manos, de corrido
Se muerde las mismas manos.
Creció ya la desvergüenza
Desta bárbara canalla,
Y es lo mejor atajalla
En los pasos que comienza
Que en los fines remedialla.
Todos sois fuertes soldados,
Todos hidalgos y hallados
En famosas ocasiones:
Aquí son, con las razones,
Los consejos escusados.
Deseo hacer una presa
Con que enviar a Fernando,
Que siempre me está obligando,
Algún fruto desta empresa;
Que ha mucho que estoy callando.
Yo soy como el labrador
A quien alquila el señor
La viña por su tributo

Pues si no le rindo el fruto,
Quejarse puede en rigor.

PER.— Famoso Alcaide de Alora
Y de la fuerte Antequera,
Que a Sevilla honrar pudiera,
Si la ocasión es agora,
Suceso dichoso espera;
Que cualquiera piensa hacer
Lo que se debe a tener
Tu militar disciplina.

PÁEZ..— Gente a caballo camina.
¿Quién será?

ESPIN.— ¿Quién puede ser?

NARV.— Oíd, que llegan aquí.

(Salen Mendoza y Nuño, con lanzas y adargas)

NUÑO.— Ellos, sin duda, serán.

MEND.— Mas ¡qué encubiertos están!

NARV.— ¿Quién va allá?

MEND.— Quien somos di.

NUÑO.— Tus soldados, capitán.

MEND.— Nuño y Mendoza.

NARV.— ¡Oh Mendoza!
La libertad justa goza
Mil años.

MEND.— Dame tus pies.

NARV.— Allá hablaremos después.

NUÑO.— Qué, ¿perdiste aquella moza?

NARV.— Calla, Nuño, que me importa.
Y pues aquí hay dos senderos,
Divididos, caballeros,
Será la empresa más corta.

NUÑO.— Vengan diez mil moros fieros,
Que en diez hay para diez mil.

NARV.— Habla con voz más sutil.
Si el contrario nos aprieta,
Acudid a esta corneta.

ALVAR.— Cualquiera contrario es vil.

NARV.— Los cuatro venid conmigo,
Y los cinco id por allí.
Nuño, calla.

NUÑO.— Harélo ansí,
Aunque en no yendo contigo,
Voy sin fuerzas y sin mí.

(Vase Narváez con los cuatro[54].

ALVAR.— ¿Por dónde, Nuño, echaremos?

NUÑO.— Por entre estos olivares.

ESPIN.— ¡Plega al cielo que topemos
O ganados o aduares!

NUÑO.— Y algún moro que almorcemos.

ALVAR.— ¿Acordáisos de aquel día
Que sólo Narváez venía?…

ESPIN.— Paso, que he oído cantar.

ALVAR.— Aquí podéis escuchar,
Que parece algarabía.

(Canten dentro)

En Cartama me he criado,
Nací en Granada primero,
Y de Alora soy frontero
Y en Coín enamorado.
Aunque en Granada nací
Y en Cartama me crié,
En Coín tengo mi fe
Con la libertad que di.
Allí vivo adonde muero,
Y estoy do está mi cuidado,
Y de Alora soy frontero
Y en Coín enamorado.[55].

(Salga Abindarráez cuan gallardo pueda, con lanza, adarga y acicates)

ABIND.— Gracias a Alá que ya llego.

NUÑO.— ¡Bizarro moro!

ALVAR.— ¡Gallardo!

ABIND.— Llévame al premio que aguardo,
Dulce Amor, aunque eres ciego.

ESPIN.— ¡Detente y date a prisión!

ABIND.— ¡Cristianos! ¡Oh suerte avara!
De mi dicha lo jurara.
¡Oh cielo! ¿A tal ocasión?

NUÑO.— Date, o morirás.

ABIND.— ¿Ansí
Se dan los hombres cual yo?

(Con las lanzas y adargas se ha de hacer esta batalla de cinco a uno, porque es cosa nueva)

ESPÍN.— ¿Qué hay, Peralta?

PER.— Aquí me hirió.

ALVAR.— ¡A él, que me ha herido a mí!

PER.— ¡Bravo esfuerzo!

NUÑO.— ¡Estraña cosa!
A cinco ha desbaratado.

PER.— Ya está en el suelo Alvarado,
Y medio muerto Espinosa.
Dad un silbo al gran Narváez.

(Sale Narváez y los otros cuatro)[56].

NARV.— ¿Qué es esto, amigos?

NUÑO.— Que un moro
Nos mata.

ABIND.— ¡Oh cielo que adoro,
Ayuda tú a Abindarráez!

NARV.— Paso, no le acometáis.—
Caballero fuerte y diestro,

Siendo tanto el valor vuestro
Como entre cinco mostráis,
¡Dichoso aquel que os venciese!
Y aunque yo arriesgue mi vida,
La juzgo por bien perdida
Como en vuestras manos fuese.
Pero al fin he de probar;
Que empresa de tanta gloria
Sólo intentalla es vitoria.

ABIND.— Pues alto: dadnos lugar.

(Aquí batallen el Alcaide y Abindarráez)

PÁEZ..— A no estar el moro herido
Y de pelear cansado,
Diera al Alcaide cuidado.

NARV.— Moro, date por vencido,
O si no, daréte muerte.

ABIND.— En tu mano está matarme,
Mas vencerme y sujetarme,
En otra mano más fuerte.[57].
Tu esclavo soy. —¡Ay de mí!
¡Ay de mí! ¡Mil veces ay!
Pues ya para mí no hay
Sino llorar que nací.
¿A tal tiempo, vil fortuna?
Desespero, ¡por Alá!
Mataréme.

NARV.— Triste está.

ABIND.— Ya no hay esperanza alguna.

NARV.— ¿Hombre de tanto valor
Siente tanto el verse preso,
O es las heridas?

ABIND.— No es eso.

NARV.— Pues ¿qué?

ABIND.— Desdicha es mayor.

NARV.— Ataos este lienzo en ellas,

O aguardad, y os le pondré.

ABIND.— Aquí en el brazo saqué
La que más me duele dellas.—
¡Oh, mal trazada alegría!
¡Triste! ¿Qué haré?

NARV.— ¿Qué cuidado
Os tiene tan lastimado?

ABIND.— ¡Ya os perdí, señora mía!
¡Gloria mía, ya os perdí!
Dulce Jarifa, mi bien,
¡Ya os perdí!

NARV.— A mi casa ven;
Serás preso y dueño allí.
Pero holgárame en estremo
Saber tu pena importuna;
Que esto de guerra es fortuna,
Que mañana por mí temo.
Alza ese rostro noble caballero[58],
Porque a la libertad pierde el derecho,
Perdiendo en la prisión el prisionero
El ánimo que debe al noble pecho.
Esos suspiros tiernos, ese fiero
Dolor, no corresponde a lo que has hecho;
Ni menos es tan grande aquesta herida
Que cause indicios de perder la vida.
Ni tú la has estimado de manera
Que dejes por tu honor de aventuralla:
Si es de otra causa tu tristeza fiera,
Dímela, que por Dios de remedialla.[59].

ABIND.— Ya el alma en tu nobleza aliento espera;
En vano mi temor sus penas calla.
¿Quién eres, generoso caballero?

NARV.— Satisfacerte de quién soy espero:
Rodrigo de Narváez soy llamado,
Soy Alcaide de Alora y de Antequera
Por el Rey de Castilla.

ABIND.— ¡Que he llegado
A tus manos, Alcaide!

NARV.— Tente espera.

ABIND.— Ya no me quejo del rigor del hado,
Puesto que ha sido en ocasión tan fiera.
Huelgo de ver, Alcaide, tu presencia,
Aunque me cuesta cara la experiencia.
No me ha agraviado mi fortuna en nada,
Y pues debo estimarme por tu hacienda,
No es bien que esta flaqueza afeminada
De cosa tuya sin razón se entienda.
Retírese tu gente y confiada
Mi alma en tu palabra, ilustre prenda,
Sabrás mi historia, y muerte de dos vidas:
Que no lloro prisión ni siento heridas.

NARV.— Soldados, vayan todos adelante.

NUÑO.— ¿Quedaré yo?

NARV.— Camina tú el primero.

ABIND.— ¡Que la fortuna en tiempo semejante
Me trajo a verte, ilustre caballero!
Pero, porque te dé dolor y espante,
Mi historia triste referirte quiero;
Que por ventura, porque más te obligue,
Sabrás qué es amor.[60].

NARV.— Di.

ABIND.— Escucha.

NARV.— Prosigue.

ABIND.— Famoso Alcaide de Alora,[61].
Invicto y fuerte Narváez,
A quien por tantas hazañas
Pudieran llamar el grande:
Sabrás, capitán, que a mí
Me llaman Abindarráez,
A diferencia del viejo,[62].
Que era hermano de mi padre.
Nací desdichado al mundo
De la casta abencerraje,
Y por que sepas la suya,[63].

Escucha, ansí Dios te guarde:
Hubo en Granada otro tiempo
Este famoso linaje,
En la paz gallardo y sabio,
Y en las armas arrogante.
Del Consejo eran del Rey
Los ya viejos venerables,
Los mozos seguían la Corte,
O en la guerra, capitanes.
Amábalos todo el pueblo
Y aun los moros principales,
Y más el Rey sobre todos,
Con honras y oficios graves.
No hicieron cosa jamás
Que su valor no mostrase,
Siendo en todo tan gentiles,
Valientes y liberales,
Que en Granada se decía
Que no había abencerraje
De mala disposición,
Necio, escaso ni cobarde.
Eran maestros de todo,
Inventores de los trajes,
De las galas, de los motes,
Y de otras ilustres partes.
No sirvió dama ninguno
Que su favor no alcanzase,
Ni dama llamarse pudo
Sin galán abencerraje.
Pero la envidia y fortuna,
Una vil y otra mudable,
Los derribaron al suelo:
Que siempre los altos caen.
Que al Rey quisieron matar
Y con sus reinos alzarse,
Les levantaron zegríes;
Si fué cierto, Dios lo sabe.
Cortáronles las cabezas
Un triste y aciago martes,
Quedando de todos ellos
Sólo mi tío y mi padre.

Derribáronles las casas,
Mandando la misma tarde
Pregonarlos por traidores
Y su hacienda confiscalles.
No quedó en Granada alguno
Que este nombre se llamase,
Si no son los dos que digo,
Que no pudieron culparles.
No quiso que en la ciudad[64].
Los varones se criasen,
Y mandó sacar las hijas
En Africa o otras partes.
Y así, a mí, triste, en naciendo,
Me llevaron al Alcaide
De Cartama, hombre muy rico,
Ilustre en armas y sangre.
Este tenía una hija,
Rodrigo, en belleza un ángel,
Que es el mayor bien que tengo;
Si otro tengo, Alá me falte.
Crióse conmigo niña,
Engañados y ignorantes,
Que ser hermanos creimos;
Mas no engaña el tiempo a nadie.
Crióse amor con nosotros,
Niños, niño; grandes, grande;
Lo que pasó en este tiempo
No es tiempo que aquí lo trate.
Desengañónos un moro,
Y vimos en un instante
El imposible posible,
Y lo posible alejarse.
Casámonos de secreto;
Pero, en gloria semejante,
Que se partiese a Coín
Mandó Almanzor a Zoraide,
Y que a mí, mientras viviese,
Otro Alcaide me dejase
En Cartama, donde he estado
Ausente del bien que sabes.
Lloramos nuestra partida,

Y partiendo, si se parte,[65].
Concertamos que en ausencia
De su padre me llamase.[66].
Fuése su padre a Granada;
Escribióme, y yo esta tarde
Aderecéme cual viste,
Por ir de gallardo talle.
Aguardándome está agora:
¡Mira si lloro de balde,
Pues voy herido, en prisiones,
Sin bien y entre tantos males!
De Cartama iba a Coín,
Breve jornada, aunque alargue
Siempre la tierra el deseo
Poniendo montes y mares;
Iba, el más alegre moro
Que vió Granada, a casarme
Con mi señora Jarifa,
Que ya en su vida me aguarde.
Véome preso y herido,
Y lo que siento es que pase
De mi bien la coyuntura.
Déjame agora matarme.[67].

NARV.— Notable es tu suceso, fuerte moro;
Pero, pues tanto tus desinios daña
La dilación, no es justo que los pierdas;
Que has sido por estremo desdichado,
Pero hallaste el remedio en la desdicha.
Y por que veas que mi virtud puede
Vencer a tu fortuna, si me juras
Volver a mi prisión dentro en tres días,[68].
Libertad te daré para que vayas
A gozar de Jarifa, tu señora.

ABIND.— Beso tus pies mil veces, gran Narváez;
Que harás en eso, aunque es hazaña tuya,
La mayor gentileza que en el mundo
Ha hecho caballero generoso.

NARV.— ¡Ah, hidalgos!

PÁEZ..— ¿Qué nos mandas?

NARV.— Este preso.
Señores, si gustáis de darme, quiero
Salir por fiador de su rescate.

PER.— Haced, señor, de todo a vuestro gusto.

NARV.— Dadme esa mano diestra, Abindarráez.

ABIND.— Tomad, señor.

NARV.— ¿Juráis y prometéisme,
Como hidalgo, venir a mi castillo
De Alora y ser mi preso, al tercer día?

ABIND.— Sí juro.

NARV.— Pues partid enhorabuena;
Y si queréis mis armas o persona,
Iré con vos.

ABIND.— Vuestro caballo quiero,
Porque entiendo que está cansado el mío.

NARV.— Tomadle, y vamos.

NUÑO.— Tuvo estraña dicha.

ABIND.— Basta, que hallé el remedio en la desdicha.

ACTO TERCERO

(Sale Abindarráez)

ABIND.— Agora que a mi bien no pone obstáculo
La fortuna cruel, y mis pies débiles
Los rayos de mi sol llevan por báculo,
Que el llanto enjugan de mis ojos flébiles,
Haciendo al alma verdadero oráculo,
Mis esperanzas, hasta agora estériles,
Tendrán, ya libres de otra fuerza bélica,
Fin en los brazos de mi esposa angélica.
Venció Narváez mi fortuna trágica
Y dióme libertad como magnánimo;
Que no hay en toda el Asia, Europa y Africa,
Caballero de tanta virtud y ánimo:
Y así, aunque herido, aquella dulce mágica
Que adoro como al sol, mi pusilánimo
Aliento, desmayado y melancólico,
Ha vuelto un Hétor o Alejandro argólico.
En mis desdichas, hasta agora infélices,
Si esto no es sueño, fábula y apólogo,
Remedio hallaron mis intentos félices
Y el corazón, de su ventura astrólogo.
Teneos un poco, luna y claras élices,
Que ya llego a Jarifa, que ya el prólogo
Le digo de mi historia y los capítulos
Con dulces besos y con tiernos títulos.
¡Que fuera Adonis bello o de Liríope[69].
El hijo que murió en el agua, viéndola,
O la lengua de Apolo y de Calíope
Tuviera para hablalla, respondiéndola!
Mas fuera a un alemán y a un negro etíope,
A un dulce ruiseñor y a una oropéndola,
Darles comparaciones verisímiles:
Mas basta ser en el amor tan símiles.
Aquí llega, Jarifa, vuestra víctima;
Abrid, que pasa ya la luna errática.
Seréis de mis heridas dulce píctima,
Sólo en oyendo vuestra dulce plática;
Seréis, señora, mi mujer legítima,

Que así en la orilla fresca y aromática
De aquella fuente fué nuestro propósito,
Y amor de nuestras almas el depósito.
Pena traigo, señora; mas repórtola
Con ver que llego a puerto salutífero.
Mi esperanza se alarga, pero acórtola
Con la grandeza de Narváez belífero.
Ya os casaréis, y ya, cual dulce tórtola
Que mató el lazo o cazador mortífero
Que el alto nido derribó del álamo,
Lleno de sangre dejaréis el tálamo.

(Salen Jarifa y Celindo)

JARIFA.— ¿La voz, dices, de mi bien?

CELIND.— Digo que le oí llamar.

ABIND.— A Jarifa siento hablar
Y a Celindo oigo también.
Tiemblo, la sangre me acude
Al corazón. Buen testigo
Que no puede el enemigo
Hacer que el color me mude.
Desmayo dulce me acaba,
Siento aflojarse las fuerzas.

JARIFA.— ¡Esposo!

ABIND.— Si no me esfuerzas,
Para espirar casi estaba.
Cobre aliento el alma mía
En tus brazos, dulce esposa.

JARIFA.— Ya estaba de ti quejosa,
Y más del temor del día;
Que como la noche fuera
De un siglo, un siglo esperara,
Sin que esperar me cansara,
Si esperara que te viera.

ABIND.— ¡Ay, brazos hermosos míos!
¡Ay, puerto de mis tormentos!
Vida de mis pensamientos
Y de mis temores fríos;

Descanso de mi esperanza,
Fin de mis deseos cumplidos,
Centro de aquestos sentidos
Y cielo que el alma alcanza;
Gloria que esperé y temí,
Regalo que imaginé,
Premio de mi pena y fe,
Para quien sólo nací.
Hálleme agora la muerte,
Que esta noche me ha buscado.

JARIFA.— ¡Ay, dueño de mi cuidado!
¿Posible es que vengo a verte?
¡Ay, mi bien!, mi dulce esposo,
Mi Abindarráez, mi señor,
Parte sola en quien mi amor
Ha dado al alma reposo;
Luz de mi alma y sentido,
Vida de mi entendimiento,
Consuelo en mi sufrimiento,
De mil celos oprimido;
Rey desta alma y desta casa,
Destos brazos gusto, y vida
Desta tu esclava rendida,
A quien justo amor abrasa,
¿Cómo vienes? ¿Vienes bueno?

ABIND.— A tu servicio, y que fuera
Muerto, aquí vida tuviera,
Mi cielo hermoso y sereno.

JARIFA.— ¿Cómo has pasado mi ausencia?

ABIND.— Como sin ti, mi Jarifa;
Que es donde batalla y rifa
El seso con la paciencia.
No me han faltado recelos,
Miedos y desconfianzas.

JARIFA.— ¿Miedos de qué?

ABIND.— De mudanzas,
Hijas de olvidos y celos.
Pero volviéndome a ti

Todo quedaba seguro.
Tú, ¿estás buena?

JARIFA.— Por ti juro,
Que es mucho jurar por ti,
Y por esos ojos míos
(Juramento que no sale
Sino a fiestas) que no iguale
El tuyo a mis desvaríos,
Porque he pensado que allá
Ya tenías otro gusto;
Que de tu tardanza el susto
Aun aquí durando está.
¿Cómo has tardado?

ABIND.— No sé;
Que buena priesa he traido.

JARIFA.— ¡Ay, que esposo tan querido,
En hora buena él lo fué!
Llegada es ya la ocasión
Que de aquestos brazos goces.

ABIND.— ¿Es posible que conoces
Mi enamorada afición?
Sí conoces, pues la pagas.

JARIFA.— Ya en efeto soy tu esposa.

ABIND.— Quiere Alá, Jarifa hermosa,
Que así mi amor satisfagas.

CELIND.— No estéis agora en razones;
Entra a dormir, bencerraje.

JARIFA.— Mira si hay doncella o paje,
Celindo, en esos balcones.

CELIND.— Todo está seguro. Ven,
No os amanezca en hablar.

ABIND.— ¿Puedo entrar?

JARIFA.— Puedes entrar.

ABIND.— Voy, mi alma.

JARIFA.— Entra, mi bien.

Echa, amigo, esa alcatifa.

ABIND.— ¡Cuánto te debo, Narváez!
Por ti goza Abindarráez
De su querida Jarifa.

(Vanse)
(Sale Narváez, Nuño, Páez y Alvarado)

NARV.— Descansen todos, que hoy a mediodía
Concertaremos si salir podremos;
Que este descuido llaman cobardía
Los viles fronterizos que tenemos.
Y aunque la presa desta noche es mía,
Ya sé que su rescate partiremos;
Y cuando me engañara Abindarráez,
Yo hice lo que debo a ser Narváez.
Ponga todo hombre la acerada silla
Entre los mismos palos del pesebre,
Porque en diciendo la trompeta «ensill».,
Hasta el caballo la cadena quiebre.
Esté la lanza donde pueda asilla,
Con que en el campo su valor celebre,
Y el arnés que no falte hebilla o perno,
Que se vista mejor que algodón tierno.
Veamos si con esta pena o miedo
Su desvergüenza se sosiega un poco,
Que en no mostrando lo que valgo y puedo,
Luego el morisco vil me tiene en poco.
Presumirá llegar hasta Toledo,
Según se precia de arrogante y loco,
Cuanto más hasta Alora y Antequera,
Si duerme aquí como en Argel pudiera.

PÁEZ..— Un moro pide para hablar licencia.

NARV.— ¿Es hombre principal?

PÁEZ..— Es un criado
De Alara, según dice.

NARV.— ¡Ah, dura ausencia,
Con qué fiero rigor que me has tratado!
¡Oh leyes del honor, cuya inclemencia
Quita el gusto del alma procurado!

Gozar de Alara pude… mas no pude,
Que pierde el bien quien al honor acude.

(Sale Ardino, moro)

ARDIN.— Con un pequeño presente
Alara salud te envía
Y esta carta.

NARV.— Gallardía,
Moro amigo, conveniente
A su extremada hidalguía.
¿Cómo queda?

ARDIN.— Algo indispuesta,
Aunque para que compuesta
Viniese esta caja, ayer
Se levantó.

NARV.— Quiero leer
Para darte la respuesta. Lee la carta.
«Ya que no me quieres bien,
No es de pecho principal
Sufrir que me traten mal;
Pues siendo tu amor desdén,
Me han dado castigo igual.
De ti maltratada he sido
Con el desdén recebido;
De mi marido, de celos,
Porque me han dado los cielos
Mal galán y peor marido.
Y pues que por ti me dan,
No admitiendo tu consejo,
Vida que de vivir dejo;
Ya que no como a galán,
Como a mi padre me quejo.
Esas camisas labradas
Te envio, mal acabadas
Por hacellas con secreto;
Que llevan, yo te prometo,
Más lágrimas que puntadas.
La sangre que lleva una,
No la laves, que por ti
Me la sacaron a mí;

Porque no hay hora ninguna
Que no me traten ansí.
Yo no pido que tu olvido
Deje de ser el que ha sido;[70].
Pero, pues por ti me dan,
Sé enemigo o sé galán,
O dame mejor marido».
¿Cómo? ¿Que Abenabo Arráez
Así cumplió el juramento?
Que me haya engañado siento,
Mas por vida de Narváez
Que no se la lleve el viento.[71].
Moro infame, ¿no sabías
Que mi propia vida herías,
Que está en aquel pecho honesto?

NUÑO.— Tú tienes la culpa desto,
Por hacer alejandrías.
Deja esas francas divisas;
Que si gozaras de Alara,
El moro no la llevara
Donde te enviara camisas
Con la sangre de su cara.—
¿Que en aquel rostro has sufrido
Hacer un corto rasguño
Con el palo o con el puño?

ARDIN[72].— ¿Qué he de hacer, si es su marido?

NUÑO.— Perro, aguarda.

NARV.— Escucha, Nuño.

NUÑO.— No hay escuchar. ¡Vive Dios,
Que hemos de reñir los dos
Y que le he de dar mil palos!

NARV.— Aguárdate.

NUÑO.— ¡Qué regalos!

ARDIN.— Señor, remediadlo vos
Con poner miedo a mi amo,
Que os tiene miedo y respeto.

NARV.— Remediarlo te prometo
Por lo que la quiero y amo,
Y por quien soy, en efeto.

ARDIN.— Vos, ¿tenéisla algún amor?

NARV.— Grande; pero por su honor
Y hacer a Arráez amistad
Enfreno la voluntad
Y doy la rienda al valor.

ARDIN.— Pues, señor, sabed que tiene
Concertado de matalla.

NARV.— ¡Matalla! Ni osar miralla.

ARDIN.— Creedme que lo previene.

NARV.— Y ¿podré yo remedialla?

ARDIN.— Podrás, viniendo conmigo
Esta noche de secreto.

NARV.— Pues ármate, Nuño amigo,
Que esta noche te prometo
Al moro infame castigo.
¡Camisa, y ensangrentada!
¡Vive Dios que, ésta vestida[73],
No se mude ni otra pida
Hasta que con esta espada
Quite al perjuro la vida!

NUÑO.— Yo, aunque poco las refresco
Por el trato soldadesco,
Esta es bien que le consagre,
Aunque la cueza en vinagre[74]
Como herreruelo tudesco.
Vamos donde está ese galgo.
Pero escucha aparte.

NARV.— Di.

NUÑO.— ¿Habemos de ir cierto?

NARV.— Sí.

NUÑO.— Pues disfrázate con algo,
O vamos como yo fuí;

Que aunque eres tan animoso,
Podrá el perro malicioso
Venderte a los de Coín.

NARV.— Para mí no hay, Nuño, en fin,
Peligro dificultoso.
Yo he de ir a Coín. Vos, Páez,
Tened a punto la gente
Por si fuere conveniente.

ARDIN.— Seguro estás, gran Narváez.

NUÑO.— No lo está mucho, pariente.
Y ansí, vuelvo a aconsejarte.
Oye, por tu vida, aparte.

ALVAR.— Que mal hace el capitán.

PÁEZ..— Tales combates le dan
Ira, gusto, amor y Marte.

NARV.— A cuanto venga me obligo.

NUÑO.— Pues, señor, seguirte quiero.

NARV.— Darte mi ventura espero.
Nuño, César va contigo,[75]
Como él lo dijo al barquero.
Entra, moro, a descansar.
Tú, Nuño, empiézate a armar.

NUÑO.— Lo que llevé.

NARV.— ¿Cómo ansí?

NUÑO.— Un jaco.[76]

NARV.— Dame otro a mí
Y hazme el overo ensillar.

(Vanse)

(Salen Jarifa y Abindarráez; Celindo, Bajamed, Zaro, músicos)

JARIFA.— Toda la casa se huelga
De mi bien y tu contento
Porque de sólo tu aliento
Saben que mi vida cuelga.
No te escondas de ninguno.

Llegad, besadle los pies.

BAJAM.— Quien señor de todo es,
¿Por qué se teme de alguno?
Con nosotros te has criado,
Bencerraje; ¿qué has temido?
¿O acaso estás encogido,
Como recién desposado?

ZARO.— Aunque el Alcaide tenemos
Por legítimo señor,
De tu crianza el amor
Y obligación conocemos.
Quien te tuvo por su hermano,
No será dificultoso
Que te tenga por su esposo.

JARIFA.— Da, esposo, a todos la mano.

ABIND.— Los brazos les daré. Aquí
Podréis estar a placer,
Viendo esta fuente correr.

JARIFA.— En otra te di yo un sí,
En otra dueño te hice
Deste bien que hoy se confirma;
Aquí se rompió la firma
Y la deuda satisfice.
Viendo estas rosas y flores,
Estos árboles y fuentes,
Tengo, Abindarráez, presentes
Nuestros pasados amores.
Parece que aquí te veo
Enamorado y turbado,
En mis respetos helado
Y abrasado en tu deseo;
Y salir llenas de amor,
Del alma tierna encendida,
Cada palabra vestida
De diferente color.
¿Es posible que te ven
Mis brazos cerca de sí?
¿Que puedo llegarte a mí
Y regalarte también?

Amor mío, no me olvides,
Que harás la cosa más fiera
Que en hombre humano cupiera,
Si tu ser al suyo mides;
Que no debe de ser hombre:
En quien tantas gracias hay…

ABIND.— ¡Ay!

JARIFA.— ¿Qué dices, mi bien?

ABIND.— ¡Ay!

JARIFA.— Bien merece de ángel nombre.
Celindo, Bajamed, Zaro,
¿No he sido yo muy dichosa
En ser de tal hombre esposa?

CELIND.— Que es muy noble está muy claro,
Y que fué elección discreta;
Pero él también es dichoso
En ser dueño y ser esposo
De una mujer tan perfeta.
Y puesto que humilde estás,
Acá os juzgamos tan buenos,
Que si él no merece menos,
No hallara en la tierra más.
Sentaos, y canten los dos
Mientras el almuerzo llega.

JARIFA.— O esto es verdad, o estoy ciega.
Más, mi bien, merecéis vos.
¿No es esto verdad?

ABIND.— ¡Ay, triste!

JARIFA.— Canta, amiga.

ZARO.— ¿Qué diré?

JARIFA.— ¿Qué extremo es ése? ¿Qué fué?

CELIND.— Di aquella que ayer dijiste.

JARIFA.— Cualquiera podréis decir.
Mandadlos, señor, sentar.

ABIND.— Sentaos.

JARIFA.— ¡Tanto suspirar!

ABIND.— ¡Ay que estoy para morir!

(Canten)

Crióse el Abindarráez
En Cartama con Jarifa,
Mozo ilustre, abencerraje
En méritos y desdichas.

JARIFA.— ¡Dichosa el alma mía
Que dió tan dulce fin a su porfía!

(Canten)

Pensaba que eran hermanos,
En este engaño vivían,
Y ansí, dentro de las almas
El fuego encubierto ardía.

JARIFA.— ¡Dichosa el alma mía
Que dió tan dulce fin a su porfía!

(Canten)

Pero llegó el desengaño
Con el curso de los días,
Y ansí, el amor halló luego
Las almas apercebidas.

ABIND.— ¡Triste del alma mía
Que dió tan triste fin a su porfía!

(Canten)

Quisiéronse tiernamente,
Hasta que, llegado el día
En que pudieron gozarse,
Dieron sus penas envidia.

ABIND.— ¡Triste del alma mía
Que dió tan triste fin a su porfía!

JARIFA.— No cantéis más. Bien está.
Bien os podéis todos ir.

CELIND.— Algo le quiere decir.

JARIFA.— Salíos todos allá.

BAJAM.— Todo se lo quiere a solas.

ZARO.— No toma el ser novia mal.

(Vanse los tres, Zaro, Bajamed y Celindo)

ABIND.— Del mar en que voy mortal
Hasta morir llegan olas.

JARIFA.— Ingrato, esquivo, cruel,
Y el más villano del suelo,
¿Cuál hombre ha criado el cielo
Que puedan fiarse dél?
¿Piensas que no entiendo más
Que declaran tus suspiros?
Pues bien veo que son tiros
Que al alma asestando estás.
Con ellos y con los ojos
Dices más que con la lengua,
Para que trague mi mengua
Poco a poco tus enojos.
¿Quieres matar con sangría
O dasme el veneno a tragos?
Los hombres dais tales pagos.
¡Ay de la que en hombres fía!
¿Qué suspiras, di, traidor?
O ¿de qué estás triste, injusto,
Después que ofrecí a tu gusto,
Tras la vergüenza, el honor?
¿Qué es lo que en tal coyuntura
Te da pena y soledad?
¿Mi mucha facilidad
O mi poca hermosura?
¿No has hallado ahora en mí
Lo que ausente imaginabas?
O ¿en las penas que pasabas
Fué poco el bien que te di?
Mas los maridos sois ríos
Que, en allegando a la mar
De la noche del gozar,
Perdéis del curso los bríos.
¿Tan fea soy, engañador?
¿Tan poco te he regalado?

Debes de estar enseñado
A otra experiencia mayor.
Si amartelado venías,[77]
¿No era remedio bastante
Una mujer ignorante
Que para mujer querías?
Yo no supe más amores
Que los que a tu boca oí:
Si sabes más, más me di;
Y si mayores, mayores;
Que esa en quien es bien que quepa
Tu alma, y que ansí la nombres,
Aprendidos de otros hombres,
No es mucho que muchos sepa. (*Levántese*)
Vete, pues, tirano injusto,
Con tu gusto y mi deshonra,
Que es mejor quedar sin honra
Que casada con disgusto.
Y yo me sabré matar.

ABIND.— Detente, Jarifa mía,
Que si escucharte podía,
Fué querer tu amor probar.
Escucha, espera.

JARIFA.— ¿Qué quieres?

ABIND.— Que menos traidor me nombres,
Que jamás los nobles hombres
Se burlan de las mujeres.
Oye, espera, por tu vida;
No me hagas correr tras ti,
Que apenas me tengo en mí
De dolor de cierta herida.
No soy yo ingrato a tus obras,
Pues vengo a ser tu marido;
Ni el suspirar causa ha sido
De la sospecha que cobras.[78]
No fué tu poca hermosura
O mucha facilidad,
Que eres ángel en beldad
Y reina en la compostura.

Ni te imaginó mi amor
Más perfeta en mí pintada;
Que antes, después de gozada,
Me has parecido mayor.
Ni soy río en la corriente
Que en la mar he de parar;
Que es mi amor el mayor mar,
Y ansí es bien que el tuyo aumente.
Ni he venido amartelado,
Que Dios sabe que tú has sido
Quien de aquesta boca ha oído
Amores que te he enseñado.
Alegra el rostro y escucha,
Volviendo a tu gracia el alma,
Que está ya la vida en calma.

JARIFA.— Y dime, ¿la herida es mucha?
¿Dónde la tienes? A ver.
¿Quién te hirió? ¿Cómo?

ABIND.— Mi esposa,
No es herida peligrosa.

JARIFA.— Todo lo quiero saber.
¡Ay de mí, que no era en vano
El quejarte y suspirar
Toda la noche!

ABIND.— Has de estar
Atenta.

JARIFA.— Di, esposo, hermano.

ABIND.— ¿Tu hermano soy todavía?

JARIFA.— Fuése la lengua, perdona.

ABIND.— El trato antiguo la abona.
Escucha, Jarifa mía:
Llegó a Cartama Celindo
Con tu carta, cuando estaba
El sol inclinado al Sur,
Pardo y triste, y no sin causa.
Leíla, beséla, y dile
Albricias de mi esperanza,

Que se perdió en el ausencia
Después de llena de canas.
Vestíme, hermosa señora,
Colores, plumas y galas;
Que un alegre pensamiento
Con todas tres se declara.
Bajé a nuestra huerta antigua
Y despedíme en voz alta
De los árboles y flores,
De las fuentes y las aguas;
Diles mil abrazos tiernos,
Y ellos también se inclinaban
A darme para ti muchos,
Que aun tienen alma las plantas.
Puse al estribo las mías[79]
Sin el arzón, y a la casa
Le dije volviendo el rostro:
Piedras, Jarifa me aguarda.
No sé si me respondieron;
Pero sentí que sonaban
Por largo trecho las fuentes:
O era envidia, o tu alabanza.
Esta, por todo el camino,
Jornada, aunque breve, larga,
Iban alternando a veces[80]
Entre la lengua y el alma,
Cuando de unos robles verdes,
Entre pálidas retamas,
Oigo relinchos y voces,
Y alzo la lanza y la adarga;
Pero al punto estoy en medio
De cinco lanzas cristianas;
Mas sin soberbia te digo
Que eran pocas otras tantas;
Y quizá porque eran pocas,
Trajo luego mi desgracia
Otras tantas de refresco,
Y una, la mejor de España.
Este fué el Alcaide fuerte,
Si sabes su nombre y fama,[81]
Que es de Alora y Antequera,

Y estaba puesto en celada.
Apartó sus caballeros,
Desafióme a batalla,
Como caballero fuerte,
Cuerpo a cuerpo en la campaña.
Como era fuerza, acetéle,
Y ansí, con la luna clara,
Comenzamos nuestra guerra,
Jugando las fuertes lanzas;
Y pues al fin me venció,
No me alabo; decir basta
Que tenía tres heridas,
En brazo, muslo y espaldas.
No me las dieron huyendo;
Pero quien con diez batalla,
También sospecho que tiene
En las espaldas la cara.
Don Rodrigo de Narváez,
Que así el Alcaide se llama,
Me prendió y llevaba a Alora,
De sus diez hombres en guarda,
Cuando, viendo mi tristeza,
Si le contaba la causa,
Me prometió dar remedio;
Y ansí, fué justo contarla.[82]
Hizo el cristiano conmigo
Esta gentileza estraña
Con sólo mi juramento,
Porque le di la palabra
Que dentro el día tercero
Volvería a Alora sin falta
A ser su preso y cautivo.
Mira si es justo quebrarla,
Y mira, mi bien, si debo
Llorar mi suerte contraria,
Pues le he de llevar el cuerpo
De quien tú tienes el alma.

JARIFA.— No es justo que a hombre tan noble
La palabra le rompáis,
Sino que antes la cumpláis

Con satisfación al doble.
Cuando os quisierais quedar,
No os lo consintiera yo;
Que a quien tan bien procedió
No se le puede engañar.
Gran valor mostró el cristiano,
Obligó vuestro valor:
No han hecho hazaña mayor
César ni Alejandro Mano.[83]
De la herida vuestra y mía
Paciencia habré menester,
Pues es forzoso volver
Dentro del tercero día.
Pero perdonadme vos
Si con esto os importuno;
Que si prometistes uno,
Es fuerza que le deis dos.
Yo, que soy vuestra cautiva,
Tengo de ir con su cautivo;
Porque si en vos, mi bien, vivo,
No es justo que sin vos viva.
Tracemos partir a Alora
Antes que mi padre venga.

ABIND.— ¿Quién hay, Jarifa, que tenga
Tal esposa y tal señora?
No muestras menos valor
En ir con tu Abindarráez
Que entonces mostró Narváez,
Y aun creo que éste es mayor.
Dame esas manos hermosas
Por la merced que me haces,
Que ansí por mí satisfaces
Obligaciones forzosas.
Conozco tu heroico nombre[84]
Y entendimiento en querer
Enseñarme, aunque mujer,
Lo más que debo a ser hombre.
Pues es forzoso ir a Alora
Y quieres acompañarme,
Hasta allá no he de curarme

Si no lo mandas, señora.
Prevengamos la partida
Para que el día tercero
Cumpla a tan buen caballero
La palabra prometida;
Que yo fío dél que allí
De nuestro remedio trate.

JARIFA.— Y cuando no haya rescate
Yo daré el alma por ti.

(Vanse).
(Salen Arráez y Alara con un cordel y una daga)

ARR..— Vuelve esas manos atrás,
Y confiésame de plano
Si te ha gozado el cristiano.

ALARA.— Digo que hablado no más.

ARR..— ¿De qué suerte?

ALARA.— No me aprietes.
Y el traerme a tu heredad
Si fué para tal crueldad,
Bien cumples lo que prometes.

ARR..— Con este engaño he querido
Quitarte la vida aquí.
Todo lo que pasa di,
Pues sabes que lo he sabido.

ALARA.— Digo que siempre Narváez
Me ha tratado con desdén,
Aunque me ha querido bien,
Y ésta es la verdad, Arráez.
La razón deste despecho
No ha sido haberme olvidado,
Sino sentirse obligado
A la merced que te ha hecho;
Porque es de tanto valor…

ARR..— No le alabes.

ALARA.— Bien le alabo;
Que no quiere que a su esclavo

Falte por su causa honor.

ARR..— ¿Qué te ha enviado?

ALARA.— El papel[85]
Que tú escribiste.

ARR.— Y ¿no más?

(Salen en hábito de moros Narváez y Nuño con Ardino)

ARDIN.— Dentro en su heredad estás,[86]
Y aun pienso que cerca dél.

NARV.— Entre aquellos olivares
Desta huerta hablando están.

NUÑO.— Nuestros caballos se oirán;
Bien es que aquí poco pares,
Porque los ate en la cerca.
Si hay yeguas en los establos
Relincharán como diablos
Si les da el viento de cerca.
Vuélvete, señor, a Alora,
Que hay grande peligro aquí.

NARV.— Nuño, en mi vida te vi
Con miedo, si no es agora.

NUÑO.— Señor, cuando solo vengo,
Jamás temo al enemigo;
Mas cuando vengo contigo
Miedo de perderte tengo.

NARV.— Pues calla, que es desvarío;
Y pues el cielo te ha hecho
Sin poner miedo en tu pecho,
No le pongas en el mío.
Cuanto más, que no habrá aquí,
Siendo en el campo heredad,
Tanta gente.

ARDIN.— Así es verdad.

NARV.— Y algo valdré yo por mí.
Escuchemos lo que pasa.

ARR..— No se escusa tu castigo,

O me dirás si Rodrigo
Ha entrado en mi propia casa.

NARV.— De mí le pregunta. Escucha.

ALARA.— Jamás le he visto en Coín.

NUÑO.— El la da tormento, en fin.
Debe de ser de garrucha.

ARDIN.— El la debe de matar.

ARR..— Y tú, cuando a verme fuiste,
¿Qué hiciste con él, qué hiciste?

ALARA.— No más de hablar.

ARR..— ¿Sólo hablar?
¿Qué te dijo?

ALARA.— Que si hubiera
Sabido que era mujer
Tuya, se dejara arder
Primero que me escribiera.

ARR..— Mas, paso, di la verdad,
Perra, que te mataré.

ALARA.— ¡Ay, que me matan!

NARV.— ¿Podré,
Nuño, sufrir tal crueldad?

NUÑO.— Aguarda.

ARR..— Y ese villano,
Ese cobarde Rodrigo,
¿Podrá a tan justo castigo
Agora impedir mi mano?
Que si la ponía en ti,
Dijo que a Coín vendría
Y mi casa quemaría,
Y aun dijo que dentro a mí.
Por Alá que habló el villano
Tal, que me obliga a reír
De ver que entrar y salir
Le parezca que es tan llano.
¡Oh Rey, que por esto pasas!

¿Que digan cristianos quieres
Que forzarán las mujeres
Y pondrán fuego a las casas?
¿Quién dió a Narváez cuidados
De los casamientos? Di.
¿Por dicha es nuestro alfaquí,
Que compone los casados?
El habla entre su canalla;
Que aquí no sé si conmigo
Osara el perro enemigo
Cuerpo a cuerpo hacer batalla:
Que no hay una hormiga en él,
Ni en otros diez, para Arráez.

NARV.— Aquí tienes a Narváez,
Moro villano y cruel.
Desnuda presto la espada.

ARR..— ¡Ay de mí! Vendido soy.—
Señor, a tus pies estoy,
Y te la rindo envainada.

NARV.— ¿Por qué tan humilde quieres
Ofender tus altos nombres?[87]

ARR.— Porque todos somos hombres
Hablando con las mujeres.
Mal mi palabra cumplí.
Pues has visto lo que pasa,
Ves aquí, señor, mi casa:
Abrásame en ella a mí.

NUÑO.— (*Fisgando*) «¿Quién dió a Narváez cuidados
De los casamientos? Di.
¿Por dicha es nuestro alfaquí,
Que compone los casados?
¿Osara el perro enemigo
Cuerpo a cuerpo hacer batalla».

NARV.— ¿Por qué Alara, Ardino, calla,
Y no viene a hablar conmigo?

ALARA.— Porque sé que has de dejarme
Otra vez en el poder
Deste moro, y ha de ser

Ocasión para matarme.

NARV.— No será; fiad de mí.
Tomemos nuestros caballos,
Que a Alora quiero llevallos.

NUÑO.— Bien haces. Vamos de aquí.

ARR..— ¡A qué punto, triste moro,
Te han traído injustos celos!

ALARA.— ¡Ay, mi Alcaide de los cielos!

NARV.— ¡Ay, Alara, que te adoro!

(Vanse)
(Salen Zoraide, Celindo, Bajamed y Zaro)

ZORAID.— ¿Qué es lo que dices, bárbaro enemigo?

CELIND.— Córtame, gran Alcaide, la cabeza,
Si te parece que la culpa es mía.

ZORAID.— ¿Adónde está Jarifa?

CELIND.— No presumas
Que alguno de tu casa parte ha sido
Para tanta desdicha.

ZORAID.— Dime luego
Quién la llevó y adónde está, Celindo,
O pasaréte aquese infame pecho.

CELIND.— Señor, cuando a Granada te partiste,
Vino aquí de secreto Abindarráez,
Y se casó con ella.

ZORAID.— ¡Ah santo cielo!
Cumplióse lo que yo siempre temía.
¿Que en fin el mal nacido abencerraje
Se casó con Jarifa? Pues di, perro,
¿Quién le dijo que no era hermano suyo?

CELIND.— Dicen que ha mucho que ellos lo sabían,
Y que casados de secreto estaban.

ZORAID.— ¿Dónde la tiene agora?

BAJAM.— El miedo tuyo

Por ventura le esconde de tus ojos.

CELIND.— No es miedo, Bajamed, que ha sido fuerza
Ir a Alora los dos, porque era preso
De su alcaide Narváez, y al tercer día
Juró volver si libertad le diese;
Y ella, como mujer, con él ha ido,
Ansí por no esperar tu justo enojo
Como por no dejar a su marido.

ZORAID.— Ensíllame un caballo, ponle a punto;
Dame una lanza y una adarga fuerte;
Podrá ser que le alcance en el camino.

CELIND.— Bien puede ser.

ZORAID.— ¡Ah fiero bencerraje,
Deshonra de mi honor y mi linaje.

(Vanse)
(Salen Nuño, Arráez, Alara y Narváez)

NARV.— Ya que en Alora estáis, mi dulce Alara,
Pruebe vuestro cruel fiero marido
El gusto de escuchar estos requiebros
Pues no quiso sufrir celos injustos.

ALARA.— Ya no es aquese nombre el propio suyo,
Que yo, señor, me he de volver cristiana.

ARR..— Ni yo quiero tener el que he tenido;
Que quien tiene mujer que le da celos,
Mejor dirá que tiene sobre el pecho
Un águila que come sus entrañas,
Un monte grave y una eterna pena.

NARV.— Si vos cristiana habéis de ser, señora,
Daréle libertad, y a Coín se vuelva.
Y vos podréis quedaros en Alora,
Donde no os faltará lo que perdistes.

ARR..— Pues eso quiero; y si sufrir no pude
Mujer hermosa, viviré sin ella,
Y haré cuenta que es muerta; que bien puedo,
Pues si es cristiana, no es la que solía.

NARV.— Primero que a Coín vuelvas, Arráez,

Le has de dar la mitad de tu hacienda
Para que viva aquí; si no, no creas
Que deste cautiverio libre escapes.

ARR..— Y es poco lo que pides; yo me ofrezco
De darla con que viva, y es partido
A trueco de escapar de sus rigores.

NARV.— Pues alto: en esto queden concertados.

(Sale Páez)

PÁEZ..— Dame, señor, albricias.

NARV.— Buenas sean.

PÁEZ..— Su palabra ha cumplido Abindarráez.

NARV.— No menos esperé de su nobleza,
Que al fin acude a lo que debe en todo.

PÁEZ..— Y trae su persona acompañada
De una bella morisca rebozada.

(Salen Abindarráez y Jarifa, de camino)

ABIND.— Danos, ilustre Narváez,
Los pies a mí y a mi esposa.

NARV.— Bien vengáis, Jarifa hermosa,
Y vos, noble Abindarráez.

ABIND.— Bien merezco lauro y palma
De la merced que recibo,
Pues siendo el cuerpo el cautivo,
Te vengo a traer el alma.

JARIFA.— Yo, famoso don Rodrigo,
Como a quien de tu valor
Cupo la parte mayor,
Tu nombre alabo y bendigo;
Y así, vengo a ser tu esclava.

NARV.— Mi señora seréis vos.
Cuán justamente a los dos
El cielo a amar inclinaba,
Que sois en estremo iguales.
Y estad vos, Jarifa hermosa,

De Abindarráez quejosa,
Que dice de vos mil males.
Que aunque mucho me decía,
Hallo agora más en vos,
Y es grande engaño, por Dios.

JARIFA.— ¡Qué estremada cortesía!
Antes, si él os engañó
Con deciros bien de mí,
Vengo a estar corrida aquí.

NARV.— El que lo ha de ser soy yo;
Que si tal huésped creyera
Que mi pobre casa honrara,
De otra suerte la ensanchara
Para que mejor cupiera.
Pero si en la voluntad,
Como en la casa, se vive,
Esta el alma os apercibe
Y os da a vos su libertad.
Ya sois, señor bencerraje,
De Jarifa: andad con Dios.

ABIND.— Ella y yo somos de vos
Con justo pleito homenaje.

JARIFA.— Señor, no me desechéis,
Que quiero yo ser muy vuestra.

NARV.— Sujeta el alma se os muestra
Para que vos la mandéis.
Y perdonad si no había
Preguntado cómo estáis.

JARIFA.— Con la salud que me dais,
Dando vida a la que es mía.

NARV.— ¿Cómo va de las heridas?

ABIND.— Un poco las tengo hinchadas.

NARV.— Aquí os serán bien curadas
De quien os diera mil vidas.

Sale Zoraide y su gente)

ZORAID.— Digo que tengo de entrar.

NARV.— ¿Qué alboroto es ése?

ZORAID.— ¡Afuera!
Si en tu casa no estuviera…

NARV.— Vuelve la espada a envainar,
Y di quién eres.

ZORAID.— Yo soy
El Alcaide de Coín.

NARV.— Ya sé tu enojo, y en fin,
De por medio agora estoy.
Deja, famoso Zoraide,
Las armas, que esto ya es hecho.

ZORAID.— Por ti las dejo, a despecho
De mi honor, famoso Alcaide.
No pudieran venir ellos
A otro sagrado mayor.

NARV.— Si éstos son yerros de amor,
Ya viene el perdón con ellos.
Noble es el abencerraje,
Por tu hijo le has tenido;
Que le perdones te pido,
Pues es de honrado linaje.

ZORAID.— ¿Cómo te puedo negar
Cosa que tan justa es?

NARV.— Besa, Abindarráez, sus pies.

ABIND.— Temblando habré de llegar.
Llegad, Jarifa, también.

ZORAID.— Por mis hijos los recibo.
Mas quedaos con el cautivo.

NARV.— Es de Jarifa.

ZORAID.— ¿De quién?

NARV.— A Jarifa se le di.

JARIFA.— Yo, señor, le doy a vos.

NARV.— Pues yo os entrego a los dos.

ZORAID.— Yo a vos tres, dándome a mí;
Y os daré seis mil ducados
Por los tres.

NARV.— Esos le doy
A Jarifa.

JARIFA.— Vuestra soy.

NARV.— Queden al dote obligados.

JARIFA.— Dos arcas de ropa blanca
De mi mano os enviaré.

NARV.— Esas solas tomaré,
Por ser de mano tan franca.

ZORAID.— Su yerro juzgo por dicha.

NARV.— Y yo haberos obligado.
Aquí acaba, gran senado,
El remedio en la desdicha

FIN



FELIX LOPE DE VEGA Y CARPIO, Madrid (1562-1635), fue uno de los más importantes poetas y dramaturgos del Siglo de Oro español y, por la extensión de su obra, uno de los más prolíficos autores de la literatura universal.

A los doce años había ya pasado los cursos de Humanidades, en los que había brillado; y a la vez, como de padres de buena alcurnia, tenia la más mundana educación y conocía a maravilla la danza, la música y la esgrima. Se vio huérfano por lo que se acogió a la hospitalidad de don Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, y aun después trabajó en casa del duque de Alba, a quien sirvió de secretario durante algún tiempo.

Dos veces contrajo matrimonio, y dos veces enviudó, por lo cual, al ocurrir este último triste suceso, tomó hábitos religiosos y se inscribió en la Congregación de sacerdotes naturales de Madrid.

Hasta aquel entonces su vida había sido algo accidentada, pues vivía de lo que le daban sus comedias y otros escritos; con el estado eclesiástico, otras rentas venían a sumarse a las que le producían sus obras, y pudo llevar una vida sosegada y tranquila, en la cual podía producir mejor. Entonces fue cuando comenzó a gozar deuna gran la popularidad.

El número de sus comedias, según varios de sus contemporáneos, alcanzó al de dos mil; claro está que las hoy conocidas son en mucho menor número, pero de todas maneras bastantes para sentar la fama de fecundo de que ha gozado. Caben destacar: Fuente Ovejuna, Rimas, El Perro del Hortelano, La Hermosura de Angélica, La

Jerusalén conquistada, Peribañez y el Comendador de Ocaña, Los Pastores de belén, La Dama Boba, El Caballero de Olmedo y La Dorotea.

Notas

[1] Marcela del Carpio. —Nació en Toledo, en 1605, de los adúlteros amores de Lope con Lucinda, Micaela de Luján, y es hermana de Lope Félix. («Hija de padres no conocido»., dice la partida bautismal.) Desde 1613, en que murió la segunda esposa de Lope de Vega, doña Juana de Guardo, «Marcelic». vivió en compañía de su padre hasta que tomó el hábito en las Trinitarias Descalzas—calle de Cantarranas, hoy de Lope de Vega—a 28 de febrero de 1621, profesando en abril del siguiente año con el nombre de Sor Marcela de San Félix. Lope describe la toma de hábito en una epístola a don Francisco Maldonado publicada en La Circe en 1624. Don Guillén de Castro dedicóle la Primera Parte de sus Comedias. No careció Marcela de talento poético, ni de facilidad y gracia para versificar. <<

[2] La historia de Jarifa y el Abencerraje no es de Montemayor; aparece inoportunamente intercalada en el libro IV de su Diana en las ediciones posteriores a la muerte del autor (febrero de 1561), a partir de la de Valladolid de 1562. ¿De dónde hubo de tomarla el interpolador? Desde 1551 tenía concedida Antonio de Villegas licencia para la publicación de su Inventario, aunque, por causas ignoradas, no apareció hasta quince años después (Medina del Campo, 1565). En esta miscelánea de verso y prosa encuéntrase una versión de la historia del Abencerraje (verdadera joya de la novela corta castellana), más breve y sencilla que la de la Diana. Del manuscrito del Inventario debió tomar este relato el editor de la Diana, redactándolo más retóricamente, sin que sepamos los motivos que haya tenido Antonio de Villegas para no reclamar la paternidad de la historia. Acaso por no ser él su autor, como opina el señor Menéndez y Pelayo, quien observa la profunda desemejanza del estilo de esta primorosa novela con el de las demás piezas de prosa del Inventario. Por otra parte, Gallardo encontró en la biblioteca de Medinaceli un opúsculo anónimo gótico, sin año ni lugar: «Parte de la Coronica del inclito infante don Fernando que ganó a Antequera: en la qual trata como se casaron a hurto el Abendarraxe Abindarráez con la linda Xarifa, hija del Alcayde de Coin, y de la gentileza y liberalidad que con ellos usó el noble caballero Rodrigo de Narbáez, Alcayde de Antequera y de Alora, y ellos con él»., cuyo texto, según Gallardo, coincide con el de Villegas, y en efecto, las líneas que copia no presentan variantes de importancia. Esta obrita no parece haber vuelto a ser vista después de Gallardo. Lope dramatiza tan fielmente la materia de la novela, que, en las escenas principales, no sólo la traza sino la expresión misma coincide muchas veces literalmente con aquélla. Sigue la versión de la Diana; pero, a juicio del señor Menéndez y Pelayo, conoce también la del Inventario, ya que hay en éste un breve episodio, suprimido en aquélla, que puede ser germen del tema de los amores de Narváez y Alara, asunto accesorio de esta comedia. Observaciones preliminares de don Marcelino Menéndez y Pelayo en la edición de las Obras de Lope de Vega publicada por la Real Academia Española, t. XI, páginas XXX-XLI. <<

[3] En mis tiernos años.— «Puede ser la misma que con el título de Abindarráez y Narváez se designa en la primera lista de El Peregrino (1604); pero seguramente Lope debió retocarla mucho para incluírla en su Parte XIII (1620), porque es una de sus comedias mejor escritas y nada tiene de la inexperiencia propia de la primera juventud». Menéndez y Pelayo, lugar citado, página XXX. La prueba de esa labor de retoque nos la da el soneto de Venus y Palas (versos 438-451), del cual hay una primera versión, inferior a la que figura en la comedia, en las Rimas que acompañan a La Hermosura de Angélica, publicada en 1602. Véase la nota al verso 451 y Una nota para EL REMEDIO EN LA DESDICHA de Lope (El soneto de Venus y Palas), por J. Gómez Ocerin y R. M. Tenreiro, en la Revista de Filología Española, tomo IV (1917), págs. 390-392. <<

[4] Personas.— «del primer act»., añade la Parte XIII, Madrid, 1620, aunque se trata de las personas de toda la comedia, sin que aparezca nueva indicación en los actos siguientes. <<

[5] Representóla Ríos.— Lope de Vega ha recordado en los últimos párrafos de El Peregrino en su Patria a los viejos actores que le ayudaron a crear la comedia; y si no a todos, a los más devotos de su genio: «Las ocho primeras noches hubo ocho comedias, que saldrán impresas en otra parte, por no haber aquí mayor volumen. La primera hizo Porras… La quinta hizo Ríos, mar de donaire y natural gracia; llamábase La bella mal maridada». (Sevilla, 1604, fols. 263 r.º y v.^o) Nicolás de los Ríos, que murió en 1610, representó por vez primera no pocas de las comedias juveniles de Lope: La bella mal maridada, El ingrato arrepentido, El verdadero amante, El caballero de Illescas, El remedio en la desdicha, La francesilla, El sol parado, El ruiseñor de Sevilla… Su carrera teatral fué muy larga, pues Agustín de Rojas, que le introduce en el Viaje entretenido, le hace decir, hacia 1602, que llevaba «más de treinta años de comedi».. Para él parece haber escrito Cervantes el Pedro de Urdemalas; el protagonista, metido a cómico, dice: «Volarán los hechos míos… En nombre de Nicolás y en sobrenombre de Ríos». Rennert, The Spanish Stage, 571-573, y Rodríguez Marín, Bol. Acad. Esp., 1, 61, 171, 172, 174, 322, 326 y 327. <<

[6] Alude Lope al mito de Dafne, que la lectura de Ovidio, tan gustado en la Edad Media y en el Renacimiento, incorporó a la literatura moderna: la esquiva Dafne huye de Apolo, que, enamorado, la persigue; Dafne siente que el aliento de Apolo toca su cabello; pide a la tierra que la esconda en su seno o que destruya la belleza que causa su pérdida. Apenas pronuncia tal ruego, cuando queda convertida en laurel. Apolo le concede una eterna primavera: sus hojas, siempre verdes, coronarán la cabeza, el arpa y la aljaba del dios.— Es sabido que Lope fué un profundo conocedor de Ovidio: las reminiscencias del Ars Amandi y, especialmente, de Las Metamorfosis abundan en los escritos de nuestro poeta; véase R. Schevill, Ovid and the Renascence in Spain, 211 y sigs. <<

[7] Lope dice en El Amor enamorado, edic. de la Academia, VI, 271 a: «FEBO. Tú serás el árbol mío, Laurel quiero que te llamen, Aunque en tu dura corteza. Tu condición se retrate, Cubriendo un alma de bronce y unas entrañas de jasp».. <<

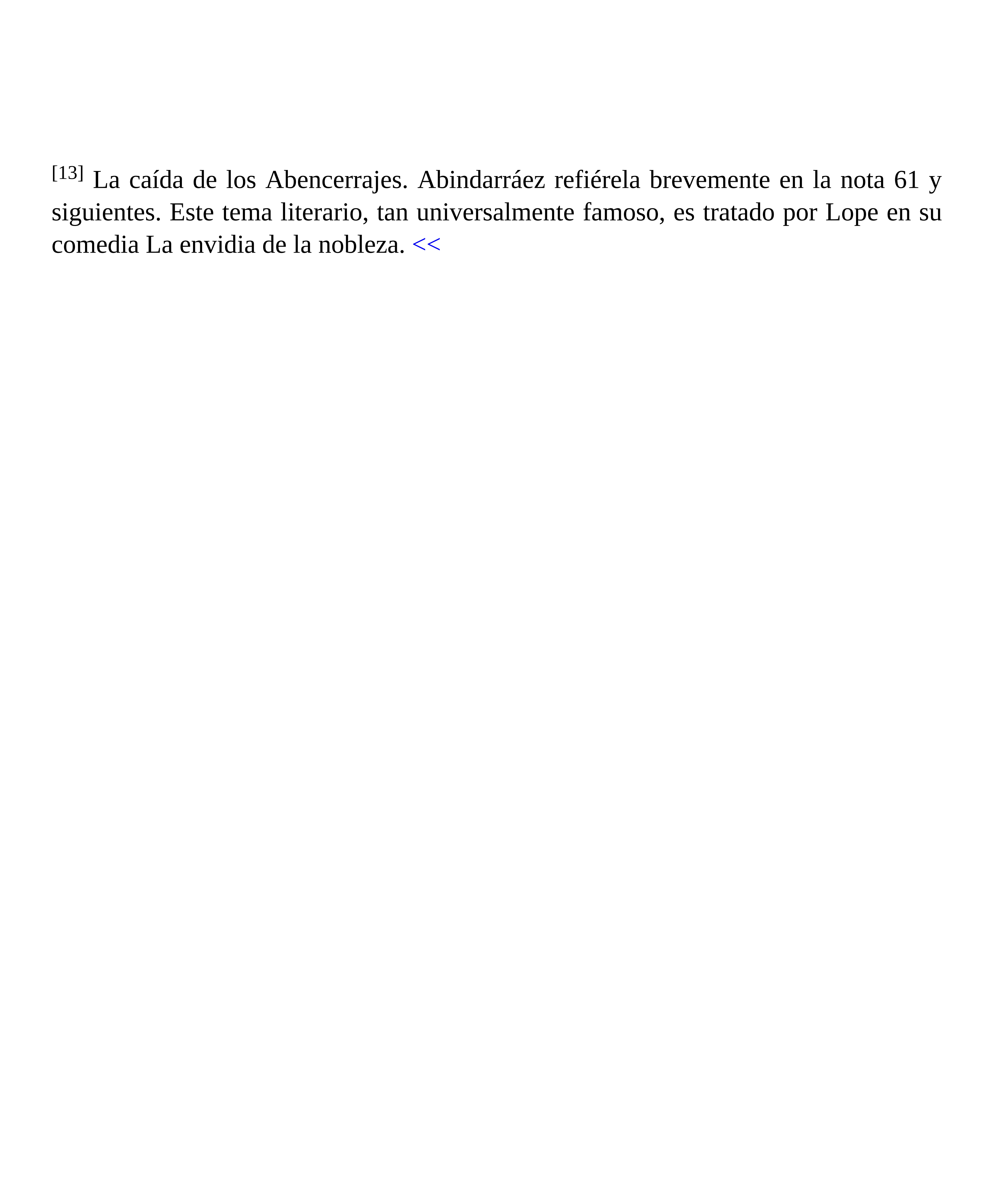
[8] «enternazcao».. Parte XIII. <<

[9] «Almate».. Parte XIII.— Amaltea, símbolo de fertilidad y copia de frutos: cuerno de la abundancia o de Amaltea. <<

[10]«DOROTEA.—… pero cierto que me hazen sospecha vuestras preguntas, y si es que venís a informaros, ¿para qué tomastes agua? Que mejor era para mí, pues vos sois el juez deste tormento». Lope, La Dorotea, acto II, escena III, pág. 64, edición de A. Castro. Biblioteca «Renacimient».. <<

[11] Como ejemplo de la fidelidad con que Lope ha aprovechado los elementos de la novela, copiamos el pasaje de la Historia del Abencerraje (versión de la Diana), que corresponde a esta escena: «Acuérdome que un día, estando Xarifa en la huerta de los jazmines…, miréla espantado de su gran hermosura; no sé cómo me pessó de que fuesse mi hermana (verso 90)… Mas, dezidme agora: ¿qué cortedad teneys vos de que somos hermanos? (vv. 92-93). Yo no otra (dixo ella) más del grande amor que os tengo (v. 94), y ver que hermanos nos llaman todos (v. 96) y que mi padre nos trata a los dos como a hijos (v 97). ¿Y si no fuéramos hermanos (dixe yo) quisierades me tanto? ¿No veys (dixo ella) que a no lo ser no nos dexarían andar siempre juntos y solos, como nos dexan? (vv. 98-99). Pues si este bien avían de quitar (dixe yo), más vale el que me tengo… (vv. 100-103). ¿Qué pierdes tú en que seamos hermanos? (vv. 104-105). Pierdo a mí y a vos… (v. 106). No te entiendo (dixo ella), mas a mí parésçeme que ser hermanos nos obliga a amarnos naturalmente (vv. 108-111). A mí (dixe yo) sólo vuestra hermosura me obliga a quereros (vv. 112-113), que esta hermandad antes me resfría algunas vezes (vv. 118-119)… hize una hermosa guirnalda, y poniéndomela sobre mi cabeça, me bolví coronado y vencido (v. 239)… ella… quitándome la guirnalda, la puso sobre su cabeça… me dixo: ¿Qué te pareçe de mí (v. 241)… Yo la dixe: Pareçeme que acabáys de vençer a todo el mundo (vv. 246-247), y que os coronan por reyna y señora dél (v. 251)… Si esso fuera, hermano, no perdierades vos nada (vv. 252-253)». Los siete libros de la Diana, de George de Montemayor. Nueva Bibl. de Aut. Esp., 7, 309. Sería fácil establecer un paralelo análogo en otros pasajes, especialmente en toda la escena final del acto II, después de vencido el Abencerraje. <<

[12] «Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera». Historia del Abencerraje, Bibl. Aut. Esp., III, 507 a. «En tiempo del valeroso infante don Fernando, que después fué rey de Aragón». Diana, de Montemayor, Nueva Bibl. Aut. Esp., 306 a. <<



[13] La caída de los Abencerrajes. Abindarráez refiérela brevemente en la nota 61 y siguientes. Este tema literario, tan universalmente famoso, es tratado por Lope en su comedia La envidia de la nobleza. <<

[14] Cartama, y no Cártama, como se dice hoy. <<

[15] Puesto que. Igual a aunque. Bello, Gramática, 1268. «Yo sé, Olalla, que me adoras, Puesto que no me lo has dicho». Quijote, parte primera, cap. XI. CLÁSICOS CASTELLANOS, tomo I, pág. 257. <<

[16] Sobrentendido «jur».: juro de guardarte… «Y por el ser que me ha dado El tuyo, que el Cielo guarde, De no bolvérmela al lado Hasta estar asegurado. De no hazértela covarde». D. Guillén de Castro, Las mocedades, I, vv. 60-64 y nota correspondiente de Said Armesto, CLÁSICOS CASTELLANOS. Respecto a la forma juro de, véase Said Armesto, 1. c., pág. 19, y Rodríguez Marín, Quijote, t. I, pág. 121, CLÁS. CAST. <<



[17] «… me dan menos nobleza Que ser vuestro esclavo, alcayde. Ser Bencerraje y Vanegas». Lope, La Dorotea, II, 5, pág. 90, «Renacimient».. <<

[18] «Muchos cuentan que ha nacido La phenix en el Arabia… Poetas dicen… que cuando viene en suma A estar vieja, hace una hoguera De la olorosa madera De myrrha, linaloel, Clavo, canela y laurel, Cinammomo y calambuco, Adonde el cuerpo caduco Recuesta, y batiendo el ala Enciende el ayre que exhala, Como en la piedra el azero. Muere en fin aquel primero Phenix, y el quemado aroma Cria una blanca paloma, Que sale de su ceniza, Con que su ser eterniza, Y vuelve de su vejez, A salir moza otra vez». Lope, El Peregrino en su Patria, Libro III. Obras sueltas, edición de don Antonio Sancha. Madrid, M. DCC. LXXVI. Tomo V, págs. 233-35. <<

[19] «trestaura».. Parte XIII. <<

[20] Puesto que. Igual a aunque. Bello, Gramática, 1268. «Yo sé, Olalla, que me adoras, Puesto que no me lo has dicho». Quijote, parte primera, cap. XI. CLÁSICOS CASTELLANOS, tomo I, pág. 257. <<

[21] Rodrigo de Narváez es personaje enteramente histórico. Conquistada Antequera (1410), «el Infante puso por alcayde en el castillo e la villa a Rodrigo de Narbaez, su doncel, que había criado desde niño en su cámara, y era caballero mancebo esforzado, e de buen seso e buenas costumbres, y era hijo de Fernán Ruiz de Narbaez, que fué buen caballero y sobrino del Obispo de Jaén; e mandóle que tuviese en la fortaleza veinte hombres d'armas tales quales él entendiese que convenía para la guerra e guarda». (Crónica del Rey Don Juan el Segundo. Año cuarto, 1410, cap. XXXV.) Véanse también caps. VII, XIII, XVI y XXX. Crónicas de los Reyes de Castilla, B. A. E., LXVIII. Hernando del Pulgar celebralo en los Claros varones de Castilla (título XVII) y Ferrant Mexía en el Nobiliario vero (lib. II, cap. XV). Es anacrónico presentar a Narváez como alcaide de Alora, según hace la novela, pues aquella villa no fué conquistada hasta la última guerra de Granada. Este detalle induce al señor Menéndez y Pelayo a creer que la historia primitiva del Abencerraje, si es del siglo XV, no será anterior a los Reyes Católicos, l. c., pág. XXXIV. <<

[22] igual, «proporcionado, en conveniente relació». (Dicc. Acad.), es decir, victoria digna de la espada de Palas, la que le corresponde. «Tome el asiento real, Y con ceremonia igual Honraremos su persona». Vélez, El rey en su imaginación, 908-910. (Teatro antiguo español, III.) <<

[23] La idea procede de Ausonio (epigramas 42 y 43). El mismo soneto, como ya hemos dicho (pág. 5), aparece en las Rimas que siguen a La hermosura de Angélica (folio 309 v.; B. A. E., XXXVIII, 380 a); pero los versos primero, tercero y onceno son diferentes: «De Venus y Palas. (Soneto CXXXIX.) La clara luz de las estrellas puesta… bañaba el sol cuando Acidalia y Marte… mejores filos en tu blanco acero». Lope lo retocó antes de reimprimirlo en 1620 en esta comedia. Libre y graciosamente, volvió sobre el propio tema en uno de los sonetos de Tomé de Burguillos: «La que venció desnuda, agora armada». <<

[24] sino viene a significar aquí «en lugar, en vez d».. «Mas no sé para qué me pongo a contaros, señor, punto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros de una vez lo que». Cervantes, Las dos doncellas, B. A. E., I, 204 b. «Sino está empleado como si le precediera una frase negativa; preséntase, por tanto, un anacoluto». L. Weigert, Untersuchungen zur spanischen Syntax auf Grund der Werke des Cervantes. Berlín, Mayer & Müller, 1907, págs. 170-174. <<

[25] la perra mora. Baile recordado por Cervantes, La ilustre fregona, CLÁS. CAST., I, 287, y por Quiñones de Benavente, Nueva Bibl. de Aut. Esp., X, x. b. En el Cancionero Classense, copiado en 1589 (Restori, Canc. Class., Roma, 1902); se le cita también. Tenía su cantar o letra, como resulta del verso de Lope: «La Zarabanda está presa, Que dello mucho me pesa; Que merece ser condesa Y también emperadora. ¡A la perra mora! ¡A la matadora». <<

[26] Y «pierde el oficio de conjunción y toma el de simple adverbio en interrogaciones y exclamaciones directas… Fácil es percibir la énfasis de esta conjunción adverbializada así». Bello, Gramática, 1286. El Sr. Rodríguez Marín cita numerosos ejemplos en su edición crítica del Quijote, VI, 163. Cf. versos 702 y 1709. <<

[27] Los cristianos solían llamar galgos o perros a los moros. <<

[28] «—¿Cómo? —En la calle de las Armas mora; Son señas de su casa dos balcones Azules, que al salir el sol los dora». Lope, La Niña de plata, B. A. E., XXIV, 284 a. <<

[29] Como notó D. Manuel de la Revilla (Obras, 358), estas dos redondillas se repiten casi a la letra en El condenado por desconfiado B. A. E., V, 191 c. Este hecho «ha dado pie, juntamente con otros indicios, para que algunos atribuyan a Lope de Vega este grandioso dram».. Menéndez y Pelayo, l. c., XXXIX. Pero la atribución de El condenado a Tirso puede sostenerse. Véase Menéndez Pidal y María Goyri, Teatro antiguo español, I, 149. <<

[30] Y «pierde el oficio de conjunción y toma el de simple adverbio en interrogaciones y exclamaciones directas… Fácil es percibir la énfasis de esta conjunción adverbializada así». Bello, Gramática, 1286. El Sr. Rodríguez Marín cita numerosos ejemplos en su edición crítica del Quijote, VI, 163. Cf. versos 702 y 1709.. La frase debe entenderse: «estoy muy lejos de darlos, ya que yo mismo tengo necesidad de ellos». <<

[31] «invicto». Parte XIII. <<

[32] «ABINDARRÁEZ». Parte XIII. <<

[33] Alora, y no Álora, como se dice hoy. <<

[34] Lope recuerda un verso famoso: mensajero eres, amigo, No mereces culpa, no, que «es un antiguo proverbio con que la poesía épica castellana proclamaba habitualmente la inviolabilidad del mandadero según el derecho de gentes». R. Menéndez Pidal, Notas para el romancero del conde Fernán González, en Homenaje a Menéndez y Pelayo, I, 460 y nota 2. <<

[35] segunda, asegunda. «Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos». Quijote, I.ª, VII. <<

[36] Desde mediados del siglo XIV Josué, David, Judas Macabeo, Alejandro, Héctor, Julio César, el rey Artús, Carlomagno y Godofredo de Bullón fueron considerados en Francia como modelos de paladines, como verdaderas encarnaciones del valor. El documento más antiguo especialmente dedicado a los nueve parece ser una estampa, 1421 a 1430. La Crónica llamada el triunfo de los nueve más preciados varones de la Fama es traducción de Le Triunmphe des neuf preux, Abbeville, 1487. Véase Le Débat des Hérauts, págs. 127-129. Société des anciens textes français. <<



[37] calma, soledad, desamparo, «negándose a la piedad Del nido que deja en calma». La vida es sueño, acto I. <<



[38] que os vais, con que os vais, es posible que os vayáis. Véase Bello, Gramática, 995. <<

[39] pedirla. «En el juego de pelota y otros preguntar a los que miran si el lance o jugada se ha hecho según las reglas o leyes del juego, constituyéndolos en jueces de la acción». Dicc. Acad. Esp., 14.a edición. <<

[40] barajar, impedir, estorbar. «Mas la misma fortuna burladora Dió la vuelta a la rueda en un momento. En contra de la parte mejorada Barajando la suerte declarada». Araucana. B. A. E., XVII, 98 b. Citado por Cuervo, Diccionario de construcción y régimen. <<

[41] «Meter mano, lo mismo que echar mano a la espada». Dicc. de Autoridades. <<

[42] Los escritores de los siglos XVI y XVII omiten muchas veces el sustantivo a que se refieren los numerales, cuando se trata de azotes o de ducados, reales u otra moneda: «poner la espalda y esperar duciento»., Rev. de Fil. Esp., III, 192. «Acomodáronme las espaldas con cient»., Quijote, 1.ª, XXII. «Viuda tan regalada Y que come descansada Tres o cuatro mil de renta». Lope, La viuda valenciana, B. A. E., XXIV, 76 c. «Pues siendo alcagüete intento A esta valança cargar Docientos, que me an de dar, Porque e tomado los cient»., Rojas, Cada qual lo que le toca, edic. A. Castro, 1937-40 (Teatro antiguo español, II). <<

[43] era el dueño de quien está por «era el dueño de (aquella) a quien». D. R. Menéndez Pidal explica una frase análoga, Antología de prosistas, 196, nota 1. <<

[44] «NARVÁE»., Parte XIII. <<

[45] Dario, y no Darío. «De la batalla sangrienta Presuroso sale Dario Habiendo para escaparse Del vencedor Alejandro». Romance de Gabriel Lobo Laso de la Vega. Romancero de Durán, núm. 503. B. A. E., X. <<

[46] Alude Lope a dos ejemplos famosos de continencia, muy celebrados en el Renacimiento. Así, en El Cortesano de Castiglione: «Del uno es la que usó el gran Alexandre con la mujer y hijas hermosísimas de Dario, enemigo y vencido: la otra es de Scipion, a quien siendo de edad de veinte y cuatro años, y habiendo en España tomado por fuerza una ciudad, fué traida una muy hermosa y muy principal moza, presa entre otras muchas, y siendo Scipión informado ser ésta esposa de un señor de aquella tierra, no solamente no quiso llegar a ella, mas volvióla a su marido con grandes dádivas». Juan de la Cueva cuenta la acción de Scipión el Africano en uno de los romances del Coro Febeo (538 de Durán). Los últimos versos del soneto pueden recordar la Vida de Alejandro, de Plutarco: «Alejandro, teniendo, según parece, por más digno de un rey el dominarse a sí mismo que vencer a los enemigos, ni tocó a éstas». No es ésta la única vez que Lope cita reunidos los dos casos: «Si cuentan de Cipión Que volvió por la opinión De aquella hermosa mujer, España le ha de tener; Que en ella todas lo son. Si con las hijas de Dario Fué Alejandro al nombre igual, Fué a su fama necesario; Yo he sido más liberal, Si es amor mayor contrario». Lope, La niña de plata, B. A. E., XXIV, 292 c. <<

[47] «Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera». Historia del Abencerraje, Bibl. Aut. Esp., III, 507 a. «En tiempo del valeroso infante don Fernando, que después fué rey de Aragón». Diana, de Montemayor, Nueva Bibl. Aut. Esp., 306 a. <<

[48] «Manga, cierto género de coxín o maleta abierta por las dos cabeceras, por donde se cierra y assegura con unos cordones». Dicc. Aut.: «FERNANDO.— ¿Quedaron las mulas a punto? JULIO.— Con sus maletas y cogines. FERNANDO.— ¿Qué pusiste en la mía? JULIO.— Un vestido negro y alguna ropa blanca en una manga verde que me prestó Ludovico». Lope, La Dorotea, pág. 42. <<

[49] picazo. En el Bol. de la Acad. Esp., I, 357, se supone que se llamaban picazos (término muy usado en los siglos XVI y XVII, pero que no figura en los diccionarios) a los caballos que tenían manchas negras sobre fondo blanco, como la picaza; pero esta descripción, que no se apoya en ninguno de los ejemplos que allí se citan, no parece estar de acuerdo con estos versos de Vélez; «… en un picazo Español que se remienda De algunas manchas de tigre». El rey en su imaginación, vv. 1653-55 (Teatro antiguo español, III). <<

[50] «Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera». Historia del Abencerraje, Bibl. Aut. Esp., III, 507 a. «En tiempo del valeroso infante don Fernando, que después fué rey de Aragón». Diana, de Montemayor, Nueva Bibl. Aut. Esp., 306 a. <<

[51] Y «pierde el oficio de conjunción y toma el de simple adverbio en interrogaciones y exclamaciones directas… Fácil es percibir la énfasis de esta conjunción adverbializada así». Bello, Gramática, 1286. El Sr. Rodríguez Marín cita numerosos ejemplos en su edición crítica del Quijote, VI, 163. Cf. versos 702 y 1709. <<

[52] «Di qu».. Parte XIII. Como el verso no consta, Hartzenbusch corrigió «Corre qu».; pero ya que «deci». significa a veces «asegura». o «promete». (Cuervo Diccionario, I, c), es corrección más sencilla la que proponemos en el texto. <<

[53]surto, tranquilo, callado. Véase A. Castro, Revista de Fil. Esp., III, 182-183. <<

[54] «Cinco». Parte XIII. Véase la nota 54. <<

[55] Los doce versos que canta Abindarráez están tomados de la Diana, sin más modificación que la introducida en el v., que allí dice: «mas fuy de Alora frontero». Diana, 387 a.. <<

[56] «Cinco». Parte XIII. <<

[57] Sabido es que don Quijote, luego de molido por el mozo de mulas de los mercaderes, «se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mesmo modo que él había leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe». Quijote, 1.ª, V.

Fray Prudencio de Sandoval fija, caprichosamente según Menéndez y Pelayo, la fecha de este suceso en la era 1189 (año 1151). Por su parte, Lope —acaso buscando el efecto de castigar la tiranía de don Tello por la mano de un rey adolescente, con lo que hace brillar con mayores fulgores el prestigio real; como en Los Novios de Hornachuelos el valetudinario Enrique III, que tiembla con el frío de la cuartana, rinde al tirano de Extremadura— lo supone acaecido en los comienzos del reinado de Alfonso y acumula alusiones a hechos históricos de esa época. El Rey se nos presenta acompañado de su ayo el conde don Pedro, quien le da consejos, (v. 1731) y a quien considera como padre (v. 2380); anda en tratos con el Rey de Aragón (v. 1309), con el cual asentó paces en 1124, y de él dice, como cosa nueva, «que vive ahora en Zaragoz». (v. 1310) (Alfonso el Batallador la había conquistado en 1118); se reconcilia con su madre doña Urraca (versos 1619 y sigts)., que fallece en 1126, y dispónese a partir de León a Toledo. «A veinte y quatro de Hebrero desta Era 1161 (1123) estaban los Reyes madre y hijo conformes: ella se intitulaba reynar en Leon y su hijo en Toledo». Sandoval, Historia de los Reyes de Castilla y León. Madrid, MDCCXCII, tomo II, pág. 77. —Alfonso VII, después de haber sido proclamado Rey de León y Castilla, cuando niño, en unión de su madre, fué segunda vez coronado, con exclusión de ésta, en 1122. «La Historia de Toledo dice… que fué coronado siendo de edad de diez y nueve años». Sandoval, ob. cit., pág. 69. El conde don Pedro es su antiguo ayo don Pedro Frojaz de Trava. «El conde don Pedro de Trava criava entonces en Galizia (v. 1515) a don Alfonso, que era pequeño, aquel que fuera fijo del conde don Remón e desta doña Urraca, fija deste rey don Alfonso». (Crónica General, edición de Oocampo, Valladolid, 1604; fol. 315 vto). Pero Lope truécale el nombre (v. 1516) y le llama don Pedro de Andrada y Castro, acaso recordando a don Gutierre Fernández de Castro, que apoyó fuertemente la causa de Alfonso VII durante su menor edad: «e aquellos porque al casamiento [de doña Urraca con el Conde de Lara] mas se destorvo e non se acabo fueron estos dos don Gomez de Mançanedo e Gutier Ferrandez de Castro». (Crónica de Ocampo, fol. 318 vto). También Castro y Andrade son apellidos del gran Conde de Lemos don Pedro, protector de Cervantes y antiguo amo de Lope, quien pensaría en él al encontrarse en las Crónicas con otro conde gallego llamado Pedro.

Don Enrique es don Enrique de Lara (v. 1319); pero este personaje no figura en la historia hasta la turbulenta minoría de Alfonso VIII. El conde Pedro de Lara, su padre, amante de doña Urraca, y que en su nombre pretendía gobernar el reino, es el contemporáneo de la mocedad de Alfonso VII. Por oponerse a su influjo fué elegido por rey el que había de ser emperador, y no hay que decir que tan grande enemigo del joven Monarca no habrá figurado nunca en el círculo de sus consejeros y privados, como aquí aparece. Iniciándose en aquellos tiempos la rivalidad de Castros y Laras, Lope quiso poner al lado del joven Rey un representante de cada familia. <<



[58] «Caballero, mira que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad». Diana, pág. 307 b. <<

[59] Sobrentendido «jur».: juro de guardarte… «Y por el ser que me ha dado El tuyo, que el Cielo guarde, De no bolvérmela al lado Hasta estar asegurado. De no hazértela covarde». D. Guillén de Castro, Las mocedades, I, vv. 60-64 y nota correspondiente de Said Armesto, CLÁSICOS CASTELLANOS. Respecto a la forma juro de, véase Said Armesto, 1. c., pág. 19, y Rodríguez Marín, Quijote, t. I, pág. 121, CLÁS. CAST. <<

[60] Este verso no consta. <<

[61] «de Lor».. Parte XIII. <<

[62] A diferencia. Con tanto descuido parece haber versificado Lope este pasaje de la Diana, que no siempre resulta claro el sentido: «a mí me llaman Abindarráez el mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mesmo apellido». Diana, 308 a. En las Guerras civiles de Granada y en varios romances trátase de los amores y aventuras de un Abindarráez y una Jarifa que no son los de la novela de El Abencerraje. <<

[63] la suya, «su desdich».. El pronombre no representa una palabra ya enunciada, desdichado, sino una idea sugerida por aquélla, desdicha. Véase Weigert, Untersuchungen, pág. 234. Esta violenta zeugma procede de haber querido versificar rápida y literalmente el pasaje de la Diana: «Soy de los abencerrajes de Granada, en cuya desventura aprendí a ser desdichado, y por que sepas cuál fué la suya». Pág. 308 a y b. <<

[64] no quiso. Falta el sujeto, que tenemos que ir a buscar a la Diana. «Resultó más deste miserable caso, derriballes las casas apregonallos el Rey por traidores, confiscalles sus heredades y tierras, y que ningún abencerraje más pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y mi tío, con condición que si tuviesen hijos, a los varones enviasen luego en naciendo a criar fuera de la ciudad». Página 309 a. <<



[65] Con el condicional si se suprime a veces la apódosis, que se colige del contexto. Bello, Gramática, 1272: «si se parte, cuando se am».. <<

[66] «llevas». en Parte XIII. La corrección que proponemos se justifica, aparte del sentido mismo, por los versos 976-977 y por el siguiente pasaje de la Diana: «el fin della fué dezirme que en habiendo ocasión, o por enfermedad de su padre, o ausencia, ella me embiaría a llamar». Pág. 311 a. <<

[67] En La Dorotea (acto II, escena V) la protagonista canta un bellísimo romance: «Cautivo el Avindarraez Del Alcaide de Antequer»., en el cual, como en esta escena, el Abencerraje cuenta a Narváez la historia de sus amores. Págs. 90-92. <<

[68] Dentro en, arcaísmo por «dentro d».. «Y dentro en el mar las aves». Lope, El Verdadero Amante, B. A. E., XXIV, 12 a. «del Real dentro en la puente». Lope, La Viuda Valenciana, B. A. E., XXIV, 73 c. Cfr. v., «dentro del tercero día». <<

[69] Que fuera, ojalá que fuera. Bello, Gram., 995. <<

[70] pues por ti me dan, sin el acusativo significativo del golpe, como en «daba el harriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él». Quijote, 1.ª, XVI. Viene a ser sinónimo de «pega».. Véase Weigert, ob. cit., 119. <<

[71] que no se la lleve, la representa un sustantivo no expreso, «la palabr»., «la promes»., sinónimo de «el jurament». que aparece en el verso 2298. Acaso Lope haya escrito lo y esté equivocada la Parte XIII. <<

[72] NARVÁEZ. Parte XIII. Corrección de Hartzenbusch. <<

[73] Como en el famoso juramento del Marqués de Mantua: «Juro por Dios poderoso, Por Santa María su madre… De no vestir otras ropas Ni renovar mi calzare». La promesa de no mudarse de camisa en tanto que no se dé fin a una empresa es un viejo rasgo épico (se encuentra ya en la Chanson de Aliscans, poema francés, cuya redacción conocida remonta al siglo XII) que ha perdurado largamente en la imaginación popular: así se atribuye idéntico voto a Isabel la Católica durante el sitio de Granada y a la infanta Isabel Clara Eugenia durante el de Ostende. <<

[74] Los herreruelos eran soldados de caballería ligera, de cuya suciedad nos da noticia un contemporáneo, Diego Núñez de Alva, en sus Diálogos de la vida del soldado: «Se dicen herreruelos, o por los martillos con que pelean, o por el color, que no paresce sino que traen siempre los rostros tintos con carbón, tan rayados andan de suciedad; no sé si lo causa el sudor y el polvo, si andar las manos sucias del bálago quemado o otras cosas, con que dan a las negras armas color». Cuenca, 1589, fols. 59 v. y 60. Según Almirante, Dicc. militar, se llamaban herreruelos simplemente porque usaban una capa corta o esclavina (herreruelo). <<

[75] Lope alude a un pasaje de La Farsalia, v. 519 y siguientes. César espera impaciente en Epiro la llegada de Antonio; quiere afrontar en la noche, solo con su fortuna, las olas del mar. Propone al barquero Amiclas que le conduzca a Hesperia, pero Amiclas responde que todas las señales que observa son funestas y que no lograrán llegar. «—Desprecia las amenazas del Océano—le dice César—; tu temor nace de que ignoras a quien conduces. Lánzate en plena tormenta: yo te protejo. Los dioses no me abandonan nunca. Esta barca conduce a César: tal carga la defenderá de las olas». Laso de la Vega cuenta este episodio en un romance, núm. 554, de Durán: «…Adelante pasa, Pues la fortuna de César En tu barca te acompaña». Hay otro al mismo asunto en el Coro Febeo de Juan de la Cueva, núm. 555, de Durán. <<



[76] [76] jaco. «Cota de malla de manga corta y que no pasaba de la cintura». Dicc. Acad., 14.a edic. <<

[77] Lope emplea «amartela». y «dar martel». (B. A. E., XXIV, 94 b, 100 a, 285 b, 285 c, 286 c, 388 b) en el sentido de «atormentar, molestar, especialmente con celo». (el «dar achare». del lenguaje chulesco); pero esta significación y las demás que da el Dicc. de la Acad. no convienen a este caso, en que amartelado parece significar «encendido de deseo, encaprichad».. Cfr. v. 2570. <<

[78] Cfr. v. 492: «en el engaño que cobra».. <<

[79] las mías. El pronombre representa a plantas en una nueva acepción, como en Quij., I. a, XXVII: «os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras». V. Weigert, ob. cit., 233. <<

[80] O era envidia o tu alabanza.— Esta… —iban alternando… —entre la lengua y el alma. Iban en plural por atracción del plural del complemento la lengua y el alma. Véase Weigert, ob. cit., 14 y sigs. También pudiera ser que Lope, al ir componiendo el romance con su facilidad prodigiosa, imaginara haber escrito arriba tus alabanzas. La métrica exige iban y no admite tus alabanzas. <<

[81] A veces se intercala el sí en las proposiciones para reforzar la afirmación. Bello, Gramática, 391.—Nombre, según Covarrubias, es la fama, «que los antiguos dezían nombradí».. Cfr. 2710 y 2831. <<



[82] Entre este verso y el siguiente parecen faltar algunos que refirieran cómo Narváez concedió libertad al Abencerraje luego de conocida su desdicha. <<

[83] «Magno». Parte XIII. <<

[84] A veces se intercala el sí en las proposiciones para reforzar la afirmación. Bello, Gramática, 391.—Nombre, según Covarrubias, es la fama, «que los antiguos dezían nombradí».. Cfr. 2710 y 2831. <<

[85] «Aque».. Parte XIII. Corregimos el para restablecer el verso que no consta. <<

[86] Dentro en, arcaísmo por «dentro d».. «Y dentro en el mar las aves». Lope, El Verdadero Amante, B. A. E., XXIV, 12 a. «del Real dentro en la puente». Lope, La Viuda Valenciana, B. A. E., XXIV, 73 c. Cfr. v., «dentro del tercero día». <<

[87] A veces se intercala el sí en las proposiciones para reforzar la afirmación. Bello, Gramática, 391.—Nombre, según Covarrubias, es la fama, «que los antiguos dezían nombradí».. Cfr. 2710 y 2831. <<